

EL IMPACTO DE LA REVOLUCIÓN RUSA EN LA TEORÍA MARXISTA



DANIEL DUARTE Y DIEGO BRUNO
(COMPILADORES)



EL IMPACTO DE LA REVOLUCIÓN RUSA EN LA TEORÍA MARXISTA

EL IMPACTO DE LA REVOLUCIÓN RUSA EN LA TEORÍA MARXISTA

Daniel Duarte y Diego Bruno
(Compiladores)



Duarte, Oscar Daniel

El impacto de la revolución rusa en la teoría marxista / Oscar Daniel Duarte ; compilado por Diego Alberto Bruno ; Oscar Daniel Duarte. – 1a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Oscar Daniel Duarte, 2017.

164 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-42-6487-9

1. Revolución Rusa. 2. Marxismo. 3. Teoría Política. I. Bruno, Diego Alberto, comp. II. Duarte, Oscar Daniel, comp. III. Título.

CDD 947.0841

Imagen de tapa: "Statue of Lenin in Dmitrov", Mikhail Kryshen, Flickr.

ISBN: 9789874264879

Compaginado desde TeseoPress (www.teseopress.com)

ExLibrisTeseoPress 43163. Sólo para uso personal
teseopress.com

Índice

Lista de autores	9
Prólogo	11
<i>Daniel Duarte</i>	
1. Un aporte fundamental de Lenin a la teoría marxista. Contexto y análisis de El imperialismo etapa superior del capitalismo.....	13
<i>Daniel Duarte</i>	
2. De la dictadura democrática a la dictadura del proletariado. El debate en el Partido Bolchevique sobre las Tesis de Abril de Lenin	33
<i>Kevin Murphy y Daniel Gaido</i>	
3. El apoyo de Antonio Gramsci a la Revolución de Octubre.....	89
<i>Christian Rath</i>	
4. El valor revolucionario de Historia y conciencia de clase de Georg Lukács.....	101
<i>Diego Bruno</i>	
5. Teoría y lucha política. Una aproximación a las conclusiones de Víctor Serge en El año I de la Revolución Rusa	117
<i>Pablo García</i>	
6. La Historia de la Revolución Rusa de Trotsky como manual para el historiador.....	135
<i>Guillermo Kane</i>	

Lista de autores

Autores

Diego Bruno
Daniel Duarte
Daniel Gaido
Pablo García
Guillermo Kane
Kevin Murphy
Christian Rath

Correctores

Julián Camera
Pablo Camera

Prólogo

DANIEL DUARTE

El libro que presentamos a continuación es una compilación de diferentes artículos publicados en dos revistas de fuerte contenido teórico, pero también, a su vez, con una enérgica impronta militante: *Hic Rhodus, crisis capitalista polémicas y controversia*, publicación electrónica radicada en el Instituto de Investigación Gino Germani y *En Defensa del Marxismo*, órgano de difusión teórica del Partido Obrero. Esto es así porque, desde nuestra perspectiva, teoría y *praxis* forman partes de un todo indisoluble.

Nuestro objetivo es demostrar, a partir de los textos seleccionados, la importancia fundamental que tuvo la Revolución Rusa para revitalizar la teoría marxista. La irrupción de “Octubre” obligó a reconocer que las fuerzas vivas de la historia no respetaban un esquema preconcebido. Fue, es, una victoria del marxismo frente al revisionismo que buscó cuestionarlo y que concluyó por dividir al movimiento revolucionario de la Segunda Internacional.

Siguiendo la línea planteada, los textos aquí presentados recuperan obras y discusiones fundamentales. Todas ellas desarrolladas al calor -poco antes, poco después- de la Revolución Rusa, y abordadas desde diferentes ángulos: el contexto de producción, los debates resultantes y los aportes realizados por Lenin, Gramsci, Lukács, Serge y Trotsky, que nos permiten comprender sus posiciones en defensa de la revolución proletaria mundial, pero, sobre todo, el método de análisis con el cual abordaron la teoría y *praxis* política.

Las preguntas, aún vigentes, sobre el imperialismo, la organización partidaria, la dictadura del proletariado, el carácter objetivo y subjetivo de la revolución, así como del

método con el que debe abordarse el análisis histórico, fluyen en cada uno de los textos. El problema fundamental, no obstante, radica en recuperar un proceso que merece ser estudiado desde un hoy (un siglo después) para comprender su actualidad y vigencia. No fue la teoría la que dio lugar al proceso revolucionario más grande de la historia, sino que fue la revolución la que generó todo un novedoso aporte teórico. Pero a su vez -como si fuera otro juego complejo de la dialéctica- la teoría sirvió como guía de acción para la acción revolucionaria.

En esta clave, compleja pero dinámica, les proponemos abordar los capítulos de este libro que, esperamos, sirva como aporte a la comprensión de la teoría y la *praxis* revolucionaria.

1

Un aporte fundamental de Lenin a la teoría marxista

Contexto y análisis de El imperialismo etapa superior del capitalismo

DANIEL DUARTE

Introducción

Entre los meses de enero y junio de 1916 Vladimir Lenin, desde el exilio en Suiza, se concentró en escribir un panfleto donde intentó poner en orden sus ideas en torno a toda una serie de debates previos sobre el problema del imperialismo. El resultado fue el texto *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*¹, donde presentó sus conclusiones respecto al problema que venía ocupando tanto a los revolucionarios congregados por la Segunda Internacional como a todo un sector de intelectuales burgueses inmersos en el análisis de la expansión del mercado mundial.

El texto fue concluido en la biblioteca comunal de Zurich en junio de 1916 y enviado al editor. Sin embargo, vio la luz como libro impreso recién en septiembre de 1917

¹ Aunque el título que tomó el texto en la mayoría de sus ediciones en castellano es *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, sin embargo, *Imperialismo como más alta etapa capitalista* sería una traducción más apropiada del original en ruso.

cuando la editorial *Zhizn' i Znanie*, una vez superada la censura zarista, decidió publicarlo luego de su primera edición como folleto (con el agregado de un prólogo escrito por el mismo Lenin) en abril de ese año.

Entre julio de 1916 y septiembre de 1917 se sucedieron toda una serie de eventos que reforzaron el interés de Lenin por la publicación del artículo. El giro de la Gran Guerra y la imposibilidad de elaborar un tratado de paz entre fines de 1916 y mediados de 1917; la revolución de febrero en Rusia, así como la decisión del gobierno provisional de mantener las tropas en el frente oriental; el ingreso de los Estados Unidos en la contienda; y finalmente la ruptura de la socialdemocracia alemana (SPD) y la fundación del USPD opositor a la guerra.

Por su parte Lenin había estado trabajando entre los meses de enero y febrero de 1917 (todavía en Zurich) en unos manuscritos que pensaba como continuidad de su análisis sobre el imperialismo. La revolución interrumpió el trabajo, que luego continuó para dar forma a un nuevo texto que llevó por nombre *El Estado y la Revolución*.

Una vez derrocado el gobierno zarista Lenin pudo retornar a Rusia. Llegado a Petrogrado, expuso frente a un grupo de delegados que asistían a la Conferencia de los Soviets las famosas Tesis de Abril². La preocupación de Lenin respecto a la guerra imperialista llegaba a tal extremo que introdujo el punto como la primera de sus tesis. Allí declaró que la guerra, incluso bajo el nuevo gobierno del príncipe Gueorgui Lvov, seguía siendo una guerra imperialista de rapiña y que no debía realizarse ninguna concesión al nuevo gobierno en nombre del “defensismo revolucionario”.

El prólogo a esa primera edición de *El imperialismo, etapa superior del capitalismo* fue escrito apenas unos días después de enunciar sus tesis y a casi un año de concluido

² Las Tesis fueron publicadas el 7 de abril de 1917 en el número 26 de *Pravda* con el título *Las tareas del proletariado en la actual revolución*.

el texto. A diferencia de otros trabajos escritos previamente sobre el tema, éste se presentaba como un “ensayo popular”. Lenin buscaba difundir su planteo entre los revolucionarios de diversas corrientes, por considerar que podría ayudar a la comprensión de un problema fundamental:

Quiero abrigar la esperanza de que mi folleto ayudará a orientar la cuestión económica fundamental, sin cuyo estudio es imposible comprender nada en la apreciación de la guerra y de la política actuales, a saber: la cuestión de la esencia económica del imperialismo (Lenin, 2008: 14).

Con estas palabras Lenin cerraba su prólogo. No resulta extraño, desde 1914 la Segunda Internacional se encontraba virtualmente disuelta luego que los diputados del SPD votaran los créditos de guerra. La incompreensión de la época y el abandono de la posición antibelicista generaron la ruptura. Lenin consideró tal acción como una traición y no dudó en catalogar a dicha dirección como socialchovinismo: “socialismo de palabra, chovinismo de hecho”.

El capitalismo ingresa a una nueva “etapa”

Desde mediados del siglo XIX las principales potencias capitalistas habían desarrollado una política de conquista que no consistió sólo en establecer relaciones desiguales de intercambio con otros territorios (como había sido el intercambio comercial mundial hasta ese momento). La nueva dinámica consistió en la ocupación violenta y la creación de burguesías intermedias para penetrar comercialmente en dichos territorios.

El propio proceso de valorización capitalista requirió de la expansión constante de la producción. La ampliación del dominio capitalista hacia otros territorios vino así de la mano de una doble necesidad; en la inmediatez, por la obligación de colocar mercancías excedentes en otros

territorios evitando la saturación comercial hacia el interior de las metrópolis; por otro, como reacción a la caída de la tasa de beneficio. El primero de estos fenómenos fue comprendido con claridad por casi la totalidad de la dirigencia política de los países centrales hacia fines del siglo XIX. El segundo había sido analizado previamente por Carlos Marx en el capítulo XIII del Tomo 3 de *El Capital*. Allí, al explicar la “Ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia”, adelantó que “el comercio exterior” actuaría como una de las causas contrarrestantes de dicha ley (Marx, 1988). El resultado de este desarrollo fue la exportación y la imposición en todo el mundo, no ya de algunas mercancías o de una estafeta militar en tal o cual territorio, sino de la expansión global de un nuevo tipo de relación social.

Este fenómeno era absolutamente novedoso, un modo de producción se imponía en todo el mundo sobre otros modos de producción combinando múltiples formas del desarrollo humano con un tipo de desarrollo en particular expresando, tal como señala Novack, “...la naturaleza contradictoria del progreso social y de la dialéctica del desarrollo humano” (1974: 28). Así las características de sociedades más alejadas organizacionalmente de la forma capitalista se vieron “fusionadas” con las de sociedades que presentaban una marcada tendencia al capitalismo monopolista.

De este modo la ley del valor comenzó a operar en diferentes regiones del planeta gracias a la imposición del tipo particular de relación social capitalista. Fue producto de la reacción a la crisis de valorización del capital en las principales metrópolis. La crisis se resolvió con una “fuga hacia adelante”, es decir, extendiendo la frontera agraria mundial, ocupando nuevos mercados, acelerando la participación del sector financiero en la economía, o sea, resolviendo los problemas del capitalismo con... más capitalismo.

Clima de época

Como es sabido, el “folleto” de Lenin no fue producto de una genialidad descontextualizada, sino la síntesis final de toda una serie de trabajos previos (más extensos y arduos analíticamente), en el marco de un desarrollo sin precedentes del modo de producción capitalista. A la par, las contradicciones de desarrollo habían desembocado en una primera “Gran Guerra” mostrando los límites regresivos a los que había llegado la expansión del capital.

El fin del crecimiento británico hacia 1866 y el crack bursátil de 1873 (que pronto se extendió a la totalidad de las principales economías) provocó la necesidad de establecer ciertos acuerdos entre los países imperialistas con el objetivo de extenderse sobre el mercado mundial. El Congreso de Berlín de 1878 reorganizó, bajo control británico, los territorios de los Balcanes disputados durante la guerra ruso-otomana. Esto permitió una recuperación momentánea luego de la crisis económica, pero un nuevo desbalance entre 1882 y 1884 y la acelerada expansión territorial sobre África obligaron a la realización de una nueva instancia diplomática en Berlín en 1885.

Tanto para los revolucionarios de la época como para los pensadores de la burguesía, el imperialismo se presentaba hacia fines de siglo XIX como una realidad. Fueron los propios políticos ingleses quienes comprendieron y justificaron los hechos en un primer momento. Según Sarah Millin (2001), el mismo Cecil Rhodes (1853, 1902), probablemente el principal exponente del colonialismo británico, afirmaba sobre la necesidad de la expansión colonial para obtener materias primas, explotar mano de obra esclava y convertir las colonias en vertederos de los excedentes producidos en las metrópolis.

Desde otra perspectiva política, el reformista inglés John A. Hobson publicó en 1902 *Imperialism: A study*. Realizó allí una crítica del imperialismo inglés desarrollando como eje el problema de la desigualdad. Su análisis consi-

deraba al capitalismo como un sistema orientado a la producción de bienes de consumo. Es por ello que la desigual distribución de riqueza generaba un ahorro excesivo de un sector y la imposibilidad de ingresar al mercado por parte de otro sector, lo que provocaba una acumulación de excedentes y de valores no invertidos. La consecuencia de este mecanismo era necesariamente la expansión del comercio mundial. Introdujo así, por primera vez, el concepto de imperialismo como eje de un análisis de época, afirmando que el estancamiento de Inglaterra requirió de grandes inversiones en el exterior para introducir capitales que no encontraban lugar en la propia metrópoli.

Según Hobson, incluso bajo el capitalismo competitivo, el comercio exterior constituye una salida para los ahorros excesivos y un mercado para el exceso de producción. Sin embargo, a medida que la industria es más concentrada y el monopolio más difundido, el problema del subconsumo se desplaza hacia un nivel cualitativamente superior. Por una parte, las ganancias monopólicas aumentan el excedente, dando lugar a mayores ahorros; por la otra, como los monopolios logran esas ganancias excesivas elevando los precios, tienden a contraer el mercado. Los mismos factores que expanden los ahorros reducen sus salidas. El imperialismo emerge como la solución, constituyéndose en la etapa superior del subconsumo. (Shaikh, 1991: 266)

Su planteo, que atravesaba los problemas del ahorro, el subconsumo, el excedente y el imperialismo, influyó tanto en John M. Keynes como en Rosa Luxemburgo y en el mismo Lenin, pero en cada caso con perspectivas y conclusiones muy diversas.

La crisis del marxismo y los debates sobre el imperialismo

Los primeros años de la vida de Lenin, como los de la mayoría de los revolucionarios de la Segunda Internacional, se habían desarrollado en el marco de una crisis capitalista en apariencia terminal. Pero la recuperación económica posterior a 1890 provocó el surgimiento de toda una serie de revisiones del marxismo. Fue Eduard Bernstein el primero en poner en duda los postulados sobre la caída tendencial de la tasa de ganancia esgrimidos por Marx en el tercer tomo de *El Capital*. "... Bernstein comentó, en una carta a Kautsky escrita el 1º de septiembre de 1897, que desde hacía mucho sentía dudas en cuanto a *El Capital* y que el tercer volumen fue 'el colmo'" (Gaido, 2015: 155). Apenas dos años después presentaría sus conclusiones revisionistas en *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, publicado en 1899.

Como plantea el economista Terrence McDonough en un recomendable texto de 1997, la Segunda Internacional había desarrollado un punto de vista algo mecánico del marxismo y del mundo:

Tal punto de vista fue incapaz de explicar la recuperación capitalista desde la crisis de largo plazo. La recuperación del capitalismo desde la crisis de fines del siglo XIX precipitó una crisis del marxismo en los comienzos del siglo XX.

La evidencia inmediata de la crisis se encuentra en un debate no constructivo sobre el significado de la recuperación para la estrategia del movimiento socialista. Los marxistas esperaban una revolución proletaria mundial rápida producida por el empeoramiento de la crisis capitalista. Cuando la recuperación se materializó en lugar de la revolución comenzó un debate concerniente al rol de la crisis económica en la teoría revolucionaria. (págs. 45-46)

Aunque inicialmente la postura de August Bebel (principal dirigente del SPD) y de Karl Kautsky (uno de sus principales intelectuales) fue reticente respecto a las posturas revisionistas de Bernstein, poco a poco fueron acercándose a ellas. La incompreensión de las particularidades de la nueva etapa y de los elementos centrales sobre los que se montaba la recuperación capitalista reorientó a gran parte de la dirección de la socialdemocracia alemana hacia posiciones que concluyeron por dejar de lado las contradicciones analizadas por Marx.

Para los miembros de la Segunda Internacional la crisis económica, el Estado y el imperialismo eran piezas de un mismo problema. Formaban parte de un complejo entramado analítico a partir del cual, de cometerse un error en alguno de sus aspectos, se llegaría a conclusiones (y por lo tanto a propuestas de acción) totalmente discrepantes unas con otras. Fue lo ocurrido con el revisionismo de Eduard Bernstein. Una vez superada la crisis, abandonó definitivamente la conceptualización de las mismas como producto de la caída tendencial de la tasa de ganancia para inclinarse por la idea de “crisis por desproporcionalidad” elaborada por Marx, y reinterpretada en ese momento por el economista ruso Mijaíl Tugán-Baranowsky. Fue así que:

Si el desarrollo del capitalismo es inseparable de una tendencia descendente de la tasa de ganancia o de una demanda del consumo que tiende a quedarse cada vez más atrás de las necesidades de la producción (...) las crisis que periódicamente interrumpen la vida económica de la sociedad, deben considerarse como un *memento mori* del orden social existente. Pero si estos horribles presagios descansan en una base puramente imaginaria, y si las crisis no tienen su causa real en nada más indócil que las desproporcionalidades en el proceso productivo, entonces el orden social existente parece estar bastante seguro, al menos hasta que los hombres sean suficientemente bien educados y moralmente avanzados para desear y merecer otro mejor. Entre tanto, no sólo no tiene por qué haber un colapso del capitalismo, sino que mucho puede

hacerse bajo el capitalismo, para aplazar las desproporcionalidades, que son la causa de mucho sufrimiento innecesario (Sweezy, 1981: 180-181).

Esta nueva perspectiva de la crisis provocó que los revisionistas recayeran en una excesiva confianza en las posibilidades provistas por la participación parlamentaria, negando la inevitabilidad de la “dictadura del proletariado” para concluir con la tarea revolucionaria. Es por tal hecho que inmediatamente se desarrollaron a la par debates en torno al problema del Estado³, así como (esta vez desde el marxismo), el debate sobre las principales características del imperialismo.

Los primeros aportes sobre imperialismo fueron realizados por Heinrich Cunow en su conclusión contra las posturas de Bernstein donde:

...retoma todos los motivos en que ya insistiera Engels en sus últimos años: el fin del monopolio inglés en el mundo, la agudización de la lucha de clases en Inglaterra y los demás países, la inauguración de una era signada por guerras y luchas sociales (Colletti, 1978: 163-164).

Él mismo cambiará su posición durante la Primera Guerra “... y se convertiría en un social patriota estridente...” (Gaido, 2015: 159).

Sin embargo, el trabajo más importante y más completo sobre el tema fue publicado por Rudolf Hilferding en 1910 bajo el título de *El capital financiero*. El libro fue bien recibido por intelectuales del SPD tales como Otto Bauer, Karl Kautsky e incluso por el propio Vladimir Lenin

³ Lenin, en debate abierto con los sectores reformistas dirá, “La esencia de la cuestión está en si se mantiene la vieja máquina del Estado (...), o si se la *destruye*, sustituyéndola por otra *nueva*. La revolución debe consistir, no en que la nueva clase mande y gobierne con ayuda de la *vieja* máquina del Estado, sino en que *destruya* esta máquina y mande, gobierne con ayuda de otra *nueva*: este pensamiento *fundamental* del marxismo se esfuma en Kautsky, o bien éste no lo ha comprendido en absoluto.” (Lenin 2012: 162)

(Gaido, 2015). Por primera vez se realizaba un estudio pormenorizado del rol jugado por el crédito, el capital ficticio y la relación entre el capital financiero y los límites a la libre competencia. No obstante, su análisis se asentaba “...en la línea de Tugán-Baranovski, [que Hilferding] interpreta como ‘las condiciones de equilibrio del proceso social de reproducción’” (Colletti, 1978: 315).

Rosa Luxemburgo rechazó ese ángulo del trabajo de Hilferding por considerar que sus intentos por alejarse de la “teoría del subconsumo” lo acercaban peligrosamente al eje analítico de los revisionistas⁴. Influida por el trabajo de Hobson, escribió el libro *La acumulación del capital*, publicado en 1913. Convencida de que las crisis del mercado capitalista derivaban del subconsumo, intentó explicar por medio de esta teoría la imposibilidad de valorización del capital, así como su tendencia a la expansión sobre mercados no capitalistas. Aunque su objetivo político fuera el de oponerse al postulado del “equilibrio”, sus errores analíticos generaron un rechazo general entre los observadores del tema del imperialismo. Como activista revolucionaria Rosa Luxemburgo:

...se oponía completamente al reformismo que parecía engendrar la teoría de la desproporcionalidad. (...) Abandonar la teoría del derrumbe capitalista era abandonar el socialismo científico. Por eso, ella se propuso resucitar el debate marxista sobre el subconsumo (Shaikh, 1991: 271).

Entre sus críticos se encontraron justamente Otto Bauer y Karl Kautsky, quienes defendieron los postulados planteados por Hilferding arribando definitivamente a conclusiones políticas contrarias a las de Rosa Luxemburgo. Mientras el primero confió en la necesidad del desarrollo de la democracia en Austria como vía al socialismo, el segundo

⁴ Luxemburgo ya había enfrentado los postulados de Bernstein en 1899, el mismo año de la publicación de su libro, con un folleto conocido en castellano como *¿Reforma social o revolución?*

elaboró su teoría del “Ultraimperialismo” (1914) como un proceso pacífico de transición entre una fase extremadamente desarrollada del capital y una primera etapa de socialización⁵.

Bujarin antes que Lenin

Hacia fines de 1912 Nikolai Bujarin, exiliado desde hacía más de un año, se encontraba en Viena. Allí ingresó a los debates económicos del momento en una diatriba contra la escuela austríaca de Eugen Böhm-Bawerk. Las deducciones que sacó de esta disputa fueron reflejadas en un texto llamado *La teoría económica de la clase ociosa*⁶, en cuyo prefacio de 1919 destacaba que “Nuestra elección de un adversario para nuestra ideología probablemente no requiere discusión, ya que es bien sabido que el enemigo más poderoso del marxismo es la Escuela Austríaca.” (Bujarin, 1919). Al entrar de lleno en los “problemas económicos” tomó contacto con los recientes escritos sobre imperialismo y poco después, ya iniciada la guerra, se radicó en Suiza donde comenzó a delinear su principal trabajo sobre el tema.

Nuevamente crisis económica, imperialismo y Estado (a lo que ahora se sumaba la guerra) formaban parte de un combo problemático que Bujarin no eludiría. Rechazó las posiciones kautskianas sobre el “ultraimperialismo” y las del revisionismo alemán, acercándose a posiciones más ligadas a Rosa Luxemburgo respecto al imperialismo y de Anton Pannekoek (ambos miembros del ala izquierda del

⁵ Según esta visión el capitalismo no se encontraba en ese momento en una nueva etapa, pero necesariamente a futuro debía atravesar por una donde se aplique la política de los *cartels* a la política del comercio exterior; es decir, una etapa de transición pacífica en la unión de los imperialismos del mundo.

⁶ El texto fue concluido en 1914 y publicado con unos pocos agregados recién en 1919 luego de ser recuperado en Oslo por el comunista noruego Arvid Hansen, quien devolvió el original a N. Bujarin.

SPD) respecto al Estado. Esta postura resultó en un enfrentamiento con Lenin (uno más entre muchos) que nunca logró resolverse del todo, aunque el mismo Lenin poco tiempo después acercó posiciones al sacar sus propias conclusiones sobre el imperialismo y el Estado.

Como producto de ciertas tareas asignadas por el partido, Bujarin partió en julio de 1915 con destino a Suecia. A fines de ese mismo año concluyó sus trabajos en un texto titulado *La economía mundial y el imperialismo*, donde desarrolló el análisis más completo hasta el momento respecto al capital monopolista. Envío el texto a Lenin antes de sufrir un nuevo exilio que lo llevaría a Oslo y luego a Nueva York, para retornar a Rusia recién en mayo de 1917.

Y finalmente Lenin

Lenin recibió el texto en Suiza a fines de 1915. Lo leyó inmediatamente y, con igual celeridad, comenzó a bosquejar un “folleto popular” como continuidad a los nuevos aportes de Bujarin. *La economía mundial y el imperialismo* se había convertido sin duda en la principal influencia, y también el principal incentivo, para que Lenin trabajara en un texto sobre imperialismo. Ambos tenían desde hacía años serios desencuentros sobre diversos problemas, en especial a la hora de analizar el problema del Estado. No obstante Lenin consideraba a Bujarin como uno de los principales teóricos del bolchevismo y valoró mucho su texto sobre imperialismo.

¿Cuál fue la reacción de Lenin ante la postura de Bujarin? Hay que decir, en primer término, que Lenin se basó en gran medida en *La economía mundial y el imperialismo* a la hora de elaborar su clásico trabajo sobre el imperialismo, un año después de que Bujarin escribiera el suyo. Lenin recibió el

manuscrito a fines de 1915 y escribió una elogiosa introducción. De todos modos existían diferencias entre ambos, que pronto habrían de ponerse de manifiesto (Poy, 2009: 115)⁷.

Lenin buscaba asestar un golpe definitivo al kautskismo en torno al problema del Estado, el imperialismo y la revolución, contra las “esperanzas socialpacificistas en cuanto a la democracia mundial”⁸. Al parecer, el texto de Bujarin habría terminado por decidirlo respecto al ángulo que debía tomar. No fue su única influencia. La importancia brindada por Hilferding al “capital financiero”, así como los estudios de Schulze-Gaevernitz sobre la banca alemana y el imperialismo británico, acompañaron a toda una serie de datos y analistas “burgueses” citados en la obra. Sin embargo, el análisis de Hobson sobre el imperialismo era considerado por el propio Lenin como superador en muchos aspectos de los planteos de Kautsky (que solo lo reduce al caso inglés) o del propio Hilferding (quien no atinó a interpretar el parasitismo propio del imperialismo).

Para Lenin resultaba fundamental el estudio de datos generales (como el reparto del mundo y la extensión de los ferrocarriles) y de las obras escritas previamente, a partir de los cuales realizó una síntesis de conocimiento que le permitió alcanzar una conclusión más elaborada que sus predecesores. No se trataba tan solo de crisis, de guerra y de revolución, sino que todo eso era la expresión cabal de una nueva etapa en el desarrollo capitalista.

⁷ En nota al pie el artículo explica que “Tanto el manuscrito [del libro de Bujarin] como la introducción fueron enviados a Rusia pero cayeron en manos de la policía. El libro de Bujarin se editó en 1918, pero la introducción de Lenin sólo se recuperó años después y se publicó en *Pravda* en enero de 1927.”

⁸ Es por esto que *El imperialismo etapa superior del capitalismo*, las *Tesis de Abril*, y *El Estado y la revolución*, deben ser entendidos como una tríada de textos que forman parte de todo un cuerpo de problemas a los que Lenin intentaba dar respuesta en ese momento. No puede comprenderse la importancia ni el significado de cada uno en profundidad desvinculándolos de su contexto o, incluso, entre ellos.

El imperialismo

El texto, una vez concluido, contó con diez capítulos en los cuales desarrolló a partir de datos estadísticos y declaraciones un análisis de la economía mundial en la etapa previa a la guerra. Se le incluyeron posteriormente dos prólogos, el primero en abril de 1917 y otro más completo de cara a las ediciones francesa y alemana en julio de 1920.

El libro es una demostración cabal de la vitalidad del marxismo. Lenin no teme ser “ortodoxo” a la hora de implementar el método de Marx, sin embargo, no cae en el tentador error de repetirlo. El trabajo de Lenin se propone, mediante un desarrollo analítico, demostrar que el imperialismo no es una mera política de los Estados capitalistas, sino una etapa del modo de producción y es por ello que parte del estudio de la concentración de la producción y los monopolios para resaltar luego el nuevo papel jugado por los bancos.

Lenin afirma que:

El capitalismo, en su fase imperialista, conduce de lleno a la socialización de la producción en sus más variados aspectos; arrastra, por decirlo así, a pesar de su voluntad y conciencia, a los capitalistas a un cierto nuevo régimen social, de transición entre la plena libertad de concurrencia y la socialización completa. La producción pasa a ser social, pero la apropiación continúa siendo privada. Los medios sociales de producción siguen siendo propiedad privada de un número reducido de individuos. El marco general de la libre concurrencia formalmente reconocida persiste, y el yugo de un grupo poco numeroso de monopolistas sobre el resto de la población se hace cien veces más duro, más insensible, más insoportable (Lenin, 2008: 38).

Para luego completar:

El desarrollo del capitalismo ha llegado a un punto tal, que, aunque la producción de mercancías sigue “reinando” como antes y siendo considerada como la base de toda la economía, en realidad se halla ya quebrantada, y las ganancias principales van a parar a los “genios” de las maquinaciones financieras. En la base de estas maquinaciones y de estos chanchullos se halla la socialización de la producción; pero el inmenso progreso logrado por la humanidad, que ha llegado a dicha socialización, beneficia... a los especuladores (Lenin, 2008: 40).

Es una contradicción en sus términos. Una etapa más desarrollada permite un mayor nivel de aprovechamiento del trabajo humano, pero este en lugar de redundar en beneficio de toda la humanidad es apropiado por un sector cada vez menor. Es cierto que Lenin sintetiza, en más de una vez, su caracterización de la etapa como las del capitalismo monopolista, sin embargo nunca cae en el burdo reduccionismo (tantas veces atribuido) de considerar que la libre concurrencia queda anulada definitivamente. La libre concurrencia deja su lugar a una etapa ambigua y transitoria donde se desarrollan en forma combinada características competitivas y monopolísticas.

En otros términos: el viejo capitalismo de la libre concurrencia, con su regulador absolutamente indispensable, la Bolsa, pasa a la historia. En su lugar, ha aparecido el nuevo capitalismo, que tiene los rasgos evidentes de un fenómeno transitorio, que representa una especie de mezcla de la libre concurrencia y del monopolio (Lenin, 2008: 57-58).

Esto permite sacar ciertas conclusiones. Lenin dedica casi por entero el capítulo VII al debate con Kautsky. El dirigente de la ahora tácitamente desintegrada Segunda Internacional rechazaba los planteos del imperialismo como “etapa” y lo consideraba una mera política anexionista del capital financiero. Allí emergía uno de sus errores, en desconocer el funcionamiento actual de la economía y de separarla del “comportamiento” político del imperialismo.

Ese “error” era entendido por Lenin como producto de una acción oportunista de fundición del “socialchovinismo” con la política burguesa. Es claro que Lenin rechazaba la posibilidad de modificar mediante reformas las bases del imperialismo, pero no lo hizo en forma arbitraria, sino retomando el método dialéctico.

Las cuestiones esenciales en la crítica del imperialismo son la de saber si es posible modificar con reformas las bases del imperialismo, la de saber si hay que seguir adelante desarrollando la exacerbación y el ahondamiento de las contradicciones engendradas por el mismo o hay que retroceder, atenuando dichas contradicciones. Como las particularidades políticas del imperialismo son la reacción en toda la línea y la intensificación del yugo nacional como consecuencia del yugo de la oligarquía financiera y la supresión de la libre competencia, a principios del siglo XX, en casi todos los países imperialistas, aparece una oposición democrática pequeño-burguesa al imperialismo. Y la ruptura con el marxismo por parte de Kautsky y de la vasta corriente internacional del kautskismo consiste precisamente en que Kautsky no sólo no se ha preocupado, no ha sabido enfrentarse a esa oposición pequeño-burguesa, reformista, en lo económico fundamentalmente reaccionaria, sino que, por el contrario, se ha fundido prácticamente con ella (Lenin, 2008: 154-155).

Es toda una enseñanza, para toda la etapa.

Etapas superior del capitalismo. Conclusión

Según el artículo previamente citado de Terrence McDonough, el libro de Lenin (y en particular su intervención en los debates de la Segunda Internacional) habría realizado importantes aportes frente a los planteos de la época. El texto afirma, en líneas generales, que la Segunda Internacional no comprendió a fondo el análisis científico de

Marx. El uso “mecánico” del método provocó una crisis del marxismo que pretendió resolverse con la revisión de sus principales postulados.

La intervención de Lenin ayudó a explicar desde una perspectiva marxista no solo porqué el capitalismo pudo salir de su crisis hacia fines del siglo XIX, sino también sobre qué bases lo hizo. Lo que lleva a McDonough a plantear que el segundo aporte de Lenin es el de identificar al imperialismo como una etapa y a esa etapa como la del capital monopolista. Finalmente, y no es menor, el aporte de Lenin sacó al marxismo de su crisis o, para aclarar mejor, lo colocó en su lugar luego del pozo al que lo sumergió el revisionismo.

Es interesante como conclusión y nos parece de singular importancia retomarla. No obstante, queremos puntualizar un aspecto más.

Todo organismo (biológico o social) contempla en su propio desarrollo una etapa de formación, donde ciertos elementos se comportan en forma progresiva en función de su desenvolvimiento y una etapa terminal (no necesariamente a partir de la medianía exacta de su existencia) donde aquellos elementos que otrora fueran progresivos comienzan a manifestar un comportamiento regresivo. Podríamos sintetizarlo como la etapa de su envejecimiento. Comienzan así a desarrollarse las contradicciones de aquellos elementos que permitieron hasta ese momento su normal funcionamiento, lo cual no implica la desaparición de dichos elementos, sino una tensión en función de su propia negación. No es una novedad, Marx lo entendió aplicado al desarrollo social en su famoso “Prefacio” de la *Contribución a la crítica de la economía política* y Lenin mismo planteó esta idea para el desarrollo social capitalista:

El imperialismo ha surgido como desarrollo y continuación directa de las propiedades fundamentales del capitalismo en general. Pero el capitalismo se ha trocado en imperialismo capitalista únicamente al llegar a un cierto grado de su

desarrollo, cuando algunas de las propiedades fundamentales del capitalismo han comenzado a convertirse en su antítesis, cuando han tomado cuerpo y se han manifestado en toda la línea los rasgos de la época de transición del capitalismo a una estructura económica y social más elevada (Lenin, 2008: 123-124).

Es así que la exportación de mercancías se convierte a partir de cierto momento en la necesidad de exportar las relaciones sociales de producción que contemplan la producción de dichas mercancías, sobre sociedades no capitalistas, extendiendo el capital a escala global. El capital productivo que en su origen permitía, mediante la libre concurrencia, la acumulación del pequeño capitalista, se torna regresivo al enfrentar mayores masas de capital apalancadas mediante el sistema bancario, acelerando la tendencia al monopolio y a la progresiva disminución de la libre concurrencia. El Estado y el capital financiero se convierten en piezas esenciales interviniendo en la economía y reduciendo los márgenes de competencia.

Un análisis superficial del texto de Lenin ha llevado a muchos a suponer que, en alguna medida, podían encontrar en sus planteos un rechazo al funcionamiento de la ley del valor durante la etapa del imperialismo. Y en relación con esto un “abandono de Marx” por parte del revolucionario ruso. Es un error, quizá el mismo cometido por Kautsky cuando dejó de lado el carácter político de la etapa.

La ley del valor explica el funcionamiento del modo de producción capitalista aunque su desarrollo y vitalidad encuentran, como todo en su desarrollo, un límite. El imperialismo sería, al fin de cuentas, también la etapa de la ley del valor, pero la etapa de la ley del valor envejecida.

Bibliografía

- Bujarin, Nicolás [1919] "Prefacio" *Teoría económica de la clase ociosa*. Recuperado el 17 de junio de 2016 de <http://www.liberalismo.org/bitacoras/1/2874/prefacio/edicion/rusa/teoria/economica/>
- Colletti, Lucio (1978) *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo*. México: Siglo XXI.
- Gaido, Daniel (2015) "La recepción temprana de las obras económicas de Karl Marx (1867-1910)". En *Defensa del Marxismo*, N° 44, junio.
- Lenin, Vladimir [1917] *Las tareas del proletariado en la presente revolución* ("Tesis de abril"), recuperado el 16 de junio de 2016 de <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/abril.htm>
- Lenin, Vladimir (2008) *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Buenos Aires: Libertador.
- Lenin, Vladimir (2012) *El Estado y la revolución*. Buenos Aires: Sol 90.
- Marx, Carlos [1988] *El Capital*. Tomo III. México: Siglo XXI.
- McDonough, Terrence (1997) "Lenin, el imperialismo y las etapas del desarrollo capitalista". *Revista Vientos del Sur*, Mayo.
- Millin, Sarah (2001) *Cecil Rhodes*. London: Simon.
- Novack, George [1957] (1974) *La ley del desarrollo desigual y combinado*. Buenos Aires: Pluma.
- Poy, Lucas (2009) "Cuándo y por qué Lenin escribió El Estado y la revolución" Rieznik, Pablo (editor) *Un mundo maravilloso. Capitalismo y socialismo en la escena contemporánea*. Buenos Aires: Biblos.
- Shaikh, Anwar (1991) *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*, Bogotá: Tercer mundo editores.
- Sweezy, Paul (1981) *Teoría del desarrollo capitalista*. México: Fondo de cultura económica.

De la dictadura democrática a la dictadura del proletariado

*El debate en el Partido Bolchevique
sobre las Tesis de Abril de Lenin*

KEVIN MURPHY Y DANIEL GAIDO

Introducción

El documento *Las tareas del proletariado en la revolución actual* fue leído por Lenin ante una audiencia atónita de delegados bolcheviques y mencheviques a los soviets el 4 de abril de 1917¹. También conocido como las *Tesis de abril*, este documento representa una ruptura fundamental con la perspectiva estratégica de lo que Lenin llamó el “viejo bolchevismo”, ruptura derivada de la experiencia de la revolución de 1905 y sintetizada en la fórmula “dictadura democrática del proletariado y del campesinado”². Las *Tesis de abril*, por lo tanto, jugaron un papel fundamental en la determinación del carácter socialista de la revolución rusa, asegurando su supervivencia más allá de su primera etapa inestable de poder dual. También dieron lugar a un furioso debate en las filas del Partido Bolchevique que documentaremos en el

¹ A partir de ahora todas las fechas corresponden al calendario juliano, que atrasaba 13 días en relación al calendario gregoriano.

² Para una visión opuesta consultar Lih, 2011.

presente artículo pero para ello debemos analizar primero la dinámica de clase de la revolución rusa y los debates sobre la teoría de la revolución permanente a la que ésta dio origen desde la revolución de 1905.

La revolución rusa de 1905 y la perspectiva estratégica del “viejo bolchevismo”

La revolución rusa de 1905 fue una lección viva de dialéctica: creó los primeros soviets en un país donde la servidumbre había sido abolida apenas medio siglo antes y donde, por lo tanto, la transición del feudalismo al capitalismo apenas había sido completada, y forzó a un autócrata a conceder libertades democráticas mediante una huelga general política en octubre de 1905. Esta combinación de rasgos democrático-burgueses y obrero-socialistas dio lugar a un debate internacional sobre la teoría de la revolución permanente. En su artículo *La revolución rusa* del 20 de diciembre de 1905, Rosa Luxemburgo, una participante en los acontecimientos revolucionarios (fue encarcelada en Varsovia por su papel en la revolución polaca), escribió lo siguiente sobre el carácter dual de la revolución rusa:

La revolución actual en nuestro país, así como en el resto del reino zarista, tiene un carácter dual. Por sus objetivos inmediatos, es una revolución *burguesa*. Su objetivo es la introducción de la libertad política en el Estado zarista, la república y el orden parlamentario que, con el dominio del capital sobre el trabajo asalariado, no son más que una forma avanzada del Estado burgués, una forma de dominio de clase de la burguesía sobre el proletariado. Pero en Rusia y en Polonia esta revolución burguesa no fue llevada a cabo por la burguesía, como lo fue antes en Alemania y Francia, sino por la clase obrera, y además por una clase obrera que está en alto grado consciente de sus intereses de clase; una clase obrera que no ha conquistado la libertad política para la burguesía sino que, por el contrario, tiene como objetivo facilitar su propia lucha

contra la burguesía con el objetivo de acelerar el triunfo del socialismo. Por esa razón, la revolución actual es al mismo tiempo una revolución *obrera*. Por lo tanto, la lucha contra el absolutismo en esta revolución debe ir de la mano con la lucha contra el capital, contra la explotación (Luxemburgo, 1905: 556; citado en Day y Gaido, 2009: 521-522).

En otras palabras, Luxemburgo argumentó que lo que estaba ocurriendo en Rusia era una doble revolución que simultáneamente completaría la serie de las revoluciones burguesas y comenzaría un nuevo ciclo de revoluciones proletarias que conducirían al triunfo internacional del socialismo. El carácter dual de la revolución permanente en términos de completar un proyecto histórico y comenzar otro es un concepto que debemos retener para comprender los debates que las tesis de abril de Lenin suscitaron en el Partido Bolchevique en 1917.

El estallido de la revolución de 1905 encontró al Partido Obrero Social Demócrata de Rusia (POSDR) dividido en dos tendencias principales —no, sin embargo, por su programa (ambas alas del partido aceptaban el programa aprobado por el congreso de 1903 en el que tuvo lugar la escisión) sino por lo que Lenin llamó el “oportunismo en problemas de organización” de los mencheviques (Lenin, 1904: 407) —. Ambas tendencias inicialmente aceptaron el análisis de la próxima revolución como una democracia burguesa democrática, una revolución burguesa en la que sin embargo (a diferencia de la revolución burguesa modelo, la revolución francesa de fines del siglo XVIII) la clase obrera aparecería como sujeto revolucionario consciente, organizado en un Partido separado que lucharía por sus propios objetivos de clase.

Sólo después de la revolución rusa de 1905 la división entre bolcheviques y mencheviques, que inicialmente giró en torno a cuestiones organizativas, adquirió una base programática. Mientras que los mencheviques se aferraron a la idea de que el futuro de la revolución democrática dependía

de una alianza entre el proletariado y la burguesía, para Lenin el objetivo de la revolución era crear las mejores condiciones posibles para el desarrollo del capitalismo, y su problema central era la cuestión agraria. Pero por miedo a la lucha de masas, los capitalistas (que en medio de una revolución supuestamente burguesa habían organizado un “lock-out” patronal contra los trabajadores en huelga después de que el Soviet de San Petersburgo introdujera la jornada de ocho horas) estaban dispuestos a llegar a un compromiso con los terratenientes y el zar, que daría lugar a un lento y doloroso desarrollo del capitalismo ruso según el modelo prusiano.

Lenin argumentaba que la revolución rusa sólo podía triunfar por medio de una alianza entre el proletariado y el campesinado y que, por lo tanto, se vería obligada a hacer incursiones más serias en la propiedad privada que las revoluciones burguesas clásicas. Estas dos clases, al tomar el poder, establecerían una “dictadura democrática”³ conjunta y proclamarían la república, la jornada laboral de ocho horas y la reforma agraria más radical (incluyendo la *nacionalización de la tierra*, una reforma compatible con el capitalismo), lo que permitirá a Rusia embarcarse en lo que Lenin llamó “la vía norteamericana de desarrollo burgués” (Lenin, 1915c). Lenin esperaba que la nacionalización de la tierra liberara a los campesinos de la explotación de los terratenientes pero, hasta que no triunfara una revolución socialista en Occidente, la revolución rusa no llevaría a cabo una nacionalización a gran escala de todos los medios de producción.

Por ejemplo, al comentar la Resolución del Tercer Congreso del POSDR sobre un Gobierno Revolucionario Provisional, Lenin argumentó que:

³ “Tenemos una consigna nueva: la democrática dictadura revolucionaria del proletariado y los campesinos” (Lenin, 1905a: 55).

al fijar como tarea del gobierno provisional revolucionario la aplicación del programa mínimo, la resolución descarta las absurdas ideas semianarquistas de realizar en seguida el programa máximo y de conquistar el poder para llevar a cabo la revolución socialista. El grado de desarrollo económico de Rusia (condición objetiva) y el grado de conciencia y organización de las grandes masas del proletariado (condición subjetiva, indisolublemente ligada a la anterior), hacen imposible la inmediata y absoluta liberación de la clase obrera (Lenin, 1905a: 24).

En la atmósfera estimulante de la época, Lenin ocasionalmente hizo otras declaraciones que iban más allá de ese esquema. Por ejemplo, en septiembre de 1905, comentó: “de la revolución democrática comenzaremos a pasar en seguida, y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado con conciencia de clase y organizado, a la revolución socialista. Somos partidarios de la revolución ininterrumpida. No nos quedaremos a mitad de camino.” (Lenin, 1905b: 232). Pero tales comentarios eran arrebatos de entusiasmo que contradecían las declaraciones oficiales de la política bolchevique, tal como fue desarrollada en los escritos posteriores de Lenin. A lo sumo, Lenin estaba dispuesto a admitir que la revolución rusa podría adquirir un carácter socialista tras el estallido de las revoluciones socialistas en Occidente.

En ese momento, ciertas tendencias, tanto dentro de la Socialdemocracia rusa como de la Segunda Internacional, ya comenzaron a ir más allá del análisis de Lenin y a plantear la perspectiva de que la revolución rusa emprendiera un proceso de revolución permanente, combinando tareas democráticas y socialistas, una perspectiva que Lenin adoptó sólo en abril de 1917. Esta tendencia política encontró su expresión programática más elaborada en el libro *Resultados y perspectivas* escrito por León Trotsky a comienzos de 1906. Por lo tanto Lenin adoptó una posición intermedia entre Plejánov y Trotsky, basada en la idea de que la clase obrera no podía imponer su programa al campesinado en

el gobierno revolucionario conjunto de ambas clases debido al carácter abrumadoramente campesino de la sociedad rusa⁴. Ese fue el punto de vista estratégico de lo que Lenin llamó en 1917 el “viejo bolchevismo”, una estrategia a la que sus oponentes dentro del Partido Bolchevique adherían, pero que el propio Lenin corrigió a la luz de los resultados de la revolución rusa de febrero de 1917.

La revolución de febrero, el régimen de doble poder y los bolcheviques de Petrogrado

Después de la revolución de febrero⁵, que dio lugar a la abdicación del zar Nicolás II, los soviets, bajo la dirección de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios, cedieron el poder a un Gobierno Provisional burgués, no elegido, embarcado en la continuación de la guerra imperialista y en el aplazamiento de la reforma agraria hasta la elección de la Asamblea Constituyente -cuya fecha de elección fue a su vez pospuesta indefinidamente-. Sin embargo, esos mismos soviets habían ordenado la elección de comités de soldados en el ejército y les habían dado instrucciones de desobedecer las órdenes de los oficiales que se opusieran a los decretos emitidos por el Soviet de Diputados de Trabajadores y de Soldados⁶, dando así lugar a la estructura inestable del *poder dual*, signada por crisis gubernamentales regulares.

⁴ La población rural ascendía al 82 por ciento de la población total según los resultados del censo de 1926 (Lewin, 2005: 41). Para la idea de que todos los participantes en el debate sobre la revolución permanente (cuyos documentos hemos traducido en Day y Gaido, 2009), con excepción de Trotsky, abogaban por un oximoron llamado “revolución democrática *in Permanenz*” ver Lih, 2012.

⁵ La revolución de febrero estalló el 23 de febrero, según el calendario juliano, o el 8 de marzo (Día Internacional de la Mujer, la revolución comenzó como demostración de trabajadoras) de acuerdo con el calendario gregoriano.

⁶ El texto completo de la “Orden N° 1 del Soviet de Petrogrado” aparece traducido al inglés en Boyd, 1968 pp. 259-260.

Basándose en la experiencia de 1905, los bolcheviques -y todos los partidos políticos- habían presupuesto una prolongada lucha contra el zarismo. El Soviet de San Petersburgo de 1905 se había creado después de ocho meses de revolución y esta experiencia había determinado la posición de Lenin. En 1905, Lenin tuvo que librar una batalla para superar el sectarismo de muchos miembros del Partido Bolchevique hacia los Soviets, argumentando que representaban “el embrión de un gobierno provisional revolucionario”. Sin embargo, esta formulación no fue resaltada después de 1905. La única mención de los Soviets por Lenin durante la guerra aparece en una crítica al Comité de Petersburgo por levantar prematuramente el eslogan de crear Soviets durante la ola de huelgas de finales del verano de 1915. Para Lenin, “los Soviets de diputados obreros y otras instituciones análogas deben ser considerados como los órganos de la insurrección, como los órganos del poder revolucionario” y la demanda de su creación debía plantearse “en relación con el desarrollo de la huelga política de masas y la insurrección” (Lenin, 1915a: 33).

El ritmo vertiginoso de los acontecimientos durante la revolución de febrero volvió rápidamente obsoletas a las fórmulas del “viejo bolchevismo”. En un manifiesto publicado el 27 de febrero, los bolcheviques de Petrogrado exigieron la creación de un Gobierno Revolucionario Provisional de acuerdo con el viejo postulado bolchevique, sin prever la nueva realidad del régimen de doble poder⁷. La nota dominante entre los bolcheviques en la capital era, pues, de confusión. Tomado por sorpresa por las acciones de las mujeres trabajadoras que iniciaron la revolución, llamando a la creación de comités revolucionarios bajo la dirección de los bolcheviques en momentos en que el eslogan de recrear el Soviet estaba siendo abrazado por las masas, el Buró Ruso del Comité Central del POSDR(b),

⁷ Para una versión en inglés del manifiesto bolchevique del 27 de febrero ver Ferro, 1972: 344-345.

encabezado por Alexander Shliapnikov, Peter Zalutsky y Vyacheslav Molotov, fue a remolque de los acontecimientos (Hasegawa, 2017: 322). El primer llamado bolchevique a la creación del Soviet, para ser convocado en la estación Finlandia en Viborg, fue emitido por los miembros del partido en el barrio obrero de Viborg, también el 27 de febrero. Sin embargo, ésta fue una respuesta tardía e infructuosa a la iniciativa menchevique para que el Soviet se reuniera en la sede de la Duma, el Palacio Táuride, ese mismo día (Hasegawa, 2017: 332-333).

En la primera sesión del Soviet de Petrogrado, celebrada el 27 de febrero, Shliapnikov argumentó que los dos representantes oficiales del Soviet en el Comité Provisional de la Duma Estatal, embrión del futuro Gobierno Provisional, Kerenski y Chjeidze, velarían por las actividades del Comité de la Duma para que ésta no “se comprometiera con los restos de zarismo a espaldas de la gente que había defendido la revolución”. Hasegawa señala que “en esta decisión se puede ver la génesis de la actitud básica del Soviet hacia el Comité de la Duma, y eventualmente hacia el Gobierno Provisional. La conclusión era que del Comité de la Duma surgiría un poder gubernamental, mientras que el Soviet se limitaría a ejercer presión sobre el Comité de la Duma para asegurarse de que éste no se desviara del curso de acción previsto” (Hasegawa, 2017: 347).

El intento de aplicar las anticuadas fórmulas del “viejo bolchevismo” produjo gran confusión dentro de las organizaciones bolcheviques locales, muchas de los cuales apoyaron la nueva línea de Stalin y Kamenev (ver más adelante). Por ejemplo, el periódico bolchevique de Járkov argumentó que “hasta que la democracia alemana tome el poder en sus manos, nuestro ejército debe ponerse de pie como una pared de acero armada de pies a cabeza contra el militarismo prusiano”, y el periódico bolchevique de Moscú escribió: “Hasta que no se haya logrado la paz, no arrojamus nuestras armas” (Сидоров *et al.*, 1957: 520, 528). Actitudes similares

fueron adoptadas por muchas organizaciones locales, como Krasnoiarsk y Járkov. Los bolcheviques de Bakú incluso se unieron al gobierno provisional local (Suny, 1972: 72-75).

En el otro extremo del espectro bolchevique, el Comité de Distrito de Víborg, reunido el 1 de marzo, aprobó una resolución que pedía la formación inmediata de un gobierno revolucionario provisional de los trabajadores y soldados insurgentes, y la proclamación del Soviet de Petrogrado como gobierno revolucionario provisional. A esta iniciativa se opusieron tanto al Buró Ruso del Comité Central del POSDR(b) como el Comité de Petersburgo, alegando que el peligro más grave para la revolución era todavía la posibilidad de la restauración del zarismo y que, desde el punto de vista, objetivo el Gobierno Provisional estaba ayudando a los trabajadores a destruir el poder zarista. De esta manera, ambos órganos del Partido Bolchevique fueron incapaces de ofrecer una alternativa a la política del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, dirigido por los mencheviques y socialistas revolucionarios (Hasegawa, 2017: 583-584)⁸.

El Gobierno Provisional y la Guerra

La cuestión que eclipsó todas las demás cuestiones en 1917 fue la guerra -para febrero de 1917 Rusia ya había acumulado más de un millón de muertos-. Un año antes del estallido de la revolución de febrero Lenin ya había advertido contra el peligro del defensismo en caso de que estallara una revuelta contra el zar. En una colección de artículos titulada *La Internacional y la Guerra*, Martov había declarado que “si la crisis actual condujera a la victoria de una revolución democrática, de una república, el carácter de la guerra

⁸ Para más detalles sobre las divisiones en el Partido Bolchevique en marzo de 1917 ver Longley, 1972.

cambiaría radicalmente”. Para Lenin, esto era una “mentira desvergonzada”, porque Martov sabía que “una revolución democrática y una república significan una revolución democrático-burguesa y una república democrático-burguesa”. Lenin advirtió en diciembre de 1915 que el carácter de la guerra “entre las grandes potencias burguesas o *imperialistas*” no cambiaría en lo más mínimo si “en una de estas potencias fuese barrida rápidamente el imperialismo militar-absolutista y feudal”, porque “no por eso habría desaparecido el imperialismo puramente burgués, sino que se habría fortalecido” (Lenin, 1915b: 68-69). Pero esta advertencia profética fue ignorada. El cambio repentino de la autocracia zarista a una república democrática de facto convirtió a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios en defensores.

El cambio político en Rusia fue recibido con alegría por la burguesía imperialista. El 20 de marzo de 1917 el presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson (quien poco después, el 2 de abril, se presentó ante una sesión conjunta del Congreso para buscar una Declaración de Guerra contra Alemania a fin de que el mundo “se volviera seguro para la democracia”), llegó a la conclusión de que “la revolución contra la autocracia había tenido éxito”, y su administración expresó su entusiasmo apresurándose a ser el primer estado en reconocer al nuevo gobierno. En una reunión del gabinete el 23 de marzo, Wilson, un ex-profesor de historia, dijo con una sonrisa que el Gobierno Provisional “debía ser bueno”, porque tenía a “un profesor” -Miliukov- “a la cabeza.” (Foglesong, 1991: 50).

Incluso el posterior derrocamiento de Miliukov en el primer gobierno de coalición, un producto de la crisis de abril (véase más adelante), no fue en absoluto mal recibido por las potencias imperialistas. El líder del partido “kadete” (demócratas constitucionalistas, el principal partido de la burguesía), Pavel Miliukov, el primer Ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno Provisional, era un imperialista ruso que no sólo irritaba a las tropas rusas y, por lo

tanto, debilitaba los esfuerzos militares de la Entente, sino que insistía en que Rusia consiguiera Constantinopla y los Estrechos del Bósforo y de los Dardanelos. Esto colocaba a Rusia en una posición en la que inevitablemente chocaría con los intereses británicos en el Mediterráneo y el Cercano Oriente, mientras que los dirigentes socialistas revolucionarios y mencheviques estaban mucho más dispuestos a ceder ante las demandas territoriales del imperialismo británico y francés. Ya el 10 de abril George Buchanan, el embajador británico en Rusia, había sondeado a Kerenski y Tereshchenko para determinar sus opiniones, encontrándolos eminentemente satisfactorios, y el socialista francés Albert Thomas, el primer Ministro de Armamento de la Tercera República Francesa durante la Primera Guerra Mundial, que había sido enviado a Rusia para hacer propaganda chovinista entre la clase obrera, ayudó a facilitar la salida del líder kadete (Radkey, 1958: 178). Al mismo tiempo, las potencias de Entente insistían en la inclusión de los kadetes en el gobierno, y por una buena razón: “Lo que buscaban era la protección de sus préstamos y un flujo continuo de carne de cañón hacia el Frente Oriental, propósitos que se podían lograr mejor manteniendo a los kadetes en los centros del poder” (Radkey, 1958: 470).

Esta connivencia con el imperialismo hacia inútiles todos los gestos destinados a infundir en el esfuerzo de la guerra de la Entente un espíritu democrático, tales como el *Manifiesto de paz* del Soviet (ver más abajo). Pero la marea chovinista no dejó de tener efecto en el Partido Bolchevique, como veremos de inmediato.

El *Pravda* de Stalin y Kamenev

A mediados de marzo, Kamenev, Stalin, y M. K. Muranov, se hicieron con el control del órgano central del Partido Bolchevique, *Pravda*. Comenzando con la edición del 14 de

marzo, el órgano bolchevique giró bruscamente hacia la derecha (Rabinowitch, 1968: 36). Numerosos testigos contemporáneos confirman este viraje, incluyendo Shliapnikov:

El día de la aparición del primer número del “*Pravda reformado*”, el 14 de marzo, fue un día de triunfo para los defensores. Todo el Palacio Táuride, desde los miembros del Comité de la Duma hasta el Comité Ejecutivo [del Soviet de Petrogrado], el corazón mismo de la democracia revolucionaria, resonaba con una noticia: la victoria de los bolcheviques moderados y razonables sobre los extremistas. En el Comité Ejecutivo mismo nos encontramos con sonrisas venenosas. Fue la primera y única vez que *Pravda* ganó el elogio de los “defensores” de la peor especie. En las fábricas, dicho número de *Pravda* [No. 8] produjo estupor entre los adherentes a nuestro partido y sus simpatizantes, y la satisfacción malévola de nuestros enemigos. En el Comité de Petersburgo, en el Buró del Comité Central y en la redacción de *Pravda* se recibieron muchas preguntas. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué nuestro periódico había abandonado la política bolchevique para seguir la de los defensores? Pero el Comité de Petrogrado fue tomado por sorpresa, al igual que toda la organización, por el golpe de Estado, y se mostró profundamente disgustado, acusando al Buró del Comité Central. La indignación en los suburbios de los trabajadores era muy fuerte, y cuando los proletarios se enteraron de que tres ex-editores de *Pravda*, recién llegados de Siberia, habían tomado posesión del Buró del Comité Central, se exigió su expulsión del partido (Шляпников, 1992: 451)⁹.

El primer editorial de *Pravda* escrito por Kamenev después de la revolución de febrero, titulado *El Gobierno Provisional y la Socialdemocracia revolucionaria* y publicado

⁹ Este asombroso resumen de la crisis del Partido Bolchevique en marzo de 1917 es una de las razones por las cuales Stalin presionó a Shliapnikov en 1925 para reescribir su libro, originalmente publicado en 1923. Para una negación de que el pasaje del control de *Pravda* a manos de Stalin y Kamenev representó un giro brusco a la derecha ver Lih, 2014.

en *Pravda* N° 8 el 14 de marzo, fijó la línea de que los bolcheviques deberían tratar de “controlar” el Gobierno Provisional a través del Soviet en lugar de derrocarlo:

Y nosotros, los socialdemócratas revolucionarios, ni siquiera tenemos que decir que, en la medida en que el Gobierno Provisional realmente luche contra los restos del antiguo régimen, en tal medida recibirá el decidido apoyo del proletariado revolucionario. Siempre y en todas partes, donde el Gobierno Provisional, obediente a la democracia revolucionaria representada en los Soviets de los Diputados de Trabajadores y Soldados, enfrente a la reacción o a la contrarrevolución, el proletariado revolucionario debe estar dispuesto a apoyarlo. Pero este es un apoyo a la causa, no a las personas, un apoyo no a la composición del Gobierno Provisional, sino a las medidas objetivas y revolucionarias que éste se ve obligado a tomar y en la medida en que realmente las toma.

Por lo tanto, nuestro apoyo no debe en modo alguno aprisionarnos. Con la misma decisión con la que apoyamos la eliminación final del antiguo régimen y de la monarquía, la implementación de las libertades, etc., criticaremos y expondremos con toda firmeza cualquier incoherencia del Gobierno Provisional, cualquier desviación de la lucha resuelta, cualquier intento de atar las manos del pueblo o de apagar el furioso fuego revolucionario.

Hacemos un llamamiento a la democracia revolucionaria dirigida por el proletariado para ejercer el control más implacable sobre todas las acciones del poder, tanto en el centro como en las provincias...

La consigna del momento sigue siendo: la organización de las fuerzas del proletariado, la consolidación de las fuerzas del proletariado, el campesinado y el ejército en los Soviets de Diputados, la desconfianza absoluta ante todas las promesas liberales, el control más estricto de la implementación de nuestras demandas, y un firme apoyo a cada medida que conduzca a la eliminación de todos los restos del régimen zarista-terrateniente (Каменев, 1917).

Un ejemplo destacado de la nueva línea “defensista” mencionada por Shliapnikov es el artículo de Kamenev *Sin diplomacia secreta*, publicado en *Pravda* N° 9 el 15 de marzo, donde entre otras cosas se lee:

Cuando un ejército se opone a otro ejército, la política más ridícula sería sugerir a uno de ellos que deponga las armas y se vaya a casa. Esta política no sería una política de paz, sino una política de esclavitud, una política que el pueblo libre rechazaría indignado. No, se mantendrá firme en su puesto, respondiendo a las balas con balas y a los obuses con obuses. Esto es inmutable.

Un soldado revolucionario y un oficial que derrocaron el yugo del zarismo no dejarán las trincheras para despejar su lugar a un soldado alemán o austríaco y a un oficial que aún no han encontrado el coraje para derrocar el yugo de su propio gobierno. ¡No debemos permitir ninguna desorganización de las fuerzas militares de la revolución! La guerra debe terminar de manera organizada, por un tratado entre los pueblos liberados, y no por la voluntad del vecino conquistador e imperialista (Каменев, 1917b).

Siguiendo la línea de ejercer presión sobre el Gobierno Provisional, Kamenev sugirió que éste debería renunciar a las anexiones, lo que implicaba que un gobierno burgués podía de alguna manera dejar de ser imperialista:

Pero el pueblo liberado tiene el derecho de saber por qué está luchando, tiene el derecho de determinar sus propios objetivos y tareas en una guerra que no ha comenzado. Debe declarar abiertamente no sólo a sus amigos, sino también a sus enemigos, que no aspira a conquistas ni a anexiones de tierras extranjeras, y que ofrece a cada nacionalidad el derecho de decidir cómo organizar su destino (Каменев, 1917b).

Y Kamenev cerró su artículo con estas palabras, sorprendentes en boca de un bolchevique:

Nuestra consigna no es la desorganización del ejército revolucionario y revolucionado, ni la frase vacía “Abajo la guerra”. Nuestra consigna es: ejercer presión sobre el Gobierno Provisional para obligarlo abiertamente, ante toda la democracia mundial, a intentar de inmediato convencer a todos los países beligerantes para que inicien de inmediato negociaciones sobre la manera de poner fin a la guerra mundial.

Hasta entonces, todo el mundo permanece en su puesto militar. Por lo tanto, acogiendo con agrado el ya mencionado llamamiento del Soviet de Diputados de Trabajadores y Soldados a los “Pueblos de todo el mundo”, vemos en él sólo el comienzo de una campaña amplia y decidida para el triunfo de la paz y el cese del derramamiento de sangre en el mundo (Каменев, 1917b).

De manera similar, en el artículo *Acerca de la guerra*“, publicado en *Pravda* N° 10 del 16 de marzo, Stalin rechazó “el mero eslogan “¡Abajo la guerra!” como “totalmente inadecuado” y dio la bienvenida al *Llamamiento a los pueblos del mundo* elaborado por los líderes mencheviques y socialistas revolucionarios del Soviet de Petrogrado el 14 de marzo, con las siguientes palabras:

No podemos dejar de dar la bienvenida al manifiesto de ayer del Soviet de Diputados de Trabajadores y de Soldados en Petrogrado a los pueblos del mundo entero pidiéndoles que insten a sus propios gobiernos a detener la carnicería. Este manifiesto, si llega a las grandes masas, sin duda hará retornar a cientos y a miles de obreros al olvidado eslogan “¡Proletarios de todos los países, uníos!” (Сталин, 1917).

El Manifiesto también fue recibido calurosamente por nada menos que por Pavel Miliukov, cuyo periódico declaró que “el manifiesto, aunque comienza con una nota típica de pacifismo, desarrolla una ideología esencialmente común a nosotros y a todos nuestros aliados” (Trotsky, 1937: 280)¹⁰.

Estas posiciones contrastan fuertemente con las opiniones expresadas por Lenin, todavía exiliado en Suiza, en sus “Cartas desde lejos”, y por lo tanto no es sorprendente que *Pravda* publicara sólo una versión censurada de la primera de ellas. Los editores suprimieron un pasaje que castigaba “la vieja doctrina (que nada tiene de marxista)”, según la cual la revolución rusa sería burguesa, porque había resultado en un “pacto” entre el partido obrero y los kadetes, en el “apoyo” a estos últimos por el primero, y porque sólo había servido para “encubrir el complot tramado por los imperialistas anglo-franceses con los Guchkov y los Miliukov dirigido a desplazar al ‘principal guerrero’, Nicolás Romanov, y remplazarlo por *guerreros* más enérgicos, frescos y más capaces.” (Lenin, 1917a: 301-302).

Otros pasajes suprimidos incluían referencias explícitas a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios como “acólitos” de los capitalistas, “socialpatriotas y socialchovinistas”, así como una denuncia a sus líderes Gvozdiev, Potresov, Chjenkeli, Kerenski y Chjeidze como “traidores a la clase obrera” (Lenin, 1917a: 209, 305). Esto no es en absoluto sorprendente, ya que los bolcheviques estaban llevando adelante en aquel momento, bajo la dirección de Kamenev y Stalin, negociaciones de unidad con los mencheviques, como veremos de inmediato¹¹.

¹⁰ Para una versión en inglés del *Llamamiento a los pueblos del mundo* del Soviet de Petrogrado, fuertemente criticado por Lenin como la fraseología vacía, ver Ferro, 1972: pp. 353-354.

¹¹ Para una negación de que Kamenev y Stalin censuraron la primera *Carta desde lejos* de Lenin ver Lih, 2015.

La Conferencia del Partido Bolchevique de marzo de 1917 (28 de marzo – 2 de abril)

La Conferencia Panrusa de los Soviets de Diputados de Trabajadores y Soldados se convocó a finales de marzo de 1917. Simultáneamente con esta Conferencia, el Buró del Comité Central lanzó una convocatoria de una Conferencia de Trabajadores del Partido de toda Rusia para el 28 de marzo, la primera celebrada después de la revolución de febrero. La agenda prevista para la Conferencia incluía como puntos cuatro y cinco la actitud hacia el Gobierno Provisional y la guerra. Dos días antes de la reunión, el 26 de marzo, *Pravda* No. 18 publicó las resoluciones del Buró del Comité Central del POSDR(b) *Acerca del Gobierno Provisional y Acerca de la guerra y la paz*, las cuales constituyeron la base para las decisiones de la conferencia de marzo de los bolcheviques (Бурджалов, 1956: 47).

Los protocolos originales de los debates de las sesiones del 27 de marzo y del 28 de marzo, cuando se discutió la cuestión de la guerra, fueron destruidos durante las Jornadas de Julio en una incursión en el Palacio de Kshesinskaia, la sede del Comité Central Bolchevique. Pero los debates sobre el Gobierno Provisional fueron preservados, y arrojan mucha luz sobre las posiciones de Kamenev y Stalin.

Lenin no llegó a tiempo para la apertura de la conferencia bolchevique, y el partido estuvo profundamente dividido sobre cuestiones fundamentales tales como la actitud ante el Gobierno Provisional, la guerra y la unidad con los mencheviques. Mientras un pequeño grupo (Sevryuk, Voitinsky, B. Avilov), que pronto se uniría a los mencheviques, pidió apoyar al Gobierno Provisional, Molotov y otros participantes en la conferencia caracterizaron al Gobierno Provisional como el centro de las fuerzas contrarrevolucionarias y propusieron no otorgarle ninguna confianza. Kamenev y Stalin desempeñaron el papel de diplomáticos intentando conciliar ambos puntos de vista.

En su informe *Acerca de la actitud ante el Gobierno Provisional*, Stalin repitió la idea de Kamenev de que el Soviet debía ejercer “control” sobre el Gobierno Provisional:

El poder se ha dividido entre dos órganos, ninguno de los cuales posee pleno poder. Hay y debe haber fricción y lucha entre ellos. Los papeles se han dividido. El Soviet de Diputados de Trabajadores y Soldados ha tomado de hecho la iniciativa de efectuar transformaciones revolucionarias. El Soviet de Diputados de Obreros y Soldados es el líder revolucionario del pueblo insurreccional; un órgano de control sobre el Gobierno Provisional. Por otra parte, el Gobierno Provisional ha tomado de hecho el papel de fortificador de las conquistas del pueblo revolucionario. El Soviet de Diputados Obreros y Soldados moviliza las fuerzas y ejerce el control, mientras que el Gobierno Provisional, de manera vacilante y confusa, asume el papel de fortificador de esas conquistas que el pueblo que ya ha hecho en la práctica... En la medida en que el Gobierno Provisional fortifica los pasos de la revolución, debemos apoyarlo; pero en la medida en que es contrarrevolucionario, el apoyo al Gobierno Provisional es impermisible (Trotsky, 2004: 259).

Todas las resoluciones propuestas coincidían en que el Gobierno Provisional era el órgano de la burguesía rusa y del imperialismo de la Entente, y en que los soviets eran “embriones del poder revolucionario”, como lo afirmaba el proyecto de resolución del Buró del Comité Central del RSDLP(b) sobre el Gobierno Provisional, escrito por Kamenev, pero diferían en su determinación de la política a seguir por el Partido y por los Soviets hacia el Gobierno Provisional. El proyecto de resolución de Kamenev argumentaba que “incluso en el momento actual estos Soviets deben ejercer el control más decisivo sobre todas las acciones del Gobierno Provisional y sus agentes tanto en el centro como en las provincias” (Trotsky, 2004: 260).

Después de que Stalin expresara sus reservas sobre el proyecto de resolución del Buró del Comité Central, afirmando que estaba “más bien de acuerdo con la resolución

del Soviet de Diputados de Trabajadores y Soldados de Krasnoyarsk”, una resolución de compromiso fue redactada y aprobada por la Conferencia, a la cual las minutas se refieren como la “resolución de Kamenev y Stalin”, en la que se llamaba “a la democracia revolucionaria... a ejercer un control vigilante sobre las actividades del Gobierno Provisional en el centro y en las provincias, instándolo a la lucha más enérgica para la liquidación completa del antiguo régimen” (Trotsky, 2004: 319).

Sobre la cuestión crucial de la unidad propuesta con los mencheviques, Zalutsky advirtió en la sesión del 1 de abril que existían desacuerdos con los mencheviques sobre la actitud ante la guerra y sobre la evaluación del papel de las fuerzas capitalistas en la revolución, afirmando que “si ahora los ignoramos, de todas maneras dentro de una semana tendremos una división. Es imposible unirse sobre la base de un símbolo superficial como lo es Zimmerwald-Kienthal” (Trotsky, 2004: 135).

Haciendo caso omiso de esas advertencias, Stalin argumentó que “la unificación es posible sobre la base de la línea de Zimmerwald-Kienthal”, aunque poco después el líder Socialista Revolucionario Víctor Chernov, un participante en la conferencia de Zimmerwald, se uniría al Gobierno Provisional como Ministro de Agricultura. Stalin continuó argumentando que no había que “adelantarse y anticipar los desacuerdos. No hay vida partidaria sin desacuerdos. Sobreviviremos a los desacuerdos triviales dentro del partido.... Tendremos un partido único con los que están de acuerdo con Zimmerwald y Kienthal, es decir, con los que están en contra del defensismo revolucionario” (Trotsky, 2004: 212). La moción de Stalin fue adoptada por una mayoría de todos los votos contra uno.

Las resoluciones adoptadas por la Conferencia de toda Rusia de Trabajadores del Partido y presentadas por Kamenev en nombre de los bolcheviques al Consejo Panruso de los Soviets describían a la guerra como una guerra imperialista, pero añadían una cláusula tomada de los artículos

de Kamenev: la inadmisibilidad de la desorganización del ejército y la necesidad de conservar su poder. La resolución sobre el Gobierno Provisional, a su vez, era tan parecida a la resolución del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado dirigido por los socialistas revolucionarios y los mencheviques que Kamenev, en su discurso ante el Consejo Panruso de los Soviets, declaró: “En nombre de los delegados bolcheviques de nuestra Conferencia, me complace decir que, gracias a los cambios introducidos en el texto original de la resolución propuesta por el Comité Ejecutivo, estamos retirando una resolución separada y votaremos a favor de la resolución del Comité Ejecutivo.”¹²

La creciente aprehensión y alarma de Lenin ante las posiciones desarrolladas por Kamenev y Stalin son evidentes en su correspondencia de aquel entonces. En una carta a Hanecki enviada desde Zurich a Estocolmo y fechada el 30 de marzo, Lenin escribió:

No puede haber ninguna confianza en Chjeidze y compañía, o Sujanov, Steklov y otros por el estilo. ¡Ningún acercamiento con otros partidos, ninguno de ellos! ¡Ni una sombra de confianza o apoyo al gobierno de Guchkov-Miliukov y Co.! La propaganda más irreconciliable del internacionalismo y de la lucha contra el chovinismo republicano y el socialchovinismo en todas partes, tanto en la prensa como en el seno del Soviet de Diputados Obreros. La organización de nuestro partido: esto es lo esencial. Kamenev debe darse cuenta de que tiene una responsabilidad histórica mundial (Lenin, 1917b: 312-313).

La descripción de Alexander Rabinowitch del trasfondo a las Tesis de Abril sigue siendo la más exacta: “Sólo en el contexto de la moderación y de la distensión que

¹² Всероссийское совещание Советов рабочих и солдатских депутатов. Отчет Стенографический. М. -Л. 1927, стр. 187. [*Conferencia Panrusa de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados. Transcripción literal. Moscú-Leningrado 1927, p. 187.*] Citado en Бурджалов, 1956: 47.

prevalecían entre los bolcheviques en este momento se puede entender el efecto explosivo del programa inequívoco propuesto por Lenin” (Rabinowitch, 1968: 38).

La llegada de Lenin a Petrogrado (3 de abril)

Tales eran las opiniones que prevalecían entre los líderes bolcheviques en Petrogrado cuando, el 3 de abril, Lenin llegó a la estación de Finlandia, en el corazón del distrito industrial de Víborg. Según el testimonio de Sujanov, frente a una multitud de obreros y soldados:

Lenin se burló de la política de “paz” del Soviet: no, las Comisiones de “Enlace” [entre el Gobierno Provisional y el Soviet] nunca liquidarían una guerra mundial. En general, la democracia soviética, dirigida por Tsereteli, Chjeidze y Stekllov, habiendo adoptado el punto de vista del “defensismo revolucionario”, era impotente para hacer cualquier cosa por una paz general...

El Manifiesto del Soviet se jactaba ante Europa de los éxitos que había logrado; hablaba de la “fuerza revolucionaria de la democracia”, de la “libertad política total”. Pero, ¿qué clase de fuerza era ésta, cuando la burguesía imperialista estaba a la cabeza del país? ¿Qué clase de libertad política, cuando no se publicaban los documentos diplomáticos secretos? ¿Qué clase de libertad de expresión, cuando todos los medios de impresión estaban en manos de la burguesía y custodiados por un gobierno burgués!...

El Soviet “revolucionario-defensista”, dirigido por oportunistas y socialpatriotas, sólo podía ser un instrumento de la burguesía. Para que sirviera como un instrumento de la revolución socialista mundial, todavía debía ser conquistado y hecho proletario en lugar de pequeño-burgués. La fuerza bolchevique era inadecuada para eso ahora. Bueno, ¿y qué? Aprenderían a ser una minoría, a iluminar, a explicar, a persuadir. . .

Pero, ¿con qué metas, con qué programa? ...

“No necesitamos una república parlamentaria, no necesitamos una democracia burguesa, no necesitamos ningún gobierno excepto los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos” (Sukhanov, 1955: Vol. I, págs. 281-282).

Tres días antes, agregaba Sujanov, el editor de *Pravda* había estado feliz de votar por un frente único con Tsere-teli y todos los “populistas”. Cuando Sujanov le preguntó a Kamenev qué pensaba de los argumentos de Lenin, “simplemente se encogió de hombros diciendo: ‘¡Espera, espera!’” (Sukhanov, 1955: Vol. I, p. 285).

El testimonio de Sujanov es confirmado por el del marinero bolchevique Fiodor Raskolnikov, quien, en sus memorias sobre Kronstadt y Petrogrado en 1917, recuerda su encuentro con Lenin y Kamenev en el compartimiento de tren del primero con las siguientes palabras:

El camarada Kamenev nos introdujo en él y, después de intercambiar un firme apretón de manos, todos nosotros, rodeando a Lenin, entramos en su carruaje. Apenas entró en el compartimiento y se sentó, Vladimir Ilich se volvió hacia el camarada Kamenev. “¿Qué es lo que has estado escribiendo en *Pravda*? Hemos visto varios números y realmente te hemos maldecido...” oímos a Ilich decir en su tono de reproche paternal, en el que nunca había nada ofensivo (Raskolnikov, 1982: 71).

Después de su discurso en la estación Finlandia y de varias arengas en la calle desde el capó de su automóvil, Lenin fue llevado a la mansión Kshesinskaia, antigua propiedad de una famosa bailarina, la amante del zar M. F. Kshesinskaia y entonces sede de los bolcheviques en la capital. Raskolnikov informa que:

Cuando la lista de oradores se agotó, Ilich inmediatamente volvió a la vida, se puso de pie y comenzó a trabajar. Lenin atacó resueltamente la táctica que los líderes del Partido y compañeros individuales habían estado siguiendo antes de su regreso. Cáusticamente ridiculizó la famosa fórmula de

apoyo al Gobierno Provisional “en la medida en que...”¹³, y levantó la consigna “Ningún apoyo al gobierno de los capitalistas”, al mismo tiempo llamando al Partido a luchar por la toma del poder por los Soviets, por una revolución socialista.

Usando algunos ejemplos destacados, el camarada Lenin demostró brillantemente toda la falsedad de la política del Gobierno Provisional, la contradicción evidente entre sus promesas y sus acciones, entre las palabras y los hechos, haciendo hincapié en que era nuestro deber exponer implacablemente sus pretensiones y su conducta contrarrevolucionaria y antidemocrática. El discurso del camarada Lenin duró casi una hora. El público lo siguió atentamente, con una atención intensa. Los trabajadores más responsables del partido estaban presentes allí, pero incluso para ellos lo que Ilich dijo constituyó una verdadera revelación. Se había cruzado un “Rubicón” entre las tácticas de ayer y las del presente.

El camarada Lenin planteó clara y nítidamente la pregunta: “¿Qué hay que hacer?” y nos alejó de nuestra antigua posición de semi-reconocimiento y semi-apoyo al Gobierno Provisional, instándonos a adoptar una política de no reconocimiento y de lucha irreconciliable.

El triunfo del poder soviético, que muchos veían como algo en la distancia nebulosa de un futuro más o menos indefinido, fue colocado por el camarada Lenin en el plano de una conquista urgentemente necesaria de la revolución, que debía alcanzarse en un plazo muy corto. Este discurso fue histórico en el sentido más amplio. El camarada Lenin expuso en él por primera vez su programa político, que formuló al día siguiente en las famosas tesis del 4 de abril. Este discurso produjo una revolución completa en el pensamiento de los líderes del partido, y sentó las bases para todo el trabajo posterior de los bolcheviques. No fue por casualidad que las tácticas de nuestro partido no siguieron una línea recta, sino que después del regreso de Lenin dieron un giro brusco a la izquierda (Raskolnikov, 1982: 76-77).

¹³ Una referencia al primer artículo editorial de Kamenev en *Pravda*, titulada *El Gobierno Provisional y la Socialdemocracia revolucionaria* y publicada en *Pravda* N° 8 el 14 de marzo. Ver más arriba.

Las Tesis de abril de Lenin (4 - 7 de abril)

Al día siguiente, el 4 de abril, Lenin presentó sus célebres *Tesis de abril* ante los delegados bolcheviques a la Conferencia Panrusa de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados en uno de los pisos superiores del Palacio Táuride. Lenin apareció ante la conferencia después de que en realidad ésta hubiese terminado, es decir, después de que las resoluciones sobre el Gobierno Provisional y la guerra hubieran sido adoptadas y presentadas ante la Conferencia Panrusa de los Soviets; las sesiones de la Conferencia del Partido Bolchevique se prolongaron después de su llegada para oírlo.

En contraste con las posiciones de Kámenev y Stalin sobre la guerra, las tesis de Lenin, en realidad tituladas *Las tareas del proletariado en la presente revolución* y publicadas tres días más tarde en *Pravda* N° 26 del 7 de abril, reafirmaban el repudio total de Lenin al de “defensismo revolucionario” y llamaban a la confraternización en el frente. Las tesis caracterizaban la situación como una transición entre la primera etapa burguesa de la revolución y la segunda etapa, durante la cual el poder pasaría a manos del proletariado. En lo que respecta al Gobierno Provisional, las tesis de Lenin rechazaban la fórmula de “control” del mismo por el Soviet defendida por Kamenev y Stalin, y llamaban en lugar de ello a un completo rechazo del Gobierno Provisional, al mismo tiempo descontando como absurda la posibilidad de reunificación con los mencheviques. La principal consigna bolchevique a partir de entonces sería la transferencia de todo el poder a los soviets, lo que resultaría en el armamento del pueblo, la abolición de la policía, el ejército y la burocracia estatal, la confiscación de todas las propiedades de los terratenientes, y la transferencia del control sobre la producción y distribución de los bienes a los trabajadores.

En sus propias observaciones sobre las Tesis de Abril ante los delegados bolcheviques a la Conferencia Panrusa de los Soviets de Diputados de Obreros y Soldados, Lenin advirtió: “Incluso nuestros bolcheviques muestran cierta

confianza en el Gobierno. Esto se puede explicar solamente por la intoxicación de la revolución. Es la muerte del socialismo. Ustedes compañeros tienen una actitud de confianza ante el Gobierno. Si esto es así, nuestros caminos se separan. Prefiero permanecer en una minoría” (Lenin, 1917d: 437). Al comentar su tercera tesis (‘Ningún apoyo al Gobierno Provisional’), en una clara referencia al artículo de Kamenev *Sin diplomacia secreta*, Lenin dijo: “*Pravda* demanda del Gobierno que debería renunciar a las anexionaciones. Pero demandar a un gobierno de capitalistas que renuncie a las anexiones no tiene sentido, es una burla atroz.... Es hora de admitir nuestro error.” (Lenin, 1917d: 438). Y en una referencia igualmente transparente a la bienvenida de Stalin, en su artículo *Sobre la guerra*, al *Manifiesto a los pueblos del mundo* del Soviet de Petrogrado, Lenin dijo: “el manifiesto del Soviet de Diputados Obreros no contiene una palabra con conciencia de clase. ¡Es pura cháchara! El palabrerío, la adulación del pueblo revolucionario, es algo que ha arruinado a todas las revoluciones. Todo el marxismo nos enseña a no caer en las frases revolucionarias, sobre todo en un momento en el que tienen la mayor aceptación” (Lenin, 1917d: 439).

Al comentar su décima tesis *La reconstrucción de la Internacional*, Lenin rechazó la posición de Stalin de que “la unificación es posible sobre la base de la línea de Zimmerwald-Kienthal,” porque la mayoría de Zimmerwald era centrista, y la línea de demarcación con los revolucionarios pasaba por la izquierda de Zimmerwald: “el Centro prevaleció en Zimmerwald y Kienthal... Declaramos que hemos formado un ala izquierda y que hemos roto con el Centro... La tendencia de izquierda de Zimmerwald existe en todos los países del mundo. Las masas deben darse cuenta de que el socialismo se ha dividido en todo el mundo.” (Lenin, 1917d: 443).

Lenin finalizó su intervención advirtiéndole que estaba dispuesto a dividir el Partido si las posiciones centristas prevalecían: “He oído que hay una tendencia hacia la unifi-

cación en Rusia, hacia la unidad con los defensistas. Esto es traición al socialismo. Creo que es mejor permanecer solo, como Liebknecht: uno en contra ciento diez” (Lenin, 1917d: 443). En sus memorias de Lenin, Krupskaya delicadamente informa que “los compañeros estaban un poco sorprendidos en ese momento. Muchos de ellos pensaban que Ilich estaba presentando su posición de una manera demasiado abrupta, y que era demasiado pronto para hablar de una revolución socialista” (Krupskaia, 1970: 348).

En la planta baja una reunión de los mencheviques estaba en marcha. Se le pidió a Lenin dar un informe similar en una reunión conjunta de los delegados mencheviques y bolcheviques. Según el testimonio de uno de los miembros del Comité de Petrogrado, V.N. Zalezhsy: “Las tesis de Lenin produjeron la impresión de una bomba. En los debates subsiguientes, el menchevique Goldenberg declaró: ‘Durante muchos años el lugar de Bakunin en la revolución rusa estuvo vacante, Lenin acaba de ocuparlo.’ Ese día Lenin no encontró partidarios. En esa reunión, solamente Kollontai lo apoyó.” (Залезский, 1923: 156).

Reacciones al programa de Lenin

Todas las tendencias políticas rusas de aquel momento, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, reconocieron el cambio profundo en la posición de Lenin, y todas rechazaron su nuevo programa. En los primeros días de abril, bajo la dirección de Kamenev y Stalin, los bolcheviques habían estado entablando conversaciones de unidad con los mencheviques. El 6 de abril, *Rabochaia Gazeta*, el órgano central de los mencheviques, comentó:

Cuando Lenin, recién llegado del exilio, dio lectura a su informe en la conferencia para la unificación de los Socialdemócratas, muchos de sus oyentes sintieron que comenzaba una tragedia real, genuina, la tragedia que se esconde en cada

revolución, la tragedia de la transformación de la revolución en reacción. La revolución en desarrollo está siempre amenazada por el peligro no sólo desde la derecha, sino también desde la izquierda. La revolución puede luchar con éxito contra la reacción y desalojarla de su posición sólo en la medida en que es capaz de permanecer dentro de los límites que están predeterminados por la necesidad objetiva (el estado de las fuerzas productivas, el nivel de conciencia de las masas correspondiente al mismo, etc.). No se puede prestar mejor servicio a la reacción que haciendo caso omiso de esos límites e intentando violentarlos.

Lenin llegó a nosotros con el fin de prestar este servicio a la reacción. Después de su discurso, podemos decir que cada éxito significativo de Lenin será un éxito de la reacción, y que toda la lucha contra las aspiraciones contrarrevolucionarias y las intrigas será inútil hasta que no nos aseguramos nuestro flanco izquierdo, hasta que hagamos políticamente inofensiva, mediante un rechazo decisivo, la corriente que encabeza Lenin...

Es imperativo, por la lucha activa y la propaganda, poner a la revolución a salvo de esta puñalada por la espalda que se está preparando contra ella... Un peligro indudable amenaza a la revolución. Antes de que sea demasiado tarde, Lenin y sus seguidores deben recibir el rechazo más decisivo (Kerensky y Browder, 1961: 1208).

En *Delo Naroda*, el órgano central de los socialistas revolucionarios, su líder Chernov esperaba hacer inofensivo a Lenin ridiculizando la histeria en la prensa popular y sugiriendo que los socialistas no debían “asustarse indebidamente por los excesos políticos de Lenin” (Kerensky y Browder, 1961: 1210).

Al día siguiente, el 7 de abril, las tesis de Lenin se imprimieron en *Pravda*. Sujanov informa sobre el aislamiento de Lenin en la dirección del Partido Bolchevique:

Alrededor de una semana después de su llegada [en realidad, cuatro días después] las famosas Tesis de Lenin fueron publicadas en *Pravda*, en forma de un artículo. Contenían un resumen de la nueva doctrina expuesta en sus discursos.... Las

Tesis fueron publicadas en nombre de Lenin solamente: ninguna organización bolchevique, ningún grupo o incluso individuo de su partido se le habían unido. Y los editores de *Pravda* por su parte, consideraron necesario hacer hincapié en el aislamiento de Lenin y en su independencia de él (Sukhanov, 1955: Vol. I, p. 289).

La publicación de las *Tesis de abril* de Lenin en *Pravda* el 7 de abril, fue seguida al día siguiente por un artículo de Kamenev titulado *Nuestros desacuerdos*, en el que se deslignó de ellas. Este breve documento es la contraparte centrista de las *Tesis de abril* por lo tanto lo hemos incluido como apéndice al presente artículo; sólo señalaremos aquí que Kamenev rechazó el argumento de Lenin de que era “necesario crear un partido nuevo, Comunista”, así como su creencia en la necesidad de la “transformación inmediata de esta revolución en una revolución socialista”. Kamenev también rechazó las críticas de Lenin a “la política de *Pravda*” tal como había sido “formulada en las resoluciones sobre el Gobierno Provisional y la guerra, redactadas por el Buró del Comité Central”, argumentando que el Partido Bolchevique continuaría con su línea de ejercer “control” sobre el Gobierno Provisional a través del Soviet hasta que la Conferencia de toda Rusia del Partido, que se celebraría del 24 al 29 de abril, determinara si esa línea debía ser modificada o no—colocando así oficialmente a Lenin en oposición a la mayoría de la dirección del partido (Каменев, 1917b).

Sin embargo, esa mayoría estaba erosionándose rápidamente: después de la intervención de Lenin en la Conferencia del Partido Bolchevique de marzo y de la publicación de las *Tesis de abril*, Stalin hizo un giro brusco a la izquierda, dejando a Kamenev en la estacada. A partir de entonces, Stalin aparecería como un leninista firme y Kamenev tendría que defender solo los puntos de vista que anteriormente ambos habían defendido juntos.

La Conferencia de la ciudad de Petrogrado del Partido Bolchevique (abril 14-22)

En una reunión del Comité de San Petersburgo del Partido Bolchevique celebrada el 8 de abril, la mayoría de sus miembros votó en contra de las propuestas de Lenin. Pero Lenin no abandonó la lucha. En una carta enviada desde Petrogrado a J.S. Hanecki y Karl Radek en Estocolmo el 12 de abril, escribió: “Esperamos enderezar completamente la línea de *Pravda*, que ha oscilado hacia el ‘kautskismo’” (Lenin, 1917e: 445). Se decidió trasladar la discusión a los barrios de la capital. Durante una semana los partidarios y detractores de las tesis de Lenin discutieron en los distritos, después de lo cual se convocó a una conferencia de los bolcheviques de Petrogrado, que se reunió del 14 al 22 de abril.

En su *Informe sobre la situación actual y la actitud hacia el Gobierno Provisional* del 14 de abril, Lenin llamó a efectuar una revisión de lo que llamó el “viejo” bolchevismo:

La situación es original porque ahora tenemos el doble poder... El Soviet de diputados obreros y soldados es la realización de la dictadura del proletariado y de los soldados, entre estos últimos la mayoría son campesinos. Es por ello una dictadura del proletariado y del campesinado. Pero esta “dictadura” ha llegado —y aquí es precisamente donde se hace necesario revisar el “viejo” bolchevismo— a un acuerdo con la burguesía. La situación creada demuestra que la dictadura del proletariado y de los campesinos se ha entrelazado con el poder de la burguesía. Situación extraordinariamente original. Jamás ha habido una revolución en la que los representantes del proletariado y del campesinado revolucionario, a pesar de estar completamente armados, concertasen una alianza con la burguesía y que, teniendo el poder, lo cediesen a la burguesía.... A esto, los “viejos bolcheviques” refutan: “No, no está terminada pues no rige la dictadura del proletariado y del campesinado.” Pero el Soviet de diputados obreros y soldados es esa dictadura (Lenin, 1917g: 66-67).

La cuestión de la clase que, según Lenin, había vuelto obsoleta a la antigua fórmula bolchevique, era lo que él llamaba el “entrelazamiento” de las formas estatales burguesas y proletarias. La coexistencia continuada de dos organizaciones estatales incompatibles y antagónicas inevitablemente allanaría el camino para el triunfo de la reacción; es por eso que Lenin se refirió a los Soviets como una nueva forma del Estado proletario descubierta por los obreros franceses en la Comuna de París, idea que más tarde desarrolló en su libro *El estado y la revolución*.

Preocupado por el hecho de que el eslogan “Ningún apoyo al Gobierno Provisional” pudiera interpretarse como un llamamiento para su derrocamiento inmediato, Lenin advirtió que el Gobierno Provisional sólo podría ser desechado después de que el Partido Bolchevique hubiera ganado la mayoría en los Soviets. “Mientras el gobierno provisional tiene el apoyo del Soviet de diputados obreros, no se puede ‘sencillamente’ derribarlo. Sólo se lo puede y se lo debe derribar conquistando la mayoría dentro de los Soviets” (Lenin, 1917g: 70-71). La audacia de esta perspectiva política se hace evidente cuando tomamos en cuenta que en el Primer Congreso Panruso de los Soviets de Diputados obreros y soldados, que se reunió en Petrogrado del 3 de junio al 24 de junio, había 1.090 delegados, de los cuales 533 eran mencheviques y socialistas revolucionarios y sólo 105 eran bolcheviques (el 9,64 por ciento) (Golder, 1927: 360-361).

En su *Palabras de clausura del informe sobre la situación actual* Lenin atacó el concepto de “democracia revolucionaria”, porque ocultaba las contradicciones de clase entre el proletariado y la pequeña burguesía:

Hay que descartar el viejo bolchevismo. Es preciso delimitar las posiciones de la pequeña burguesía y el proletariado asalariado. Las frases hermosas sobre el pueblo revolucionario son propias de un hombre como Kerenski, pero no del proletariado revolucionario. No es gran mérito ser revolucionario,

o aunque más no sea demócrata, ahora que Nicolás ha sido depuesto. La democracia revolucionaria no sirve para nada, no es más que una frase. Ella encubre los antagonismos de los intereses de clase en vez de ponerlos al descubierto. Un bolchevique debe abrir los ojos a los obreros y campesinos sobre la existencia de esos antagonismos y no ocultarlos. Si la guerra imperialista golpea económicamente al proletariado y los campesinos, estas clases deberán levantarse contra ella... Un bolchevique debe distinguir entre proletariado y pequeña burguesía, y dejar a Kerenski frases como “democracia revolucionaria” y “pueblo revolucionario”. La democracia en Rusia es pro-imperialista (Lenin, 1917g: 74).

Según Lenin, la tarea era lograr la abolición del ejército permanente, la burocracia y la policía, y el armamento de todo el pueblo¹⁴.

En su intervención, Kamenev argumentó que la resolución de Lenin no proporcionaba directrices claras para el trabajo práctico. Existía, según Kamenev, “un acuerdo entre el Gobierno Provisional y el Soviet de Diputados Obreros”, que había resultado de “una cierta correlación de fuerzas” y que por ende no podía ser descartado de la noche a la mañana en ausencia de algo que lo reemplazase (РСДРП (большеви́ков), 1958: 35). Kamenev creía que la demanda inmediata debía ser el *control* del Gobierno Provisional por parte del Soviet: “Ya que no pedimos ahora el derrocamiento del Gobierno Provisional, debemos llamar ahora, como lo hemos hecho en nuestra resolución [en la Conferencia de marzo], a controlarlo” (РСДРП (большеви́ков), 1958: 35).

¹⁴ Las actas de la conferencia también indican claramente que Lenin no estaba familiarizado con el trabajo de Trotsky y que llegó a la teoría de la revolución permanente gradualmente, dando un rodeo, como lo demuestra la siguiente cita: “El trotskismo dice: ‘Sin zar, con un gobierno obrero’. Esto es erróneo. Una pequeña burguesía existe, no se la puede ignorar. Pero ella se compone de dos partes. La parte más pobre está con la clase obrera.” (Lenin, 1917g: 75; ver las observaciones similares en Lenin, 1917f: 190).

Las resoluciones de Lenin y Kamenev sobre la actitud hacia el Gobierno Provisional fueron entonces leídas, y el borrador de Lenin fue finalmente aceptado después de algunas modificaciones menores. La diferencia fundamental con las llamadas anteriores de Kamenev y Stalin a “ejercer control” sobre el Gobierno Provisional estaba en las conclusiones que llamaban a desarrollar una labor paciente “para asegurar que todo el poder del Estado pase a manos de los Soviets de diputados obreros y soldados o a otros órganos que expresen directamente la voluntad del pueblo” (Lenin, 1917g: 79).

Comentando la resolución, Kamenev argumentó que la enumeración de los fracasos del Gobierno Provisional en política interior, tales como la falta de una convocatoria a la Asamblea Constituyente, era “superflua” y sugirió descartarla (РСДРП (большевики), 1958: 5). Lenin respondió a los comentarios afirmando Kamenev se estaba pasando “a la política de Chjeidze y Steklov,” es decir, de los mencheviques, agregando: “Naturalmente nadie dirá, si no lo decimos nosotros, que el Gobierno Provisional posterga la convocatoria de la Asamblea Constituyente.” Era necesario enumerar los fracasos del Gobierno Provisional porque “con una enumeración de ‘pecados’ proporcionamos pertrechos para la propaganda” contra el mismo. Para Lenin, “en momentos revolucionarios el control significa engaño,” porque “no puede haber control sin poder” (Lenin, 1917g: 77). Todos los esfuerzos debían por lo tanto estar dirigidos al pasaje del poder a los Soviets, y a la obtención de una mayoría en los mismos por parte del Partido Bolchevique.

Kamenev rechazó estas críticas e introdujo dos enmiendas a la parte final de la resolución:

- 1) La Conferencia hace un llamamiento a la democracia revolucionaria para que ejerza el control más vigilante sobre las acciones del Gobierno Provisional, tanto en el centro como en las provincias, conduciéndolo a la abolición más decisiva del antiguo régimen.

2) Llamando al más amplia y decisivo esclarecimiento del verdadero carácter de clase del Gobierno Provisional, la Conferencia al mismo tiempo advierte contra el eslogan desorganizador de “derribar al gobierno”, el cual puede frenar el largo trabajo de educación y organización de las masas, que es la tarea principal del Partido. (РСДРП (большевиков), 1958: 37).

Kamenev y el resto de los dirigentes bolcheviques no compartían la concepción de Rosa Luxemburg y de Trotsky sobre la revolución rusa como la última etapa en el ciclo de las revoluciones burguesas y el comienzo de un nuevo ciclo de revoluciones obreras contra la explotación capitalista. Lenin adoptó ese punto de vista en las *Tesis de Abril*. Esto es lo que subyace al debate sobre el “control”, que en realidad fue un debate sobre el carácter de clase y las perspectivas políticas de la revolución rusa.

Kamenev limitaba la revolución rusa a una revolución democrático-burguesa, es decir, consideraba que el papel de los Soviets era ejercer presión sobre el Gobierno Provisional para que éste llevara a cabo el programa democrático hasta el final. Obviamente, esta política de colaboración de clases nunca habría podido conducir a una revolución socialista; por eso Lenin insistía en deshacerse del Gobierno Provisional y en transferir todo el poder a los Soviets.

Por otra parte, las enmiendas de Kamenev reflejaban las posturas más tarde asumidas por las corrientes centristas en toda Europa: mientras que en 1918-19 Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht lucharon por el gobierno de los soviets alemanes (*Räte*), y los socialdemócratas se esforzaron por desembarazarse de ellos y en reemplazarlos por un régimen de contrarrevolución democrática, los líderes centristas Rudolf Hilferding y Karl Kautsky en Alemania y Max Adler en Austria propusieron “combinar” la democracia burguesa con el sistema soviético, incluyendo a los Soviets obreros en la constitución. Como Trotsky señaló,

esto “habría significado hacer de la guerra civil potencial o abierta una parte constitutiva del régimen estatal” (Trotsky, 1937: 214).

Las enmiendas de Kamenev fueron rechazadas por 20 votos contra 6, con 9 abstenciones, mientras que la *Resolución sobre la actitud hacia el Gobierno Provisional* propuesta por Lenin fue aprobada por 33 votos contra 6, con 2 abstenciones.

El proyecto de resolución de Lenin sobre la actitud hacia los mencheviques y los socialistas revolucionarios desautorizaba la política anteriormente seguida por Kamenev y Stalin de buscar la unificación con los mencheviques, al “considerar absolutamente imposible la unión con los partidos que, en general, mantienen una política de apoyo al gobierno provisional, propugnan el defensismo revolucionario, etc., en vista de que estos partidos han pasado de la posición de clase proletaria a la posición de clase pequeño-burguesa” (Lenin, 1917g: 85).

Las “Cartas sobre táctica” de Lenin (27 de abril)

Entre el 8 y 13 de abril, Lenin escribió un folleto titulado *Cartas sobre táctica*, editado por los bolcheviques de Petrogrado en tres ediciones, todas las cuales llevaron las Tesis de abril como apéndice. La primera edición, sobre lo cual se informó en el número 42 de *Pravda*, apareció el 27 de abril. En dicho folleto, Lenin señaló que la presentación de sus tesis ante los delegados a la Conferencia Panrusa de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados el 4 de abril, y ese mismo día en la reunión conjunta de delegados bolcheviques y mencheviques, había dado lugar “a diferencias de opinión entre los mismos bolcheviques y la Redacción de *Pravda*”, y que, por lo tanto, “llegamos a la conclusión de que sería conveniente discutir *abiertamente* nuestras diferencias,

proporcionando así material para la Conferencia de toda Rusia de nuestro partido... que ha de reunirse el 20 de abril de 1917, en Petrogrado” (Lenin, 1917f: 458).

En respuesta a los argumentos de Kamenev en su artículo *Nuestros desacuerdos* Lenin sostuvo que la cuestión de la “terminación” de la revolución democrático-burguesa había sido incorrectamente postulada por Kamenev, porque la realidad había mostrado “tanto el paso del poder a manos de la burguesía (una revolución democrático-burguesa ‘consumada’ del tipo corriente), como la existencia, junto al gobierno legítimo, de un gobierno paralelo”, que representaba la “dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado”. Sin embargo, este “segundo gobierno” había “cedido *el mismo* el poder a la burguesía”, se había “encadenado *él mismo* al gobierno burgués.” Esto significaba que la vieja fórmula bolchevique se había vuelto obsoleta y debía ser descartada; Kamenev no veía esto y continuaba aferrándose a una consigna perimida (Lenin, 1917f: 466).

En cuanto al argumento de Kamenev de que la Socialdemocracia debía “seguir siendo el partido de las masas revolucionarias del proletariado hasta el final, y no convertirse en un grupo de propagandistas comunistas,” Lenin respondió que las “masas” habían sucumbido “a la locura del defensismo ‘revolucionario’”, y que precisamente en tales circunstancias era necesario para los revolucionarios “saber estar en minoría durante cierto tiempo contra la embriaguez ‘colectiva’” y “*desembarazar* la línea proletaria de la embriaguez ‘colectiva’ defensiva y pequenoburguesa” (Lenin, 1917f: 470).

Kamenev acusó a Lenin de querer llevar a cabo la “transformación inmediata” de la revolución democrático-burguesa en una revolución socialista. Una vez más, Lenin tuvo que insistir en que su táctica consistía en explicar pacientemente a las masas la necesidad de renovar el lide-

razgo de los Soviets con el fin de crear un estado obrero según el modelo de la Comuna de París en lugar de una república parlamentaria pseudo-democrática:

El camarada Kamenev se ha excedido un tanto en su “impaciencia” y ha repetido el prejuicio burgués que achaca a la Comuna de París el haber querido implantar el socialismo “inmediatamente”. No es así. La Comuna, por desgracia, se demoró demasiado en implantar el socialismo. La verdadera esencia de la Comuna no está donde la suelen buscar los burgueses, sino en la creación de un tipo especial de *Estado*. Y ese Estado *ya* ha surgido en Rusia: son los soviets de diputados obreros y soldados! (Lenin, 1917f: 468-469).

Vemos que, en su análisis del régimen de doble poder, Lenin hacía hincapié en las similitudes entre los Soviets y la Comuna de París de 1871, el primer estado obrero de la historia. En su obra *La guerra civil en Francia*, Marx había sostenido que “la Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo” (Marx, 1966: 72). La Comuna de París no socializó los medios de producción; se limitó en el campo económico a la introducción de algunas reformas muy parciales, tales como la abolición del trabajo nocturno de los panaderos, la prohibición de las multas, la administración por las asociaciones de trabajadores de todos los talleres abandonados y fábricas cerradas, etc. Pero Marx destacó los cambios políticos introducidos por la Comuna, enumerando las características distintivas de un estado obrero (un estado en vías de desaparición como órgano de represión), en contraposición a un estado burgués: la sustitución del ejército permanente por la milicia, es decir, el armamento del pueblo, el gobierno a través de delegados con mandatos elegidos en asambleas, la abolición de la separación de poderes, la revocabilidad de los funcionarios públicos en todo momento, una remuneración acorde con el sueldo de un trabajador calificado, la

elección y revocabilidad de los jueces, la educación gratuita en todos los niveles independiente de la injerencia de la iglesia y del Estado, etc. Marx pensaba que las medidas económicas socialistas surgirían naturalmente, a su debido tiempo, una vez que la clase obrera gobernara mediante dicha forma de estado, que era, por supuesto, incompatible con el Estado parlamentario burgués y antagónica a él -al mismo tiempo enfatizando que la “constitución de la clase obrera en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y su fin último: la abolición de las clases”- (*Resolución del Congreso de La Haya sobre la Establecimiento de partidos de la clase obrera*).

La crisis de abril y el primer gobierno de coalición (18-21 de abril)

El eventual predominio de las concepciones de Lenin en las filas del Partido Bolchevique fue ayudado por el estallido de la crisis de abril y la consiguiente incorporación de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios al gobierno provisional. El 18 de abril, el Ministro de Asuntos Exteriores, Miliukov, envió una nota a los gobiernos de la Entente afirmando que Rusia continuaría la guerra hasta su conclusión victoriosa. El Gobierno Provisional se comprometió de esta manera a cumplir con las obligaciones contraídas por el gobierno zarista en nombre de la burguesía. Manifestaciones masivas contra la guerra estallaron el 21 de abril y dieron lugar a la expulsión del Gobierno Provisional de los dos principales líderes burgueses, Miliukov y Alexander Guchkov del Partido “Octubrista”.

El Gobierno Provisional acto seguido invitó al Soviet de Petrogrado a ayudarlo a formar el primer gobierno de coalición con los partidos burgueses, una invitación que el Comité Ejecutivo del Soviet finalmente aceptó. El 22 de abril, cinco ministros “socialistas”, incluyendo al socialista

revolucionario Victor Chernov y a los mencheviques Irakli Tsereteli y Mijail Skobelev, se unieron al socialista revolucionario Kerenski en el gobierno. El presidente del Gobierno y ministro del Interior siguió siendo el príncipe Lvov, mientras que Kerenski fue nombrado Ministro de Guerra y Marina, Chernov, el ideólogo de los socialistas revolucionarios, se convirtió en Ministro de Agricultura, y Tsereteli fue nombrado Ministro de Correos y Telégrafos.

Para Lenin, el gobierno de coalición representaba un retorno al experimento con el ministerialismo, la primera aplicación práctica de los principios del revisionismo en 1899, cuando el diputado socialista francés Alexandre Millerand se unió al gobierno burgués de “defensa republicana” liderado por René Waldeck-Rousseau (junto con el carnicero de la Comuna de París, General Gallifet) usando como excusa el juicio de Dreyfus.

En su libro *¿Qué hacer?* Lenin había ridiculizado las ilusiones de Millerand, argumentando que, si la Socialdemocracia era “simplemente un partido de reformas”, entonces “un socialista no sólo tiene derecho a entrar en un ministerio burgués, sino que incluso debe siempre aspirar a ello”. Si la democracia significaba la abolición de la dominación de clase, “¿por qué un ministro socialista no ha de encantar a todo el mundo burgués con discursos sobre la colaboración de las clases? ¿Por qué no ha de seguir en el ministerio aun después de que los asesinatos de obreros por los gendarmes han puesto de manifiesto por centésima y milésima vez el verdadero carácter de la colaboración democrática de las clases?” Y a cambio de “este infinito envilecimiento y autoflagelación del socialismo ante el mundo entero”, de “la corrupción de la conciencia socialista de las masas obreras —la única base que puede asegurarnos el triunfo—”, a cambio de todo esto, los socialistas franceses solo habían obtenido “unos rimbombantes *proyectos* de miserables reformas; ¡tan miserables, que se había logrado obtener más de los gobiernos burgueses!” (Lenin, 1902: 361).

La oposición de Lenin al experimento de coalición, del cual habría tres variantes antes del derrocamiento del Gobierno Provisional por la Revolución Bolchevique en octubre, estaba por lo tanto fijada de antemano. El nuevo gobierno incluía a diez ministros de los partidos burgueses y a seis ministros “socialistas”, de ahí la consigna bolchevique “Abajo los diez ministros capitalistas”.

La Séptima Conferencia (de abril) de toda Rusia del Partido Bolchevique (24-29 de abril)

En la Séptima Conferencia (de abril) de toda Rusia del POSDR(b), que se reunió en Petrogrado del 24 al 29 de abril, Lenin dio un informe sobre la situación actual. Kamenev, a su vez, dio un informe alternativo, en el cual la perspectiva de los “viejos bolcheviques” se reveló en su defensa de la “democracia revolucionaria”, otro término para el bloque obrero-campesino que ahora encontraba, según Kamenev, su expresión en los Soviets. La nueva perspectiva de Lenin le llevó a rechazar enérgicamente el término, afirmando: “Nosotros rehusamos cuidadosamente las palabras ‘democracia revolucionaria’. Ante una agresión del gobierno, las podríamos usar, pero actualmente son altamente engañosas, ya que es muy difícil diferenciar las clases que se han confundido en este caos” (Lenin, 1917h: 174). La iniciativa para la unificación con los mencheviques se basaba en el supuesto de que ambos eran alas de la misma “democracia revolucionaria”. Pero ahora Lenin tenía como objetivo el socialismo, y por lo tanto consideraba la expresión como una concesión sin principios: “Actualmente toda la pequeña burguesía vacila y tratar de cubrir esta vacilación con la frase sobre la democracia revolucionaria; debemos oponer a esas vacilaciones una línea proletaria” (Lenin, 1917h: 175).

Lenin rechazó una vez más la posición de Kamenev, ahora defendida por los bolcheviques de Moscú, de que el Soviet debía “controlar” el Gobierno Provisional, repitiendo la idea de que “control sin el poder es una frase vacía.” Esta creencia era “una desviación de los principios básicos de la lucha de clases,” porque “para controlar hay que tener el poder” (Lenin, 1917h: 175).

Lenin presentó el proyecto de resolución sobre la guerra, que atacaba sin mencionarlo a la posición de Kamenev, desarrollada en su artículo *Sin diplomacia secreta* (véase más arriba), según la cual el Gobierno Provisional debía renunciar a las anexiones. Declarando que “el nuevo gobierno prosigue la misma guerra imperialista, es decir, una guerra rapaz, de conquista”, y que por lo tanto ningún partido proletario podía “apoyar la guerra actual o al gobierno actual, o sus empréstitos”, la resolución enfatizaba que “tampoco merece confianza alguna la promesa de este gobierno de renunciar a las anexiones,” porque los capitalistas no podían “renunciar a las anexiones en esta guerra sin dejar de ser capitalistas, sin renunciar a los beneficios de los miles de millones invertidos en empréstitos, en concesiones, en industrias de guerra, etc.” (Lenin, 1917h: 177-178).

Contra la acusación de Kamenev en *Nuestros desacuerdos* de que Lenin aspiraba a “convertir inmediatamente esta revolución en una revolución socialista,” Lenin respondió:

Ahora bien, ¿cuáles son las tareas del proletariado revolucionario? El defecto principal, el error principal de todos los argumentos de los socialistas es que este problema es planteado de una manera demasiado general, como el problema de la transición al socialismo, cuando lo que corresponde es hablar de los pasos y medidas concretas. Algunos han madurado ya, otros no. Estamos ahora en un momento de transición. Hemos promovido manifiestamente, formas nuevas, distintas a las de los Estados burgueses. Los soviets de diputados obreros y soldados es una forma de Estado que no existe ni ha existido nunca en ningún país. Esta forma representa el

primer paso hacia el socialismo y es inevitable en los comienzos de la sociedad socialista. Este es un hecho de importancia decisiva (Lenin, 1917h: 185).

Más que llevar a cabo un “tránsito directo al socialismo”, la tarea de los Soviets era “tomar el poder para dar los primeros pasos concretos hacia ese tránsito”, tales como la nacionalización de la tierra, de los bancos y de los monopolios, y sacar a Rusia de la guerra. Hasta qué punto este proceso llevaría en la dirección del socialismo dependía, en última instancia, de la propagación de la revolución: “El completo triunfo de estos pasos sólo es posible con la revolución mundial, si la revolución mata la guerra y si los obreros de todos los países apoyan la revolución” (Lenin, 1917h: 186-187).

Al igual que en las conferencias anteriores, Kamenev, negando la necesidad de la revolución democrático-burguesa de convertirse en una revolución socialista, propuso que la Conferencia debía limitarse a exigir el control del Soviet sobre el Gobierno Provisional. Kamenev empezó por lamentar el hecho de que “durante este mes y medio la línea de conducta de nuestro partido ha sufrido algunas variaciones muy significativas” y resumió su posición centrista de la siguiente manera: “Estamos en contra del defensismo revolucionario y contra el Gobierno Provisional, pero al mismo tiempo estamos en contra de la destrucción inmediata del Gobierno Provisional y en contra de la transformación inmediata de la revolución democrático-burguesa en socialista” (РСДРП (6), 1958: 79).

Lenin, por supuesto, no había llamado a una revolución socialista inmediata, sino a “explicar pacientemente” la situación a las masas. Sin embargo, Kamenev argumentó que “la consigna ‘¡Abajo el Gobierno Provisional!’ puede desempeñar un papel desorganizador”, y que esto había sido demostrado por el hecho de que el Comité de Petrogrado la había interpretado como un llamado al “derrocamiento inmediato” del Gobierno Provisional (РСДРП (6), 1958: 79).

Pero más importantes que esta divergencia sobre las consignas eran las diferencias estratégicas. En su refutación de Lenin, Kamenev volvió a los principios básicos del marxismo: “Según las viejas tradiciones del marxismo, en primer lugar, se debe hacer un análisis de clase de lo que está sucediendo. En mi opinión, el camarada Lenin se equivoca cuando dice que la revolución democrático-burguesa ha terminado. Creo que no terminó, y ésta es nuestra divergencia”. Lenin se equivocaba, según Kamenev, al argumentar que “la revolución democrático-burguesa se convierte en una revolución socialista y que estamos ante esta transformación de la revolución democrático-burguesa en una revolución socialista”. La revolución democrático-burguesa, según Kamenev, “no ha terminado todavía, porque la gran masa de las tierras está todavía en manos de los terratenientes. Reconociendo que formalmente y de hecho la supervivencia clásica del feudalismo -la propiedad terrateniente- aún no se ha liquidado, debemos decir que esta estimación es prematura”. Dado que la revolución democrático-burguesa aún no había terminado, era “demasiado pronto para decir que la democracia burguesa ha agotado todas sus posibilidades” y “sería el más grande engaño deducir de esta conclusión prematura que esta revolución no es democrática-burguesa, que se acerca a la revolución socialista” (РСДРП (6), 1958: 80).

En línea con este rechazo de la teoría de la revolución permanente, Kamenev argumentó que los Soviets representaban:

...un bloque de fuerzas proletarias y pequeñoburguesas, que debe hacer frente a tareas democrático-burguesas sin terminar. Si la revolución democrático-burguesa hubiera terminado, entonces este bloque no podría existir; no tendría tareas definidas delante de sí, y el proletariado debería librar una lucha revolucionaria contra el bloque pequeñoburgués. El trabajo conjunto en este momento sería completamente imposible. Si, por el contrario, reconocemos a los Soviets como centros de organización de las fuerzas, reconocemos al

mismo tiempo que hay tareas que se pueden realizar mediante la unión de los trabajadores y de los campesinos. Por lo tanto, la revolución burguesa todavía no ha terminado, aún no se ha sobrevivido a sí misma. (РСДРП (6), 1958: 80-81)

Puesto que los Soviets eran, según Kamenev, un bloque del proletariado y de la pequeña burguesía (la cual tenía una fuerte preponderancia numérica en el país), los bolcheviques debían “participar en este bloque” con la pequeña burguesía y “construir todas nuestras tácticas de modo tal que este bloque no se quiebre” (РСДРП (6), 1958: 81). Y puesto que la propaganda por el socialismo ahuyentaría a los campesinos y, en general, a la pequeña burguesía, de esta evaluación se deducía que los bolcheviques debían centrarse, en el futuro previsible, en objetivos puramente democrático-burgueses.

Kamenev a continuación pasó a defender el concepto de “democracia revolucionaria” como la expresión del bloque obrero-campesino en los Soviets:

Por lo tanto, si tenemos en cuenta toda esta situación específica—la existencia de las masas revolucionarias pequeño-burguesas, que van con el proletariado sólo una parte del camino—debemos construir nuestra táctica en consecuencia. Debemos decir que no sólo el Gobierno Provisional entrará inevitablemente en colisión con el proletariado como la clase con conciencia socialista, sino que la burguesía y el imperialismo entrarán en colisión con todo el bloque pequeño-burgués. Al camarada Lenin no le gustan las palabras “democracia revolucionaria”, ya que oscurecen la cara socialista del proletariado, pero, en esencia, hay que decir que este choque de la burguesía con toda la democracia revolucionaria es inevitable (РСДРП (6), 1958: 82).

De esta perspectiva política se desprendía una evaluación completamente diferente de la crisis de abril. De acuerdo con Kamenev: “la crisis que está delante de noso-

tros, el comienzo de la cual vimos aquí en Petrogrado, es una crisis que indica un mayor desarrollo de la revolución democrático-burguesa” (РСДРП (6), 1958: 82).

Por último, Kamenev argumentó que el informe de Lenin sobre la situación actual era demasiado abstracto y que no esbozaba un conjunto de consignas para las tareas que el Partido debía enfrentar. “Debe haber medidas concretas activas mediante las cuales podamos atraer a las masas a nuestro lado”, dijo Kamenev, poniendo como ejemplo las medidas propuestas “por los compañeros de Moscú y por mí en el sentido de control sobre el Gobierno Provisional”. Lenin había “pronunciado una filípica apasionada contra este control”, argumentando que no podía haber control alguno sin tomar el poder, pero, de acuerdo con Kamenev, puesto que el Soviet tenía el mando real sobre las fuerzas armadas, tenía el poder y podía ejercer control sobre el Gobierno Provisional. De todo esto se seguía, de acuerdo con Kamenev, “que el ejercicio de control es una necesidad, y que debe ser introducido en nuestra resolución” (РСДРП (6), 1958: 83-84).

Para entonces, Stalin había cambiado de posición y ahora apoyaba a Lenin contra Kamenev afirmando que el acuerdo entre el Gobierno Provisional y el Soviet no proporcionaba ningún control: “Después del discurso de Miliukov del 19 de abril, su naturaleza ilusoria se volvió especialmente clara”. Por lo tanto, Stalin propuso que la enmienda de Kamenev sobre el control no fuera aprobada (РСДРП (6), 1958: 101).

En su respuesta, Lenin estuvo de acuerdo con Kamenev en que se habían producido en las filas de los bolcheviques “vacilaciones que nos han apartado de la política revolucionaria” y que la consigna “Abajo el Gobierno Provisional” era una consigna aventurera que debía ser evitada, porque “ahora no puede derrocar al gobierno”. Por eso el Partido había “lanzado la consigna de manifestaciones pacíficas”,

pero “el Comité de Petrogrado viró un poquito más a la izquierda, lo cual en este caso es, evidentemente, un grave delito” (Lenin, 1917h: 188-189).

El Gobierno Provisional debía ser derribado, “pero no ahora ni por la vía acostumbrada. Estamos de acuerdo con el camarada Kamenev. Pero debemos explicar. Es sobre esta palabra que el camarada Kamenev cabalga. No obstante, es la única cosa que podemos hacer.” El Gobierno Provisional sería eventualmente derrocado cuando la mayoría de los obreros y soldados se diera cuenta de la imposibilidad de poner fin a la guerra y de realizar sus demandas más elementales mientras los Soviets apoyaran a dicho gobierno, y por lo tanto “lo que nosotros decimos es: ayudar a la revolución por medio de los soviets de diputados obreros y soldados.” Lenin advertía a los camaradas que sostenían que “el socialismo tiene que venir de otros países de industrias más desarrolladas”: “esto no es así. Nadie puede decir quién lo comenzará ni quién lo acabará. Eso no es marxismo, sino una parodia del marxismo.” Como resultado de la transferencia de todo el poder a los Soviets, Rusia experimentaría, según Lenin, un “período de transición entre el capitalismo y el socialismo.” (Lenin, 1917j: 190).

Las propuestas de Lenin sobre el Gobierno Provisional y la guerra, así como sobre la transición de una revolución democrático-burguesa a una revolución socialista (es decir, de una república parlamentaria burguesa a un gobierno de los Soviets), fueron finalmente aprobadas por la Conferencia de abril, pero Lenin no prevaleció en todas las cuestiones. Su propuesta de romper definitivamente con los centristas de la Segunda Internacional y de crear una nueva Internacional no recibió ningún apoyo. Por otra parte, el ala derecha del Partido logró introducir a cuatro de sus líderes, Kamenev, Noguin, V. P. Aliliutin, y G. F. Fedorov, al nuevo Comité Central elegido en la Conferencia de abril (los miembros restantes eran Lenin, Zinoviev, Sverdlov, Stalin,

y T. I. Smilga), garantizando así la persistencia de la confusión sobre la revolución permanente y sobre el “viejo bolchevismo” a lo largo de 1917¹⁵.

Conclusión

La cuestión esencial que separaba a Lenin de Trotsky antes de 1917 era si los trabajadores o los campesinos impondrían su política en el gobierno revolucionario. La fórmula de Trotsky era “la dictadura del proletariado apoyada en el campesinado”, mientras que la fórmula de Lenin era “la dictadura *democrática* (es decir, no socialista) del proletariado y del campesinado.” Lenin cambió la estrategia del Partido Bolchevique de la dictadura democrática a la dictadura del proletariado en las Tesis de abril —esta fue su verdadera significación histórica—. Este rearme estratégico del Partido condujo a debates dentro del Partido Bolchevique en abril de 1917, como lo hemos documentado en este artículo.

La nueva posición bolchevique fue claramente expresada por Lenin a finales de 1918: “en 1917, desde el mes de *abril*, mucho antes de la Revolución de Octubre, de que tomásemos el Poder, dijimos abiertamente y explicamos al pueblo que ahora la revolución no podía detenerse en esta etapa, pues el país había seguido adelante, el capitalismo había seguido avanzando, la ruina había alcanzado proporciones nunca vistas, lo cual habría de *exigir* (quíerese o no) que marchásemos *hacia el socialismo*” (Lenin, 1918: 29).

A lo largo de abril de 1917 y hasta octubre, Lenin subrayó una y otra vez el significado de esta nueva estrategia, de la que derivó la política de “ningún apoyo al Gobierno Provisional” y “ningún apoyo a la guerra”. También enfatizó repetidamente que la política del viejo bolchevismo,

¹⁵ Sobre este tema ver Rabinowitch, 1968: 5, 36, 38-42, 56-59, y Rabinowitch, 1976: 159-160, 173, 205-206, 221-222, 309-310.

al limitar la revolución a su etapa democrático-burguesa, representaba ahora un obstáculo para la lucha de clases proletaria. Lenin afirmó, por ejemplo, en sus *Cartas sobre táctica*, en contra de Kamenev: “quien en el momento actual solo habla de ‘dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado’ está atrasado, en consecuencia se ha pasado en realidad a la pequeña burguesía y está en contra de la lucha de clase proletaria, por lo que debería ser relegado al archivo de las antigüedades ‘bolcheviques’ prerrevolucionarias (se lo podría llamar archivo de ‘viejos bolcheviques’)” (Lenin, 1917: 460).

Viniendo desde diferentes perspectivas, Lenin y Trotsky llegaron a un acuerdo sobre prácticamente todos los grandes problemas a los que se enfrentaban los revolucionarios en 1917, incluyendo la actitud hacia la guerra, la reforma agraria, la introducción del control obrero de la producción, el poder soviético, y su oposición frontal a las políticas de los socialistas revolucionarios y los mencheviques. Dado que el Partido Bolchevique era una organización de masas con una membresía de un cuarto de millón a finales del verano, no es sorprendente que sobre varias cuestiones se desarrollaran tendencias divergentes. Muchas cuestiones de naturaleza aparentemente táctica estaban en realidad arraigadas en posiciones teóricamente divergentes sobre la naturaleza misma de la revolución, que casi desgarraron al partido entre febrero y abril. No es casualidad que, en su estudio seminal en dos volúmenes sobre los bolcheviques en 1917, Alexander Rabinowitch se refiera repetidamente a Kamenev como quien representaba las opiniones del bolchevismo “de derecha” o “moderado”, que consideraba a Rusia “no preparada para una revolución socialista”, y cuya estrategia se contraponía a menudo con la de los bolcheviques de izquierda agrupados en torno a Lenin y Trotsky (Rabinowitch, 1976: 173). Incluso después de la Revolución de Octubre, “Kamenev y sus asociados estaban firmemente convencidos de que la única esperanza de defender y preservar los logros de la revolución y de

lograr una pronta convocatoria de la Asamblea Constituyente y la conclusión de la paz radicaba en la creación de un amplio gobierno de coalición socialista, la cual había sido su posición desde el principio” (Rabinowitch, 1976: 309).

La convergencia política de Lenin y Trotsky contra esta tendencia conservadora dentro del bolchevismo fue por ende mucho más que una cuestión pasajera de abril de 1917. Por el contrario, revela la esencia misma de la revolución rusa: su carácter de clase, su perspectiva política y su significado histórico como la etapa final del ciclo de las revoluciones democrático-burguesas y el comienzo de un ciclo mundial de revoluciones obreras contra la explotación capitalista.

Apéndice: Kamenev: Nuestros desacuerdos [con la Tesis de abril de Lenin]

Fuente: *Pravda*, No. 27, 8 [21] de abril de 1917, p. 4.

En el número de ayer de *Pravda* Lenin publicó sus “Tesis [de abril]”. Representan la opinión personal del camarada Lenin, y con su publicación, el camarada Lenin cumplió con el deber de toda figura pública responsable: presentar su comprensión de los acontecimientos actuales a la discusión de la democracia revolucionaria de Rusia. El camarada Lenin presentó sus argumentos en una forma muy concisa, pero lo hizo con este fin: comenzando con una caracterización de la guerra mundial, llegó a la conclusión de que era necesario crear un partido nuevo; Partido Comunista. En su informe, por lo tanto, era bastante natural que criticara no sólo la política de los líderes del Soviet de Diputados Obreros y Soldados, sino también la política de *Pravda*, tal como fue formulada en el momento de la [Primera] Conferencia Panrusa de los Soviets, [que se reunió en Petrogrado del 29 de marzo al 3 de abril] y tal como se expresó en los discursos de los delegados bolcheviques en

dicho congreso. Esta política de *Pravda* fue formulada precisamente en las resoluciones sobre el Gobierno Provisional y la Guerra, redactadas por el Buró del Comité Central y adoptadas por los delegados bolcheviques a la Conferencia, leídas en la misma Conferencia [y publicadas en *Pravda* No. 18 el 26 de marzo].

De aquí en adelante, hasta la adopción de nuevas decisiones por el Comité Central y hasta las resoluciones [que serán adoptadas] por la Conferencia Panrusa del Partido [celebrada los días 24 y 29 de abril], estas resoluciones siguen siendo nuestra plataforma, que defenderemos tanto de la influencia corruptora del “defensismo revolucionario” como de la crítica del camarada Lenin.

En cuanto al esquema general del camarada Lenin, nos parece inaceptable, porque procede del reconocimiento de la revolución democrático-burguesa como terminada y está destinado a convertir inmediatamente esta revolución en una revolución socialista. Las tácticas resultantes de dicha evaluación están profundamente en desacuerdo con las tácticas propuestas por los representantes de *Pravda* en la Conferencia Panrusa de los Soviets, tanto contra los líderes oficiales del Soviet y como contra los mencheviques que arrastran al Soviet a la derecha.

En una discusión amplia, esperamos defender nuestro propio punto de vista como el único posible para la socialdemocracia revolucionaria, porque quiere y debe seguir siendo el partido de las masas revolucionarias del proletariado hasta el final, y no convertirse en un grupo de propagandistas comunistas (Каменев, 1917b).

Bibliografía

- Boyd, John R. (1968) “The Origins of Order No 1”. *Soviet Studies*, Vol. 19, No 3. London: Taylor & Francis. (p. 359-372)

- Day, Richard B. and Gaido, Daniel (eds.) (2009) *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*. Leiden: Brill.
- Ferro, Marc (1972) *The Russian Revolution of February 1917*. New Jersey: Prentice-Hall.
- Foglesong, David S. (1995) *America's Secret War against Bolshevism: U.S. Intervention in the Russian Civil War, 1917-1920*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Golder, Frank (ed.) (1927) *Documents of Russian History, 1914-1917*. New York: The Century Co.
- Hasegawa, Tsuyoshi [1981] (2017) *The February Revolution, Petrograd, 1917: The end of the Tsarist Regime and the Birth of Dual Power*. Leiden: Brill.
- Kerensky, Aleksandr Fyodorovich and Browder, Robert Paul (1961) *The Russian Provisional Government 1917: Documents, Vol. III*. Stanford: Stanford University Press.
- Krupskaya, Nadezhda Konstantinovna (1970) *Reminiscences of Lenin*. New York: International Publishers.
- Lenin [1902a] (1976) “¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento”. *Lenin, Obras completas, Tomo V*. Madrid: Akal Editor.
- Lenin [1904] (1976) “Un paso adelante, dos pasos atrás, (La crisis en nuestro partido)”. *Lenin, Obras Completas, Tomo V*. Madrid: Akal Editor.
- Lenin [1905a] (1976) “Dos tácticas de la Socialdemocracia en la revolución democrática”. *Lenin, Obras Completas, Tomo IV*. Madrid: Akal Editor.
- Lenin [1905b] (1976) “Posición de la Socialdemocracia ante el movimiento campesino”. *Lenin, Obras Completas, Tomo IX*. Madrid: Akal Editor.
- Lenin [1915a] (1977) “Algunas tesis, de la Redacción”. *Lenin, Obras Completas, Tomo XXIII*. Madrid: Akal Editor.
- Lenin [1915b] (1977) “Política socialchovinista encubierta con frases internacionalistas.” *Lenin, Obras Completas, Tomo XXIII*. Madrid: Akal Editor.

- Lenin [1915c] (1977) "Nuevos datos sobre las leyes de desarrollo del capitalismo en la agricultura." *Lenin, Obras Completas, Tomo XXIII*. Madrid: Akal Editor.
- Lenin [1917a] (1977) "Cartas desde lejos. Primera carta. La primera etapa de la primera revolución." *Lenin, Obras Completas, Tomo XXIV*. Madrid: Akal Editor.
- Lenin [1917b] (1971) "Letter to J. S. Hanecki, sent from Zurich to Stockholm". *Lenin, Collected Works, Vol. 35*. Moscow: Progress Publishers.
- Lenin [1917c] (1977) "Las tareas del proletariado en nuestra revolución (Tesis de abril)". *Lenin, Obras Completas, Tomo XXIV*. Madrid: Akal Editor.
- Lenin [1917d] (1971) "Report at a Meeting of Bolshevik Delegates to the All-Russia. Conference of Soviets of Workers and Soldiers Deputies". *Lenin, Collected Works, Vol. 36*. Moscow: Progress Publishers.
- Lenin [1917e] (1971) "Letter to J. S. Hanecki and Karl Radek, sent from Petrograd to Stockholm". *Lenin, Collected Works, Vol. 36*. Moscow: Progress Publishers.
- Lenin [1917f] (1977) "Cartas sobre táctica". *Lenin, Obras Completas, Tomo XXIV*. Madrid: Akal Editor.
- Lenin [1917g] (1977) "Conferencia del POSDR (b) de la ciudad de Petrogrado". *Lenin, Obras Completas, Tomo XXV*. Madrid: Akal Editor.
- Lenin, [1917h] (1977) "Informe sobre la situación actual. 24 de abril (7 de mayo). VII Conferencia (de abril) de toda Rusia del POSDR (b)". *Lenin, Obras Completas, Tomo XXV*. Madrid: Akal Editor.
- Lenin [1917j] (1977) "Palabras finales del informe acerca de la situación actual. 24 de abril (7 de mayo). VII. Conferencia (de abril) de toda Rusia del POSDR (b). 24-29 de abril (7-12 de mayo)". *Lenin, Obras Completas, Tomo XXV*. Madrid: Akal Editor.
- Lenin [1918] (1974) "The Proletarian Revolution and the Renegade Kautsky". *Lenin, Collected Works, Vol. 24*. Moscow: Progress Publishers.
- Lewin, Moshe (2005) *The Soviet Century*. London: Verso.

- Lih, Lars T. (2011) "The Ironic Triumph of Old Bolshevism: The Debates of April 1917 in Context". *Russian History*, Vol 38, N° 2. Leiden: Brill.
- Lih, Lars T. (2012) *Democratic Revolution 'in Permanenz'*, Vol 76, N° 4. New York: Science & Society. (p. 433-462)
- Lih, Lars T. (2014) "Fully Armed: Kamenev and Pravda in March 1917". *The NEP Era: Soviet Russia 1921-1928*, Vol. 8. Minnesota: University of Minnesota. (p. 55-68)
- Lih, Lars T. (2015) "Letter from Afar, Corrections from Up Close: The Bolshevik Consensus of March 1917". *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, Vol 16, N° 4. Bloomington: Slavica Publishers. (p. 799-834)
- Longley, D. A. (1972) "The Divisions in the Bolshevik Party in March 1917". *Soviet Studies*, Vol. 24, N° 1. London: Taylor & Francis. (p. 61-76)
- Luxemburgo, Rosa (1905) "In revolutionärer Stunde: Was weiter?". *Czerwony Sztandar (Cracow)*, Nr. 26, May, Beilage, reprinted in *Luxemburg, Gesammelte Werke, Volume 1*, N° 2. Berlin: Dietz.
- Marx, Karl (1966), *The Civil War in France*, Peking (Pekín): Foreign Languages Press.
- Rabinowitch, Alexander [1968] (1991) *Prelude to Revolution: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising*. Bloomington: Indiana University Press. (Midland Book)
- Rabinowitch, Alexander (1976) *The Bolsheviks Come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd*. New York: W.W. Norton.
- Radkey, Oliver H. (1958) *The Agrarian Foes of Bolshevism: Promise and Default of the Russian Socialist Revolutionaries: February to October 1917*. New York: Columbia University Press.
- Raskolnikov, Fedor Fedorovich (1982) *Kronstadt and Petrograd in 1917*. London: New Park Publications.
- Sukhanov, N.N. [1922] (1955) *The Russian Revolution, 1917: A Personal Record*, edited and translated by Joel Carmichael (New York). London: Oxford University Press.

- Suny, Ronald Grigor (1972) *The Baku Commune, 1917-1918: Class and Nationality in the Russian Revolution*. Princeton: Princeton University Press.
- Trotsky, Leon (1937) *The History of the Russian Revolution, Vol. 1; The Overthrow of Tsarism*. New York: Simon and Schuster.
- Trotsky, Leon [1906] (1969). 1905: *The Permanent Revolution and Results and Prospects*. New York: Pathfinder Press.
- Trotsky, Leon [1937] (2004) *The Stalin School of Falsification*, translated by John G. Wright. New York: Pathfinder Press. Chapters 14 and 15: The March 1917 Party Conference. [Edición rusa: “Протоколы и резолюции Бюро ЦК РСДРП (б) (март 1917 г.),” *Вопросы истории КПСС*, 1962, № 3, с. 134-155, № 5, с. 106-125; № 6, с. 130-152. (“Protocolos y resoluciones del Buró del Comité Central del POSDR(b), marzo de 1917,” *Cuestiones de historia del PCUS*, 1962, № 3, pp. 134-155; № 5, pp. 106-125; № 6, pp. 130-152.)]

Referencias en ruso

- Бурджалов, Э.Н. 1956, “О тактике большевиков в марте-апреле 1917 года”, *Вопросы истории*, 1956, № 4, с. 38-56. [Burdzhalov, E.S., “Sobre la táctica de los bolcheviques en marzo y abril de 1917”, *Cuestiones de historia*, 1956, № 4, p. 38-56.]
- Залежский, В.Н. 1923, “Первый легальный Пек”, *Пролетарская революция*, 1923, № 1 (13), с. 135-156. [Zalezhsy, V.N. 1923, “El primer Comité legal de Petrogrado”, *Revolución Proletaria*, 1923, № 1 (13), pp. 135-156.]

Каменев, Лев Борисович 1917а, “Временное Правительство и революционная социал-демократия,” *Правда*, № 8, 14 марта [27 марта] 1917 г. [Kamenev, Lev Borisovich, “El Gobierno Provisional y la Socialdemocracia revolucionaria,” *Pravda*, № 8, 14 de marzo (27 de marzo) de 1917]

Каменев, Лев Борисович 1917b, “Без тайной дипломатии,” *Правда*, № 9. 15 марта (28 марта) 1917 г. [Kamenev, Lev Borisovich, “Sin diplomacia secreta,” *Pravda*, No. 9, 15 de marzo (28 de marzo) de 1917.]

Каменев, Лев Борисович 1917с, “Без тайной дипломатии,” *Правда*, № 27L 8 апреля (21 апреля) 1917 г. [Kamenev, Lev Borisovich, “Nuestros desacuerdos (con Lenin),” *Pravda*, No. 27, 8 de abril (21 de abril) de 1917.]

Первый легальный Петербургский комитет большевиков в 1917 году: Сборник материалов и протоколов заседаний Петербургского комитета РСДРП (б) и его Исполнительной комиссии за 1917 г. Ред Под. П. Ф. Куделли. М.; Л.: Госиздат, 1927. [*El primer Comité legal de Petersburgo de los bolcheviques en 1917: Colección de los materiales y las actas de las reuniones del Comité de Petersburgo del POSDR (b) y su Comisión Ejecutiva para 1917*. Editado por PF Cudelli. Moscú, Leningrado: Gosizdat, 1927. 307 pp.] <http://communist-ml.ru/archives/18474>

Правда № 1-45. 1917 [*Pravda* 1917, Nros. 1-45] <http://istmat.info/node/28027>

РСДРП (б) 1958 [1917], *Седьмая (апрельская) Всероссийская конференция РСДРП (большевиков); Петроградская общегородская конференция РСДРП (большевиков). Апрель 1917 года. Протоколы*, Москва: Госполитиздат. [POSDR (bolcheviques) 1958 [1917], *Séptima (abril) Conferencia de toda Rusia del POSDR (bolcheviques); Conferencia de la ciudad de Petrogrado del POSDR (bolcheviques). Abril del 1917. Minutas*, Moscú: Gospolitizdat] <http://militera.lib.ru/docs/da/k07/index.html>

- Сидоров, А. Л., Г. А. Белов, А. Ф. Бутенко 1957, *Великая октябрьская социалистическая революция: документы и материалы. Революционное движение в России после свержения самодержавия*, изд-во Академии наук СССР, Вол. 1. [Sidorov, A.L., G.A. Belov, A.F. Butenko 1957, *The Great October Socialist Revolution: Documents and Materials. The Revolutionary Movement in Russia after the Overthrow of the Autocracy*, USSR Academy of Sciences Publishing House, Vol. 1.]
- Сталин, К. 1917, “войне О,” *Правда*, № 12, 18 марта (31 марта) 1917 г. [Stalin, “Sobre la Guerra”, *Pravda*, N ° 10, 16 de marzo (29 de marzo) de 1917]
- Шляпников, Александр Григорьевич 1992, *Канун семнадцатого года*; Vol. 2, *Год семнадцатый*, Москва: Издательством политической литературы. [Shliapnikov, Alexander Grigorievich 1992, *La víspera del año 1917*; Vol. II: *El año 1917*, Moscú: Editorial Literatura Política].

3

El apoyo de Antonio Gramsci a la Revolución de Octubre

CHRISTIAN RATH

Introducción

En 1917, cuando tenía sólo veintiséis años, Antonio Gramsci fijó posición sobre la Revolución Rusa. Era, en ese momento, un joven dirigente del Partido Socialista Italiano (PSI), un partido en franco crecimiento, con representación parlamentaria y liderazgo en la central sindical, un ascendiente que ganó, en parte, al repudiar la Primera Guerra Mundial, no alinearse con la burguesía italiana y desprenderse del ala chauvinista incrustada en sus propias filas. Sostenemos que no existe una continuidad en el pensamiento de Antonio Gramsci y sus elaboraciones a lo largo de su vida política y éstas deben apreciarse en relación con el tema en consideración, a la intervención de la clase obrera, a su lucha al interior del PSI y luego del Partido Comunista Italiano (PCI) y al período de la lucha de clases. Como, a nuestro juicio, se expresa en la posición elaborada sobre la Revolución Rusa.

El impacto de la Revolución

El estallido de la Revolución Rusa produjo un extraordinario impacto en el socialismo italiano. Gramsci apoyó la Revolución Rusa a través de aproximaciones empíricas en las que advertía que los bolcheviques saltarían las etapas preconcebidas por el mecanicismo marxista, según el cual no habría revolución en Rusia sin un desarrollo previo y pleno del capitalismo y de la clase obrera – posición que habían enarbolado los marxistas “legales” entre los cuales Pléjanov haya sido quizás el más eminente-. En un texto de julio de 1917 Gramsci denunciará a Kerenski, Tseretelli, Chernov¹ como protagonistas del “estancamiento de la revolución”, en oposición a los “maximalistas” que “encarnan la idea límite del socialismo: quieren todo el socialismo”. A los “maximalistas” (bolcheviques) asigna la posibilidad de concretar la realización del socialismo en cualquier momento, un planteo nacido de la voluntad de acción y la convicción de ideas que rescataba del liberalismo italiano. Gramsci sostiene, en este momento, que Lenin y sus compañeros:

...son revolucionarios, no evolucionistas. Y el pensamiento revolucionario niega que el tiempo sea factor de progreso. Niega que todas las experiencias pasadas entre la concepción

¹ En estos -mencheviques y social-revolucionarios- se representaba a los sectores políticos que fueron criticados por Gramsci. Kerensky, Chernov (ambos social-revolucionarios) y Tseretelli (menchevique) conformaron la plana mayor del gobierno de coalición surgido luego de la crisis abierta en abril de 1917 y la posterior caída de Georgi Lvov como presidente del gobierno provisional. Fue Kerensky quien ocupó este rol desde julio a noviembre de 1917, Chernov fue ministro de agricultura entre mayo y septiembre del mismo año. Tseretelli ocupó, entre julio y agosto, el cargo de ministro del interior.

del socialismo y su realización deban tener una comprobación absoluta e integral en el tiempo y en el espacio (Gramsci, 1917)².

Un año después denuncia a los “filisteos” que no pueden concebir el desarrollo social por fuera de los esquemas establecidos y según los cuales a la economía patriarcal y feudal siempre debe suceder la economía y el orden político de la burguesía. Avanza en su elaboración y exclama: “¿Dónde estaba en Rusia la burguesía capaz de realizar esa tarea? Y si su dominio es una ley natural, ¿cómo esa ley natural no ha funcionado?” (Gramsci, 1999: 48). En definitiva, “la burguesía ha intentado imponer su dominio y ha fracasado”. Este salto de etapas habría sido el fruto, en su concepción, de la libre afirmación de las energías individuales y colectivas que ha llevado a la dictadura del proletariado y al “orden” de esta clase social. Este “orden” no sería el socialismo, al que Gramsci definió en ese entonces de modo ambiguo, como un producto de una evolución de “momentos sociales cada vez más ricos en valores colectivos.” (Gramsci, 1999: 49)³

En su elaboración sobre la dictadura del proletariado, Gramsci parece innovar: ésta tendría por función garantizar la libertad, a través de órganos permanentes – los soviets, los partidos populares – en los que debería disolverse luego de haber cumplido su función el Estado obrero, pero está soslayada la función esencial de la dictadura, que es el aplastamiento de la contrarrevolución. ¿Hay un punto de conexión entre este planteo y la aseveración del dirigente italiano sobre el jacobinismo? Gramsci saluda que la Revolución Rusa haya “ignorado el jacobinismo” y caracterice a éste como “fenómeno puramente burgués”. El dirigente

2 Esta frase fue extraída del semanario *Il grido del popolo*, periódico socialista publicado desde el año 1892 hasta la segunda guerra mundial.

3 Estas citas fueron publicadas originalmente en *Avanti*, órgano del PSI. El texto del que fue extraído lleva por nombre *Utopia*, con fecha 25 de julio de 1918 y recopilado en la *Antonio Gramsci Antología*, selección y traducción de Manuel Sacristán y editado por Siglo XXI.

político italiano no había leído, con seguridad, el texto contemporáneo de Lenin sobre el punto: “Los historiadores de la burguesía ven en él (el jacobinismo) una caída. Los historiadores del proletariado, por el contrario, ven en el jacobinismo uno de los puntos culminantes de la lucha de emancipación de la nación oprimida. Los jacobinos dieron a Francia los mejores ejemplos de revolución democrática y de resistencia frente a la coalición monárquica contra la república... Los obreros y trabajadores conscientes creen en el paso del poder a la clase revolucionaria, oprimida, pues *esa* es la esencia del jacobinismo” (Lenin, 1960)⁴. No es, de todos modos, una “brecha” entre Lenin y Gramsci, sino una elaboración del pensador italiano con los datos del momento que no llegaría a cristalizar y sería retomada más tarde por otros autores, sin su participación.

Si se escarba en este debate se puede obtener otra conclusión. Gramsci escribió en abril de 1917 que la Revolución Rusa no había conocido el jacobinismo porque, para él, debía transitar por un gobierno de la mayoría revolucionaria, sancionado incluso electoralmente por la Asamblea Constituyente a la que se había comprometido el Gobierno Provisional. No sería necesaria una dictadura jacobina - propia de la revolución burguesa-. Gramsci se equivocó, pero en su defensa puede decirse que, en abril de 1917, su punto de vista era compartido por una parte importante de los dirigentes bolcheviques y, por otra parte, no conocía los debates en el seno del partido revolucionario ni las Tesis de Abril.

Más de un año después de sus primeras elaboraciones sobre la Revolución Rusa, Gramsci hizo una exposición mucho más elaborada del proceso revolucionario que lo acercó al concepto de revolución permanente:

⁴ El destacado pertenece al original.

Basándose en el estudio crítico profundo de las condiciones económicas y políticas de Rusia, de los caracteres de la burguesía rusa y de la misión histórica del proletariado ruso, Lenin había llegado ya en 1905 a la conclusión de que, por el alto grado de consciencia del proletariado y dado el desarrollo de la lucha de clases, toda lucha política en Rusia se transformaría necesariamente en lucha social contra el orden burgués. (...) la burguesía tuvo miedo de todo movimiento político en el que participara el proletariado y se hizo sustancialmente contrarrevolucionaria por necesidad histórica de conservación (Gramsci, 1999: 53-54).

Una omisión significativa

Lo más importante es que, en su razonamiento frente a la Revolución Rusa, está ausente la perspectiva de la revolución mundial. La Revolución de Octubre, sin embargo, alteró todas las caracterizaciones previas desde el momento que se produjo en un marco histórico totalmente diferente al de las revoluciones democráticas pasadas. La unificación de la economía mundial y la transformación del capitalismo de libre competencia en capitalismo imperialista crearon el escenario histórico en el que se operó, por primera vez, la descomposición del modo capitalista de producción y el ingreso a una fase de transición hacia la organización socialista. Un país atrasado, considerado aisladamente, puede no estar preparado para el socialismo, pero sí lo están la economía y política mundiales en las cuales la revolución nacional y democrática puede insertarse y actuar como palanca de la revolución socialista internacional. No es la perspectiva que Gramsci avizoraba para la Revolución Rusa en ese entonces. Respondiendo a una pregunta imaginaria: ¿Cuál es la perspectiva de la Revolución Rusa? responderá:

El proletariado ruso, educado de un modo socialista, empezará su historia partiendo del estadio máximo de producción al que ha llegado la Inglaterra de hoy, porque, puesto que

tiene que empezar, empezará por lo que en otros países está ya consumado, y de esa consumación recibirá el impulso para conseguir la madurez económica que, según Marx, es la condición necesaria del colectivismo. Los revolucionarios mismos crearán las condiciones necesarias para la realización completa y plena de su ideal (Gramsci, 1999: 36)⁵.

El análisis no está fundado metodológicamente en la evolución de la economía mundial, en su conjunto, en este periodo histórico, sino en un país capitalista tomado como modelo, algo cada vez menos posible de concebir en la medida que el desarrollo capitalista alcanza a todos los países, al margen de su evolución anterior y su nivel económico.

Respondiendo a una pregunta similar: ¿Cómo se presentaba el partido a sí mismo el desarrollo ulterior de la revolución y que esperaba de ella? León Trotsky se respondía, años más tarde:

La política oficial de la Unión Soviética parte de la teoría del 'socialismo en un solo país'...la realidad histórica no tiene nada que ver con este mito". "Con una extrema simplicidad, Lenin explicaba el sentido de la estrategia bolchevique al final del quinto año siguiente a la toma del poder. 'Cuando, en nuestros tiempos, inauguramos la revolución internacional actuamos así no porque estuviésemos convencidos de poder determinar de antemano el movimiento, sino porque numerosas circunstancias nos empujaban a comenzar esta revolución. Pensábamos: o bien la revolución internacional vendría en nuestra ayuda, y entonces nuestras victorias estarían completamente aseguradas, o bien cumpliremos nuestro modesto trabajo revolucionario, comprendiendo que en caso de derrota habríamos servido a la causa de la revolución, y que nuestra experiencia sería de determinada utilidad para otras revoluciones. Teníamos claro que sin el apoyo de una revolución internacional, mundial, la victoria de la revolución proletaria

⁵ Artículo publicado en *Il grido del popolo* el 5 de enero de 1918 bajo el título *La revolución contra 'El Capital'*. El destacado pertenece al original.

era imposible... pensábamos: enseguida, o al menos muy pronto, estallará la revolución en el resto de países, en aquellos que están más desarrollados en el plano capitalista, o en caso contrario, pereceremos (Trotsky, 1969).

“La revolución contra ‘El Capital’”

Una gran parte de los investigadores de la elaboración del pensador italiano concentraron la mirada sobre la provocadora nota que, con este título, dio a conocer después de la Revolución de Octubre y no en la vasta y sucesiva producción que dedicó al tema. Efectivamente, Gramsci interpretó la Revolución Rusa como una refutación de los pronósticos de Marx. *La Revolución Rusa es una revolución contra ‘El Capital’*, escribió, atribuyéndole a Marx el evolucionismo de los reformistas de la II Internacional y de los mencheviques, ubicándose en un campo anti evolucionista y anti positivista. Dirá Gramsci:

...si los bolcheviques reniegan de algunas afirmaciones de *El Capital*, no reniegan, en cambio, de su pensamiento immanente, vivificador. No son “marxistas”, y eso es todo; no han levantado sobre las obras del maestro una exterior doctrina de afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Viven el pensamiento marxista, el que nunca muere, que es la continuación del pensamiento idealista italiano y alemán, y que en Marx se había contaminado con incrustaciones positivistas y naturalistas. Y ese pensamiento no sitúa nunca como factor máximo de la historia los hechos económicos en bruto, sino siempre el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se reúnen, se comprenden, desarrollan a través de esos contactos (cultura) una voluntad social, colectiva, y entienden los hechos económicos, los juzgan y los adaptan a su voluntad hasta que ésta se convierta en motor de la economía... (Gramsci, 1999: 34-35).

El joven Gramsci exaltará el valor de la propaganda en el nivel de conciencia y organización del movimiento revolucionario. Dirá:

La predicación socialista ha creado la voluntad social del pueblo ruso. ¿Por qué había de esperar que se renovase en Rusia la historia de Inglaterra, que se formase en Rusia una burguesía, que se suscitara la lucha de clases y que llegara finalmente la catástrofe del mundo capitalista? (Gramsci, 1999: 36).

La propaganda socialista tendría así la virtud de suscitar la voluntad revolucionaria, capaz de actuar con independencia de las etapas del desenvolvimiento económico y social, incluso, aunque ésta no sea mayoritaria; "...el pueblo ruso ha pasado por todas estas experiencias, aunque haya sido con el pensamiento de una minoría." Se puede debatir el concepto que Gramsci pretendió desenvolver al hablar de una "voluntad social, colectiva" que juzga y adapta los hechos económicos hasta dominarlos: ¿No permite acaso una interpretación de otro tipo, referida a la intervención de una vanguardia y de la propia clase obrera?

Gramsci afirmará, con relación a la revolución soviética:

El Capital, de Marx, era en Rusia el libro de los burgueses más que de los proletarios. Era la demostración crítica de la fatal necesidad de que en Rusia se formara una burguesía, empezara una Era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes de que el proletariado pudiera pensar siquiera en su ofensiva, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución (Gramsci, 1999: 34).

Lo que Gramsci difícilmente haya conocido

Nadie puede pretender que el líder italiano conociera las elaboraciones del propio Marx o de Engels desmintiendo estas caracterizaciones. En el final de una respuesta

epistolar a Vera Zasúlich⁶ sobre la comuna rural rusa -que sería conocida recién en 1924-, Marx había escrito, retomando su análisis de la génesis de la producción capitalista en *El Capital* que:

Al tratar de la génesis de la producción capitalista, yo he dicho que su secreto consiste en que tiene por base “la separación radical entre el productor y los medios de producción” y que “la base de toda esta evolución es la *expropiación de los agricultores*. Esta no se ha efectuado radicalmente por el momento más que en Inglaterra... Pero *todos los demás países de Europa Occidental* siguen el mismo camino”.

Por tanto, he restringido expresamente la “fatalidad histórica” de este movimiento a *los países de Europa Occidental*. Y ¿por qué? Tenga la bondad de comparar el capítulo XXXII, en el que se dice: “...*La propiedad privada*, basada en el trabajo personal..., está siendo suplantada por la propiedad privada capitalista, basada en la explotación del trabajo ajeno, en el trabajo asalariado”

Por tanto, en resumidas cuentas, tenemos *el cambio de una forma de la propiedad privada en otra forma de propiedad privada*. Habiendo sido jamás la tierra *propiedad privada* de los campesinos rusos... (Marx y Engels, 1881).

El análisis presentado en *El Capital* –concluirá Marx en su carta– no da, pues, razones en pro ni en contra de la vitalidad de la comuna rural, pero el estudio especial que de ella ha hecho lo termina convenciendo de que esta comuna es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia (a condición de) asegurarle las condiciones para un desarrollo espontáneo.

En 1882, en el prefacio a la traducción rusa de Pléjanov del *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels plantearon lo siguiente:

⁶ La carta a Vera Zasúlich fue enviada por Marx el 8 de marzo de 1881. El esbozo de esta carta puede ser consultada en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/81-a-zasu.htm>

En Rusia, encontramos que en contraste con el creciente sistema capitalista y con el flamante sistema burgués de propiedad rural, más de la mitad de la tierra es de propiedad común de los campesinos. La cuestión crucial es ésta: ¿puede la *obstchina* (comunidad aldeana) rusa, una forma ya seriamente minada de la antigua propiedad comunal, transformarse directamente en la forma superior de propiedad comunista de la tierra o tendrá que pasar por el mismo proceso de descomposición que exhibió el curso de la evolución histórica de Occidente? Hoy solo existe una única respuesta posible a esta pregunta. Si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria de Occidente, de manera que la una complemente a la otra, la forma prevaleciente de la propiedad de la tierra en Rusia puede ser el punto de partida para una evolución comunista (Marx, 1965: 228).

Es decir, el propio Marx elaboró aportes y formuló interrogantes que la II Internacional, primero, y el estalinismo, después, censuraron deliberadamente, incluso en vida de Gramsci. Riazanov⁷ exhumó los borradores de la carta y la carta de Marx en ruso a Vera Zasúlich recién en 1924, pero los textos volvieron a ser enterrados como parte de la reescritura de la historia rusa consumada por el estalinismo, una falsificación que empalidece cualquier objetivo. El análisis de Marx sobre la política y la diplomacia rusa, desde Iván hasta los Romanov, fue reemplazado por la historiografía de la burocracia de la URSS, orientada a la glorificación de la política anexionista y expansionista del zarismo, un sendero por el que hoy transita el régimen encabezado

⁷ El plan para una edición histórica y crítica de las obras de Marx y Engels (MEGA, por sus siglas en alemán) presentado por David Riazanov fue aprobado por el gobierno soviético en 1922 e iba a comprender cuarenta volúmenes. De ellos Riazanov no pudo publicar más de cinco, porque fue defenestrado en 1931 por la burocracia estalinista, que impugnó su escrupulosidad en la elaboración de la historia del partido. Esta burocracia ordenó su fusilamiento en 1938, luego de negarse a “confesar”. Entre los documentos inéditos de la edición nunca consumada estaba la primera parte de un manuscrito de *La Ideología Alemana* y la correspondencia entre Marx y Vera Zasulitch en torno a Rusia, que aquí comentamos.

por Vladimir Putin⁸. En esa mutilación monstruosa cayó la última elaboración de Marx sobre Rusia, aquella que advirtiera sobre la posibilidad de que la revolución en el imperio de los zares se convirtiera en el punto de partida de la revolución obrera en Occidente.

Un año después de la Revolución de Octubre, comenzará a abrirse paso la revolución en Italia, se desenvolverán los Consejos de Fábrica y la lucha al interior del Partido Socialista. Gramsci será, en este período, protagonista de un capítulo esencial de su vida política. El desafío de abordarlo queda planteado.

Bibliografía

- Gramsci, Antonio [1917] *Los maximalistas rusos son la misma revolución rusa. Il Grido del Popolo* (28 de julio). Recuperado el 16 de octubre de 2017 de www.gramsci.org.ar
- Gramsci, Antonio (1999) *Antología*, Siglo XXI: Buenos Aires.
- Lenin [1917] (1960) “¿Puede asustarse a la clase obrera con el jacobinismo?”. *Obras Completas, Tomo XXV*. Buenos Aires: Cartago.
- Marx, C. y Engels, F. (1881). *Proyecto de respuesta a la carta de V. I. Zasulich*. Recuperado el 16 de octubre de 2017, de <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/81-a-zasu.htm>
- Rubel, Maximilien (ed.) (1965) *Marx y Engels contra Rusia*. Buenos Aires: Ediciones Libera.
- Trotsky, León [1934] (1969) “Le socialisme dans un seul pays?”. *L'Internationale communiste après Lénine, Tomo II*. Paris: Presses Universitaires de France.

⁸ Vladimir Putin ocupa, al momento de escribir este texto, el cargo de presidente de la Federación Rusa desde el 7 de mayo de 2012 hasta la actualidad, luego de un interregno de cuatro años de Dmitri Medvédev, que lo separan de sus primeros dos mandatos ocurridos desde el año 2000 hasta el 7 de mayo de 2008.

El valor revolucionario de Historia y conciencia de clase de Georg Lukács

DIEGO BRUNO

Introducción

Hacia fines de 1918 se terminaba la Primera Guerra Mundial y una oleada revolucionaria inspirada en la reciente Revolución Bolchevique comenzaba a expandirse por Europa. En ese contexto, el filósofo húngaro Georg Lukács se incorporaba al Partido Comunista de su país a escasos días de su fundación. Junto a su activa participación militante en la insurrección que proclamará la efímera República Soviética Húngara (1919) comenzará también a escribir los ensayos que serán parte de *Historia y conciencia de clase* (1923), su obra teórica fundamental. En el presente escrito nos proponemos desarrollar los aportes más significativos que esta obra, entendemos, ha brindado a la filosofía marxista y a la causa del socialismo revolucionario, teniendo en cuenta su contexto histórico y las polémicas que se desarrollaron al interior del marxismo de la época, en torno a la estrategia, las condiciones objetivas del capitalismo y la acción revolucionaria.

La crítica de la “ortodoxia”

Gran parte de la obra publicada en 1923 fue escrita durante su exilio en Viena, luego que la República Soviética Húngara fuera disuelta en agosto de 1919 y la represión desatada contra la clase obrera y los comunistas obligara a Lukács a pasar a la clandestinidad. Es importante señalar que durante el breve período que duró el gobierno revolucionario, Lukács jugó un rol protagónico y fue nombrado vicecomisario del pueblo para la educación. Ya en la capital austríaca se convertirá en uno de los dirigentes más importantes del Partido Comunista húngaro y a partir de 1921 participará plenamente de las actividades de la Internacional Comunista.

Una vez publicada, *Historia y conciencia de clase* no será bien recibida en los círculos ortodoxos del marxismo de la época. El rechazo vendrá tanto de la II Internacional a través de su principal teórico Karl Kautsky como de la III Internacional dirigida por Zinoviev. La principal de las acusaciones o críticas consistía en las “desviaciones de izquierda” en que incurrían las tesis principales de la obra, dado que éstas hacían hincapié en el rol fundamental de la subjetividad en el proceso revolucionario. Sus antecedentes “izquierdistas” en el proceso revolucionario reciente, con posicionamientos más cercanos al “consejismo” de Rosa Luxemburgo que a las posturas de Lenin¹, evidentemente eran una carga que todavía seguía pesando al interior de la polémica partidaria. Tampoco cayó bien a la ortodoxia comunista el subtítulo de la obra *Estudios de dialéctica marxista*, debido a que no se utilizaba el término “materialismo”, un rasgo fundamental de la filosofía marxista ampliamente desarrollado por Engels.

¹ Ver Lenin, *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, cap. V. ed. Cit.

Sin embargo ¿esto era realmente así? Para arribar a una respuesta debemos primero analizar contra qué posiciones teóricas y posicionamientos políticos derivados de ellas está polemizando Lukács en la primera mitad de los años '20. En segundo lugar, creemos que no se puede hacer un análisis preciso de las posiciones teórico-políticas de Lukács en este período si no vinculamos *Historia y conciencia de clase* a otras dos obras contemporáneas: *Lenin* (1924) y *Seguismo y dialéctica* (1926), esta última dada a conocer hace pocos años. El conjunto de estos escritos dará cuenta de una identidad en las posiciones teórico-políticas y, a nuestro entender, son los aportes más importantes del autor al marxismo revolucionario antes de que se produjera un giro radical en sus concepciones una vez consolidado el dominio estalinista en el comunismo internacional.

Al rescate de la subjetividad revolucionaria

La labor teórica del filósofo húngaro en este período consistirá en recuperar para el marxismo el rol del elemento subjetivo y fundamentalmente su concepción dialéctico-histórica del sujeto/objeto. Para esto Lukács no hará otra cosa sino recuperar a Hegel, cuya filosofía había sido dejada de lado por los principales teóricos de la II Internacional. Como ya había señalado Lenin, la filosofía clásica alemana, y particularmente la dialéctica hegeliana, era una de las tres fuentes y partes constitutiva del marxismo². Esta reevaluación de Hegel por Lukács fue mucho más allá de una cuestión meramente genealógica, y sus principales tesis

² Lenin, "Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo", en *Obras completas*, ed Cit.

teóricas iban a ejercer una influencia profunda, coincidirían o no, en la tradición posterior del llamado marxismo occidental³.

Para Lukács, el origen del reformismo de la socialdemocracia de la II Internacional coincidía con el abandono de las raíces hegelianas del pensamiento marxista. Era, fundamentalmente, una cuestión de método, se había sustituido la dialéctica revolucionaria del sujeto/objeto por una filosofía evolucionista en donde las leyes objetivas del desarrollo histórico eran las encargadas del devenir socialista de la humanidad. Se dejaba de lado el rol fundamental de la subjetividad en este proceso.

La concepción dialéctica, en cambio, entiende el devenir histórico como una continua interacción entre lo subjetivo y lo objetivo. Entre la acción revolucionaria y las leyes de funcionamiento del capital. La conciencia también es constitutiva del mundo y no un simple reflejo mecánico de la realidad objetiva. En la raíz del marxismo está la idea de que la interpretación del mundo está siempre en función de la praxis. La acción revolucionaria del proletariado no puede darse sino como una identidad entre conciencia y realidad objetiva. Una identidad del sujeto con el objeto de conocimiento. En donde la subjetividad se vuelve objetiva y viceversa. Señala Lukács:

Esta relación de la conciencia con la realidad es lo que realmente posibilita la unidad de la teoría con la práctica (...) Sólo si está dada una situación histórica en la cual el correcto conocimiento de la sociedad resulta ser para una clase condición inmediata de su autoafirmación en la lucha; sólo si para esa clase su autoconocimiento es al mismo tiempo un conocimiento recto de la entera sociedad; y sólo si, consiguientemente, esa clase es al mismo, para ese conocimiento, sujeto y objeto del conocer y la teoría interviene de este modo inmediata y adecuadamente en el proceso de subversión de

³ Ver Perry Anderson, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, pp. 74 y ss., ed. Cit.

la sociedad: sólo entonces es posible la unidad de la teoría y la práctica, el presupuesto de la función revolucionaria de la teoría (1987: 75).

Por todo esto, la esencia metódica del materialismo histórico, su conocimiento de la realidad, no puede separarse de la “actividad práctico-crítica” del proletariado: ambos son momentos del mismo proceso de desarrollo de la sociedad. Para Lukács, el planteamiento neopositivista del austromarxismo, que plantea la separación metódica de la “pura” ciencia del marxismo respecto del socialismo, es un pseudo problema como todas las cuestiones análogas. El método marxista, como conocimiento de la realidad, no se consigue más que desde el punto de vista de clase, desde el punto de vista de la lucha del proletariado (1985: 97). El rol de la subjetividad en el proceso de conocimiento tiene que ver con esta determinación práctica de los actos de conciencia, en donde se ponen en juego los intereses y objetivos del sujeto cognoscente.

Esto último no significa, en modo alguno, que el conocimiento de los intereses históricos del proletariado como clase, o la actitud metódica respecto de aquél, se den en el proletariado (y aún menos en el proletariado individual) de un modo natural e inmediato. El papel dirigente del proletariado en la revolución tiene su fundamento objetivo debido al lugar que ocupa en el proceso capitalista de producción. Sin embargo, la conciencia de esta situación, su conciencia de clase, no nace en él de manera progresiva y espontánea, sin tropiezos ni regresiones, como si pudiera desarrollar ideológicamente su misión revolucionaria a partir tan solo de su posición de clase. Pensar esto último sería aplicar el marxismo de manera mecánica (2004: 32). Las polémicas contra la Segunda Internacional apuntan justamente a esta imposibilidad de una transformación puramente económica del capitalismo en socialismo. A menudo existe una brecha muy significativa entre la “madurez” de las condiciones objetivas (derrumbe

capitalista e intensificación del sufrimiento de las masas) y el nivel de conciencia de la mayoría de los trabajadores que no logra comprender claramente las fuentes de su miseria y qué hacer para acabar con ella. Las malas condiciones de existencia no se reflejan inevitablemente en un cada vez mayor grado de conciencia revolucionaria por parte de los trabajadores. La incompreensión de este problema por parte del marxismo economicista-objetivista lleva a la conclusión errónea de que la ausencia o el fracaso de la revolución demuestra su imposibilidad debido a que las condiciones “objetivas” de la crisis capitalista no estaban lo suficientemente maduras. (2000: 66-68)

Ante esta imposibilidad de una transformación mecánica de las condiciones objetivas en subjetivas, Lukács plantea que Lenin fue el primero en atacar este problema en su dimensión teórica y en su aspecto práctico más importante: el de la organización revolucionaria. Centrado en este rol activo de la subjetividad, Lukács toma nota de la perspectiva formulada por Lenin durante la crisis de la Primera Guerra Mundial:

Porque no es el caso de que de cada situación revolucionaria se desprenda una revolución, para desembocar en una situación tal es necesario que además de las condiciones objetivas, se desarrolle el factor subjetivo, a saber, la capacidad de las organizaciones revolucionarias para llevar acciones revolucionarias de masas que sean lo suficientemente fuerte como para acabar con el antiguo régimen, que nunca, ni siquiera en un período de crisis, colapsa, a menos que uno lo haga estallar (2000: 50-51 y 101).

La clave del leninismo radica en esta suficiente autonomía relativa del factor subjetivo que incide de manera determinante en la situación objetiva. Existe una dialéctica de los factores subjetivos/objetivos, una interacción que se opone a la inevitabilidad del socialismo del fatalismo objetivista. En este sentido agrega Lukács, los éxitos o fracasos del movimiento obrero, las acciones subjetivas

y sus consecuencias, conforman posteriormente realidades objetivas que condicionan las acciones futuras de la clase obrera, lo que significa que las “causas objetivas eran ...previamente subjetivas” (2000: 52 y 55). El enfoque marxista no puede sino fundarse en esta compleja interacción concreta de ambos factores.

Como se puede ver, el rescate del rol subjetivo en *Historia y conciencia de clase* es fundamental para recuperar el rol revolucionario del marxismo en un contexto en donde la ola revolucionaria desatada por la Revolución Rusa comenzaba a disiparse producto de un conjunto de derrotas (Alemania, Hungría e Italia) que inevitablemente golpearon la confianza revolucionaria del proletariado. Pero fundamentalmente por la adaptación a los hechos consumados (de ahí su objetivismo metodológico) que comenzaba a manifestar la dirección del comunismo internacional. La función básica de la Comintern sería la de “defender y fortalecer a la Unión Soviética” y ya no promover el comunismo a escala internacional, cuestión que Stalin postuló con insistencia como parte de su política de socialismo en un solo país que sería implantada en la URSS.

La insistencia en la importancia del factor subjetivo jugaba su rol revolucionario en un contexto que propiciaba abandonar la lucha por la revolución. Si bien era fácil para los sectores de la ortodoxia acusar a Lukács de voluntarista o izquierdista, ésta no dejaba de ser una crítica superficial. Por un lado, como señalamos antes, por el papel político que jugaba esta posición teórica frente al adaptacionismo objetivista de las direcciones. Pero, por otro, porque Lukács rescata la subjetividad desde una posición dialéctica. Es decir, en interacción con los elementos objetivos del desarrollo histórico. No hay aquí un abordaje unilateral (espontaneísta) y esto quedará aún más claro con las publicaciones de *Lenin* (2004) en 1924 y, fundamentalmente con el manuscrito de 1926 *Seguidismo y dialéctica. En defensa de Historia y Conciencia de clase* (2000). Como lo señala la segunda parte del título de esta obra, Lukács se encargara de defender

las tesis centrales de su obra y refutar las acusaciones de subjetivismo que se le endilgan. Sin embargo, este último texto no será publicado en la época porque Lukács entenderá que esta era una disputa que debía librarse al interior del comunismo, en un contexto internacional que comenzaba a ser adverso a los planteamientos revolucionarios. Aunque también las presiones de censura sobre aquellas posiciones que disentían con la línea oficial de la Comintern comenzaban a su vez a ser cada vez más duras, hasta que finalmente los debates terminarían totalmente clausurados a finales de la década del '20.

Totalidad y objetividad

El abandono de la dialéctica por parte de la “ortodoxia” llevará al marxismo a recaer en un materialismo vulgar, fundamentalmente empirista, que impedirá hacer un análisis de conjunto, es decir, de la totalidad del proceso; de la compleja interacción de los factores objetivos y subjetivos, ya sea en el plano del conocimiento como en el del devenir histórico. Para Lukács es obvio que el conocimiento de la realidad parte de los hechos concretos, pero señala:

...el conocimiento de los hechos no es posible más que en ese contexto que articula los hechos individuales de la vida social en una totalidad como momentos del desarrollo social. Este conocimiento parte de las determinaciones naturales, inmediatas, puras, simples (en el mundo capitalista) para avanzar desde ellas hasta el conocimiento de la totalidad concreta como reproducción intelectual de la realidad. Esta totalidad concreta no está en modo alguno dada inmediatamente al pensamiento (1985: 82).

Es el producto de una elaboración teórica del sujeto y, parafraseando a Marx, añade que “el idealismo sucumbe en este punto a la ilusión que consiste en confundir ese proceso mental de reproducción de la realidad con el proceso de construcción de la realidad misma” (1985: 82).

Esta misma concepción es la que desarrolla en *Seguismo y Dialéctica*, pero en un plano político. Lukács hace una distinción entre la conciencia revolucionaria de la clase obrera y la conciencia real de los trabajadores. Aquí el partido, señala, juega un papel esencial en el establecimiento y difusión de la conciencia de clase verdadera. Pero, se pregunta:

¿Qué es lo que hace que una conciencia sea más verdadera o correcta que otra? La respuesta es simple: porque una conciencia corresponde a la posición económica y social de la clase en su totalidad, mientras que la otra se queda en la inmediatez de los intereses particulares y temporales (2000: 71-72).

La perspectiva, entonces, que implica una visión de conjunto de los hechos, es decir, una visión de la totalidad (histórica) de la realidad social y del lugar que se ocupa en ella, ofrece pautas más adecuadas, no solo para la comprensión de la realidad objetiva, sino para la transformación de ella. Por esto mismo, para Lukács, un nivel de conciencia tal no puede surgir espontáneamente sino que debe implicar un cierto grado de deliberación y comprensión por parte de la vanguardia obrera. Si no hay comprensión de la situación objetiva en su totalidad, la realidad se impone, como al empirista los hechos, y no hay subjetividad transformadora sino contemplativa.

Llegado a este punto, es importante remarcar entonces que para el Lukács de los años '20, claramente influenciado por el pensamiento de Lenin, la recuperación de la subjetividad frente al economicismo de la II internacional, no

implica la negación de la supremacía de las fuerzas objetivas materiales que condicionan en conjunto el proceso histórico. En *Lenin* señala claramente:

Los acontecimientos y situaciones que van sucediéndose son, de todos modos, fruto de las fuerzas económicas de la producción capitalista, fuerzas cuya influencia determinante acontece de manera ciega, como sucede con las leyes de la naturaleza. Pero tampoco de manera mecánica y fatalista (2004: 40).

En este período de su pensamiento nunca abandona el materialismo epistemológico que es una piedra fundacional del pensamiento marxista. El rol de la subjetividad se inserta siempre en una relación concreta de lo subjetivo/objetivo que, para el marxismo, puede resumirse en la conocida frase de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*:

Los hombres moldean su propia historia, pero no la hacen libremente, influidos por condiciones que ellos han elegido, sino bajo las circunstancias con que se tropiezan inexorablemente, que están ahí, transmitidas por el pasado (Marx, 1998:13).

Estas circunstancias son el resultado de todo un desarrollo histórico que es preciso develar científicamente para poder actuar en función de una transformación de dichas circunstancias.

Aquí vale la apreciación de Lukács acerca de que, la escisión del movimiento obrero, tiende cada vez más a adoptar la forma de una controversia en torno a la caracterización general de la época. Controversia sobre si ciertos fenómenos económicos (concentración del capital, colonialismo, etc.) son sólo estadios cuantitativamente superiores de la evolución normal del capitalismo o vienen a insinuar, por el contrario, la inminencia de una nueva época del capitalismo (imperialismo). Controversia en torno a si las guerras, cada vez más frecuentes, han de ser consideradas como

algo episódico o bien han de ser consideradas como signos de un período en el que irán desarrollándose guerras cada vez más violentas. En función de una u otra caracterización de las condiciones objetivas es que se derivaran distintos métodos de lucha del proletariado (2004: 48).

La historia y la conciencia de clase

La conciencia revolucionaria se desarrolla entonces a través de la experiencia de una lucha de conjunto, es decir, histórica y no limitada a la discusión del precio de la fuerza de trabajo. La conciencia de clase implica una lucha política contra el Estado y el conjunto de la organización social capitalista. Hay una unidad metodológica entre la idea objetiva de que el capitalismo ya no puede dar ninguna salida positiva a las necesidades más elementales de las masas (derrumbe) y la conciencia revolucionaria.

Este tipo de análisis no puede surgir espontáneamente y en consecuencia Lukács reivindica la idea de Lenin del *¿Qué hacer?* acerca de que la conciencia revolucionaria solo puede ser introducida en los trabajadores desde afuera, es decir, desde las organizaciones de revolucionarios que dan una lucha sistemática por derrotar al capitalismo. Esta tesis de Lenin, muchas veces criticada como elitista, sin embargo está en la génesis misma del marxismo ya que, después de todo, la extracción social de Marx y Engels era no proletaria. La cuestión consiste, en realidad, en explicar por qué es posible un desarrollo teórico como el de Marx y Engels. Lukács señala que los que acusan a Lenin, en realidad, no ven la “interrelación dialéctica entre el ‘desde afuera’ y ‘la clase obrera.’” Ya que “...aunque Marx y Engels provengan de la clase burguesa, el desarrollo de su doctrina es, sin embargo, un producto del desarrollo histórico de la clase obrera.” Y también, agrega, “...de la confluencia en la figura de Marx de lo mejor del pensamiento de la época: la

filosofía alemana, la economía inglesa y la política francesa (Hegel, Ricardo y los historiadores socialistas franceses)” (2000: 82). Una doctrina, que es el resultado de todo un desarrollo histórico de la clase obrera y del pensamiento social de la época pero que, a la vez, se enriquece y prosigue su desarrollo en estrecho contacto con el movimiento obrero real.

Los fundadores de la Primera Internacional pueden introducir su doctrina en el movimiento obrero porque ya existía un movimiento obrero que comenzaba a organizarse y dar batalla contra el capitalismo. Y la doctrina elaborada por Marx y Engels rápidamente reveló toda su realidad cuando comenzó a dar forma y expresión a esas luchas, marcando una perspectiva y un programa como salida: la lucha por el poder y el socialismo. Es importante señalar aquí que, entre las condiciones “objetivas”, siempre hay que considerar la evolución política de la clase obrera; un punto imposible de abordar sin la intervención de la vanguardia organizada como partido. En este punto lo “subjetivo” toma las formas de la acción objetiva y viceversa, ésta última se expresa como voluntad y práctica colectiva de los sujetos.

Por lo tanto, para Lukács, la teoría, el programa, el análisis de las condiciones objetivas y la lucha de clases del proletariado no se desarrollan a lo largo de dos líneas paralelas que sólo se reúnen en un sentido externo; por el contrario, forman una unidad de interacción. Lukács insiste en la idea de Lenin de que la conciencia de clase revolucionaria (socialista) va más allá de la simple confrontación entre obreros y patrones en los lugares de trabajo. “La lucha espontánea del proletariado no se convertirá en verdadera lucha de clases hasta que la lucha del proletariado esté dirigida por una fuerte organización de revolucionarios” (2000: 83). Esto no significa, sin embargo, asignar el liderazgo a los intelectuales que provienen de la burguesía, como tampoco plantear a los intelectuales y a los trabajadores como categorías distintas, como elementos separados. Dentro del partido revolucionario toda dualidad entre intelectuales y obreros, entre

programa y acción, entre teoría y movimiento obrero deben cancelarse y fusionarse en una acción común en función de los intereses de clase y el socialismo.

La comprensión metodológica de esta interacción, entre lo subjetivo y lo objetivo, lleva al marxismo a la conclusión de que la lucha contra el enemigo de clase implica una lucha de conjunto y una comprensión del rol del proletariado en la totalidad social capitalista, y de su evolución política en ella y, por lo tanto, no puede prescindir ni desarrollarse independientemente de la elaboración estratégica y organización que implica la lucha política de partidos.

Conclusión

La importancia para el marxismo de la producción teórica del joven Lukács reside en su capacidad de vincular la teoría con la acción revolucionaria. Lo novedoso de su aporte es que no se limita a los análisis de coyuntura sino que su trabajo se remonta a las raíces filosóficas del marxismo. Comprende a éste no como una teoría más sobre el desarrollo de la sociedad, sino fundamentalmente como un método. Un método que consiste en comprender la realidad para transformarla. Pero esta perspectiva metódica no surge por el simple desarrollo del pensamiento sin más, sino que es el producto, y así lo comprende Lukács, del desarrollo histórico de una clase revolucionaria: el proletariado. Una teoría que plantea la transformación de la realidad y que surge de la necesidad práctica (material) de transformar esa realidad. Y esa necesidad sólo puede ser comprendida desde el punto de vista del proletariado. La dialéctica no es sino la forma en que este proceso real se elabora en el pensamiento. La recuperación de esta esencia metódica para la filosofía marxista es el aporte más significativo de los escritos que componen *Historia y conciencia de clase*. Sin embargo, toda la vitalidad de esta elaboración teórica reside en la capacidad

de Lukács, no sólo de remontarse en función de su análisis a los fundamentos filosóficos del marxismo (la dialéctica y el materialismo), sino en su capacidad de captar las fuerzas elementales del proceso histórico en el que se desenvuelve la lucha del proletariado. En este sentido, su actividad militante (teórica y práctica) se inscribe en las filas del leninismo y los sucesos históricos abiertos por la Revolución de Octubre. Lukács se identifica con esta tradición y en este período desarrolla una actividad consecuente en defensa del marxismo revolucionario, tanto frente a las concepciones del reformismo economicista de la socialdemocracia como al creciente oportunismo que comenzaba a instalarse en las filas del comunismo internacional, luego de la muerte de Lenin (1924), bajo la dirección de Stalin. Su rescate de la acción revolucionaria, a través de la dialéctica y el rol de la subjetividad, estaba dirigido a librar esa lucha dentro de las filas del proletariado internacional. Su comprensión de la catástrofe a la que llevaba el imperialismo, y de la necesidad de la revolución proletaria para acabar con ella, son aspectos esenciales que direccionan el desarrollo teórico tanto de *Historia y conciencia de clase* como de las obras inmediatas que hemos mencionado. He aquí el valor revolucionario de su obra durante este período. El derrotero posterior que se inicia a finales de la década del '20 ya poco tendrá que ver con lo mencionado hasta aquí. Las censuras del estalinismo hacia sus posiciones, las amenazas de expulsión en un contexto de aislamiento de la revolución mundial y ascenso del fascismo harán mella no solo en su actividad política sino también en sus producciones teóricas, obligado a confinarse en la filosofía y la crítica literaria. Las autocríticas posteriores que lleva adelante Lukács (1933 y 1967), sin embargo, no quitan ningún valor a la obra que en este texto rescatamos, no sólo porque fueron realizadas bajo las presiones de la burocracia soviética, sino, porque la producción en cuestión tiene un valor teórico-político en sí misma: por su lógica de análisis, por el contexto histórico en el que tuvo lugar y

por su influencia posterior. Entendemos entonces que estos escritos son de los más relevantes que el marxismo del siglo XX ha aportado a la causa del proletariado internacional.

Bibliografía

- Anderson, Perry (2005) *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. México: Siglo XXI.
- Lenin (1971) *El izquierdismo enfermedad infantil del comunismo*. Buenos Aires: Anteo.
- Lenin (1980) *Obras completas*. México: Ediciones de Cultura Popular/Akal.
- Lukács, Georg (1985) *Historia y conciencia de clase*. España: Sarpe.
- Lukács, Georg (2000) *A Defence of History and Class Consciousness: Tailism and the Dialectic*. London: Verso.
- Lukács, Georg (2004) *Lenin. La coherencia de su pensamiento*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.
- Marx, C. (1998) *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: NEED.
- Sacristán, Manuel (1971) *Sobre el "marxismo ortodoxo" de Gyorgy Lukács*, recuperado en 2017 de <http://archivo.juventudes.org/manuel-sacristan/sobre-el-marxismo-ortodoxo-de-gyorgy-lukacs>

Teoría y lucha política

*Una aproximación a las conclusiones de Víctor
Serge en El año I de la Revolución Rusa*

PABLO GARCÍA

Introducción

Hacia el año 1927, pasados diez años de la Revolución Rusa, no existía aun una obra histórica marxista que estudiara en profundidad los sucesos de Octubre. Si bien se habían publicado diversos textos (folletos y memorias) de aquellos acontecimientos, la mayor parte de lo producido constaba de obras hostiles a los bolcheviques. Sus autores eran los derrotados por la revolución por lo que, a partir de ese momento, pasaban a utilizar la disciplina histórica como un arma contra aquélla.

Durante los últimos años de la década de 1920 y principios de la de 1930 surgieron, por distintos caminos y casi al mismo tiempo, dos de las más importantes obras históricas sobre la revolución; *Historia de la Revolución Rusa*, de León

Trotsky¹, fue escrito entre 1929 y 1932; *El año I de la Revolución Rusa*, de Víctor Serge, fue escrito entre 1925 y 1928 y publicado por primera vez en francés en 1930.

El autor²

Víctor Serge nació en Bruselas, con el nombre de Víctor Kibálchich, el 30 de diciembre de 1890. Sus padres eran rusos emigrados, que debieron escapar de la represión posterior al asesinato del zar Alejandro II. La familia de Serge mantenía vínculos militantes con el agrupamiento “Tierra y Libertad” y lazos familiares con Nikolái Kibálchich (uno de los perpetradores del atentado) militante del agrupamiento “Voluntad del pueblo”.

Estos años iniciales fueron centrales en la formación de Serge quien inició su militancia como agitador libertario. Por sus actividades fue juzgado y encarcelado en 1913 y liberado en 1917 cuando fue detenido nuevamente, hasta 1918, luego de intentar viajar a la Rusia revolucionaria. Cuando llegó, en 1919, apoyó a los bolcheviques, participó en la guerra civil, tuvo contacto con los máximos dirigentes del gobierno. Su conocimiento de varios idiomas le permitió colaborar estrechamente en las actividades de la Internacional Comunista (Comintern), convocado por Grigori Zinoviev, como traductor de textos del ruso al francés.

Además, como comisario a cargo de los archivos de la policía zarista, se encargó de analizar los métodos utilizados por ésta para infiltrarse entre los grupos y partidos revolucionarios y reprimirlos. Producto de estas tareas

¹ *Historia de la Revolución Rusa* fue publicado en inglés en 1933. Para un mejor análisis de este libro, ver: Kane, Guillermo. “La ‘Historia de la Revolución Rusa’ como manual para el historiador”. En: *En defensa del marxismo*, N° 46. Octubre de 2015, pp. 145-163.

² Este apartado está basado en el texto de Susan Weissman *El mundo de Víctor Serge y el nuestro. De Petrogrado a Oremburgo*. Recuperado de <http://www.fundanin.org/weissman.htm>

de investigación escribirá un breve folleto llamado *Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión* (publicado en 1925). Tiempo después se dirigió, como miembro de la Comintern, a Alemania para colaborar en la organización de la insurrección obrera de 1923.

Ganó renombre durante la guerra civil, e incluso durante la rebelión de Kronstadt (a pesar de sus divergencias con el resultado de la represión). Preocupado por la democratización del régimen soviético fue un importante crítico del autoritarismo burocrático que veía en las acciones de la Cheká (con sus detenciones y ejecuciones sin juicio previo) ya en los primeros años del proceso revolucionario. Regresó a Rusia proveniente de Viena recién en 1925, desde donde había mantenido contacto con revolucionarios como Antonio Gramsci y Georg Lukács.

En 1923 Serge se había unido a la Oposición de Izquierda, luego de la publicación del folleto de León Trotsky llamado *El nuevo curso*, llegando a ser, más tarde, vocero de esta posición en Leningrado. La consecuencia de su actividad opositora a la camarilla stalinista fue el inicio de la persecución contra él y todos aquellos que criticaban a la burocracia que, entretanto, se fortalecía ante el fracaso de la revolución internacional y la proclamación del “socialismo en un solo país”.

Serge fue expulsado del partido junto con toda la Oposición de Izquierda en 1927. El motivo particular de la expulsión, en su caso, fue la publicación de una serie de textos donde cuestionó la orientación tomada respecto al proceso revolucionario chino por parte de Stalin. La propuesta del stalinismo de alinear al Partido Comunista Chino detrás del Kuo-min-tang resultó en la masacre de miles de activistas y revolucionarios a manos del partido de Chiang Kai Chek.

Luego de la expulsión, Serge fue arrestado durante un tiempo, hasta que en 1928 (luego de una intensa campaña internacional) fue liberado, pero ya sin la posibilidad de ejercer actividad política alguna. Recuperó algunos de sus

textos, aunque otros (escritos en la cárcel) fueron retenidos por la censura stalinista y desaparecidos para siempre. Fue luego de su liberación cuando, obligado por la situación, su tarea de “historiador de la Revolución de Octubre” (que venía cumpliendo desde 1925 al compás con su lucha contra la burocracia) pasaría a ser de tiempo completo.

El libro

Para el momento en el que Serge escribió esta obra, aún estaban disponibles las publicaciones difundidas por el estado soviético como la revista *Revolución Proletaria*. Ésta contenía importantes documentos y memorias de partícipes de los acontecimientos revolucionarios que fueron una de las materias primas utilizadas por el autor.

Para su análisis, Serge decidió enfocarse en los momentos posteriores a la toma del poder, haciendo una defensa de la revolución y discutiendo con los enemigos de ésta (bien sea con los escritores “burgueses” que la difamaban, tanto como con los burócratas soviéticos que la deformaban en pos de su conveniencia). En *Historia de la Revolución Rusa*, Trotsky estudiaría luego el proceso revolucionario (con sus idas, vueltas y sus grandes nudos) desde febrero hasta la toma del poder, como un complemento cronológicamente anterior a *El año I de la revolución Rusa*.

Si el libro de Trotsky fue una muestra genial de las lecciones históricas sobre las tácticas y las estrategias políticas para concretar la toma del poder, el libro de Serge fue, antes que aquél, una muestra de las enseñanzas necesarias para conservar el poder una vez alcanzado. El autor buscó ilustrar un problema no menor para los revolucionarios; cómo gobernar la revolución.

La orientación de ambos libros, así como su cercanía política y temporal, los llevará a coincidir en ciertos conceptos como el de la “insurrección como un arte”. Sobre la jornada del 25 de octubre Serge afirmaba lo siguiente:

Vemos en ella [la toma del poder] con relieve el elemento racional, concertado, la organización perfecta de la insurrección, concebida como una operación militar que debe conducirse de acuerdo con las reglas del arte de la guerra (Serge, 2006: 63).

Y, más adelante, citaba las memorias de un marino de Kronstadt quien en aquellos días decía:

‘...se realiza todo con tal sencillez y con tal orden, que podría uno creerse en vísperas de una operación militar cualquiera. Esto se parece muy poco a las escenas de la revolución tal cual nos las cuenta la historia’ (...) Esta revolución la realizaba el proletariado como era debido, a su manera: con organización. Por eso triunfó en Petrogrado con tanta facilidad y de una manera tan completa (Serge, 2006: 64).

Si durante décadas los debates centrales al interior de la izquierda giraron en torno de las características de Rusia³ o del carácter que debía tener la revolución⁴, lo que parece preocupar a Serge son los nuevos problemas a los que se enfrentaban los socialistas. Lo que previo a la revolución eran sólo abstracciones, luego de octubre se transformarían en problemas concretos a resolver⁵. Por ejemplo, las formas de resistencia que adoptó la burguesía derrotada para

3 La obra de Lenin *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, de 1899, forma parte de esta discusión.

4 Como por ejemplo en *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* (1905) de Lenin; o en *Resultados y perspectivas* (1906) de Trotsky.

5 El único antecedente que mostraba en parte los problemas que se presentaban a los revolucionarios socialistas luego de la toma del poder era la Comuna de París (1871), pero su corta duración y su limitación a una ciudad hacía de este ejemplo, aunque muy importante para sacar conclusiones, sólo una muestra limitada.

dificultar las acciones del nuevo gobierno soviético. Éstas variaron desde el reparto de alcohol (para quitar la lucidez a los trabajadores y crear una situación caótica en Petrogrado); el boicot de las instituciones (aún en pie) del estado burgués contra el nuevo poder soviético⁶; la destrucción de máquinas o mercancías que realizaban los capitalistas en las fábricas (como *lock out*); así también como en la prensa burguesa utilizando sus publicaciones para difundir propaganda contrarrevolucionaria. En estas acciones, los mencheviques y social-revolucionarios también formaron parte apelando al boicot, allí donde podían, o incluso pasando a formar parte activa de la contrarrevolución, junto a los militares que comenzaban a organizar la lucha armada y el terror contra los bolcheviques.

Serge se propuso dejar en evidencia que la revolución –como acción destructora de lo viejo y creadora de lo nuevo–, se enfrentaba a problemas nunca antes explorados. Escribió acerca del partido, de sus dirigentes, y de aquellos trabajadores que debían ocuparse de gobernar y defender un país destruido por la guerra y amenazado por una clase enemiga que conspiraba contra ellos. Se centró en la dura lucha revolucionaria contra el peligro de inminentes ataques militares externos y de la contrarrevolución latente en el interior. Esta era la situación concreta en la que actuaban los protagonistas de su historia, quienes a partir de aquí debían construir una sociedad socialista “bajo circunstancias no elegidas por ellos” al decir de Marx en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*.

El texto de Serge, con cierta maestría, expuso los debates al interior del gobierno soviético y el contexto en el que se dieron. La posición adoptada por parte del gobierno frente a Alemania en las negociaciones de paz de Brest Litovsk, son un ejemplo. Cuestión nada sencilla de resolver si tenemos en cuenta las penurias por las que pasaban

⁶ Por ejemplo, los empleados públicos se negaban a trabajar o destruían archivos que dificultaban el funcionamiento de la administración revolucionaria.

los rusos y las ansias de paz de obreros, campesinos y soldados. No eran meras cuestiones teóricas, sino problemas fundamentales con consecuencias graves cualesquiera fuera la moción que se impusiera. La cuestión de Brest Litovsk era discutida por el nuevo poder soviético bajo la permanente amenaza de invasión de la aún poderosa Alemania. Su importancia tenía que ver con la supervivencia misma de Rusia, así como también con la posibilidad, anhelada, del estallido de la revolución en Occidente.

Por otro lado, *El año I de la revolución rusa*, también se refirió a la cuestión del “terror rojo” (no ejercido en un principio por los revolucionarios, pero posteriormente inevitable ante el accionar desatado por los ejércitos contrarrevolucionarios). En una descripción de la actitud indulgente de los revolucionarios ante los militares derrotados en los primeros momentos de la revolución, queda clara cuál era la situación:

‘Los oficiales podrán conservar las armas que corresponden a sus grados (...) El CMR garantiza la libertad y la inviolabilidad de todos’. Tales fueron las cláusulas principales del tratado firmado entre blancos y rojos. Los combatientes de la contrarrevolución, los autores de los fusilamientos del Kremlin, que, de haber triunfado, no habrían dado cuartel a los rojos –tenemos pruebas de ello–, quedaban libres.

¶Nefasta clemencia! Aquellos Junkers, aquellos oficiales, aquellos estudiantes, aquellos socialistas de contrarrevolución iban a dispersarse por la inmensidad de Rusia para organizar en todas partes la guerra civil (Serge, 2006: 74-75).

Un apartado notable del libro es el que se refiere al caso de Finlandia y el terror blanco. Un caso en el cual la represión contrarrevolucionaria se cargó la vida de alrededor de cien mil personas, aproximadamente un cuarto del proletariado finlandés (págs. 214-215). Serge, de tal experiencia, sacó algunas conclusiones teóricas:

Las clases poseedoras victoriosas saben muy bien que no son capaces de conservar su dominio, después de una batalla social, más que derramando sangre de la clase obrera para debilitarla durante decenas de años. Y como se trata de una clase mucho más numerosa que las clases ricas, 'es forzoso' que el número de víctimas sea muy elevado.

En resumidas cuentas, el objetivo racional del terror blanco no es otro que el exterminio total de todos los elementos avanzados y conscientes del proletariado. Mirando así el problema, una revolución vencida costará siempre –cualesquiera que sean sus tendencias– mucho más caro al proletariado que una revolución victoriosa, por muy grandes que sean los sacrificios y los rigores que ésta exija (Serge, 2006: 218).

Hay que reconocer la claridad del análisis de Serge. En su libro destaca las lecciones del proceso ruso sobre la reacción de la burguesía frente a la revolución en momentos, segunda mitad de la década de 1920, en los que esa reacción se encontraba en marcha en la Unión Soviética, derramaba sangre obrera en la Italia fascista, y lo haría poco después en Alemania con el exterminio masivo de comunistas en campos de concentración. Gran parte de las catástrofes del siglo XX tienen que ver con esta advertencia de Serge, es decir, el enorme precio que pagó la humanidad frente a las revoluciones derrotadas o traicionadas.

La situación internacional

Aunque la posición sobre la necesidad histórica de la revolución internacional, es decir de la imposibilidad de limitar al espacio nacional una revolución obrera, venía desarrollándose entre los comunistas desde hacía al menos setenta años dicho planteo terminó de madurar con la revolución rusa.

La situación interna de Rusia era penosa; desmembramiento territorial, hambre generalizada (en gran parte por la pérdida de territorios productores de cereales), la

potencial rebelión campesina por las requisas de su producción. Para los bolcheviques la necesidad de la revolución en Europa era imperiosa.

Desde el principio Serge intentó mostrar una visión panorámica de la revolución, yendo de una región a otra en sus análisis, comparando las acciones de las clases, el papel de las potencias extranjeras en la formación de ejércitos contrarrevolucionarios y a los bolcheviques organizando la defensa a toda costa. Los triunfos y derrotas se suceden en *El año I*, mostrando la tensión que atraviesa la revolución y sus dirigentes.

El pronóstico bolchevique sobre la revolución internacional no era errado. Pronto surgieron crisis revolucionarias que sacudieron toda Europa. Inglaterra, Francia, Italia, Austria, Hungría, e incluso la revolución alemana de 1919. Serge (en un capítulo dedicado al tema) buscó mostrar en qué condiciones se encontraba Alemania para poder obtener conclusiones acerca de la derrota de esta revolución. Aunque la clase obrera era fuerte y estaba dispuesta al cambio revolucionario –influida en gran parte por la Rusia Soviética–, por otro lado la socialdemocracia gobernante era partidaria del orden, por lo que sostuvo sus alianzas con la burguesía en contra de la revolución. El único grupo revolucionario de la izquierda alemana, la Liga Espartaquista, no contaba con tiempo suficiente de desarrollo entre las masas y se veía obligado a intervenir contra la dirección del partido en medio de la guerra y de su consecuente crisis económica.

Una serie de provocaciones, por parte del gobierno socialdemócrata, tuvo como consecuencia una insurrección obrera que el gobierno aprovechó para reprimir fuertemente. Serge comparó estos sucesos con las jornadas de julio de 1917 en Petrogrado, cuando los bolcheviques resistiendo a las presiones de las masas rechazaron presentar a Kerensky una batalla prematura. Aunque, en el caso alemán, el resultado fue muy diferente:

La inexperiencia de los mejores jefes del proletariado convertíase aquí en una de las causas esenciales de la derrota; Liebknecht desataba antes de tiempo, sin contar con un partido, una insurrección que no tenía medios de dirigir. (...) El Partido Comunista era demasiado joven, demasiado inexperto, sin cuadros, sin comité central capaz de una iniciativa audaz. Las masas obreras pedían lucha pero estaban demasiado apegadas todavía a las tradiciones de la disciplina socialdemócrata para suplir con su propia iniciativa la falta de jefes y de partido. La legítima impaciencia y el gran valor personal de Liebknecht, que temió dejar pasar la hora de la acción. Rosa, clarividente, pero impotente. Así es como se engranaron las causas inmediatas de la derrota (Serge, 2006: 412-413).

El año I de la revolución rusa analiza los acontecimientos de manera holística y atendiendo en su movimiento permanente y en sus contradicciones.

Lucha teórica, lucha política

Como ya dijimos, *El año I de la Revolución Rusa* fue escrito durante el período de ascenso y consolidación del estalinismo en la URSS. Durante estos años (de intenso debate político al interior de la Internacional Comunista) se discutían cuestiones como; el sistema agrícola, la democracia en el partido, o la Revolución China. Cada uno de los planteos dividía las aguas –cada vez más– entre los comunistas, en un contexto donde los debates daban paso a la definición de los problemas por la fuerza. Las memorias de Serge acerca de estos años muestran el clima en el que se encontraba la revolución:

...el Termidor soviético se cumple en noviembre de 1927, en los días aniversarios de la toma del poder. En diez años, la revolución agotada se ha vuelto contra sí misma. El 7 de noviembre de 1917 Trotsky, presidente del Soviet de Petrogrado, dirigía la insurrección victoriosa. Aquel 2 de

noviembre de 1927, el Pravda publica la reseña de su último discurso pronunciado en octubre en el CC entre clamores. Mientras hablaba en la tribuna, rodeado de hombres que le hacían una valla (...) lo abrumaban de ultrajes taquigrafiados: ‘¡Menchevique! ¡Traidor! ¡Pillo! ¡Liberal! ¡Mentiroso! ¡Canalla! ¡Despreciable hablador! ¡Renegado! ¡Infame!’ Iaroslavsky le lanza a la cabeza un grueso libro. (...) La insoportable voz sarcástica de Trotsky dice marcando las sílabas: ‘Vuestros libros no pueden ya leerse, pero todavía pueden servir para golpear a la gente...’ ‘El orador: detrás de los burócratas está la burguesía renaciente... (Ruido. Gritos): ¡Basta! Voroshilov: ¡Basta! ¡Vergüenza! (Silbidos. Tumulto. No se oye ya al orador. El presidente agita la campanilla. Silbidos. Gritos): ¡Bájenlo de la tribuna! (El camarada Trotsky sigue leyendo, pero ya no se distingue una sola palabra. Los miembros del CC empiezan a dispersarse) (Serge, 2002: 229).

Es una muestra del clima de persecución desatado por la burocracia gobernante, que en adelante –acusando de “trotskista” a cualquiera que la cuestionara-, ejercería la represión, el encarcelamiento y las deportaciones a lugares remotos de la URSS, como le ocurriría al mismo Serge tiempo después.

Pierre Broué también hará referencia a este período al analizar la expulsión de la “Oposición” en diciembre de 1927 durante el curso del XV Congreso del PCUS:

El objetivo de los primeros arrestos, en 1927, y más tarde, del comienzo de las deportaciones en masa de 1928 era el de quebrar a la Oposición como organización, privándola de todos sus dirigentes y cuadros. En las semanas y los meses siguientes, las olas de arrestos, las penas de prisión y de exilio que afectaban cada vez más a muchas centenas de militantes, perseguían el mismo objetivo, con el cuidado suplementario de extirpar, allí donde se manifestaran todavía, los focos de la Oposición (Broué, 2011: 17).

Broué afirma que, una vez fuera del partido, los opositores se dividían entre los que seguían actuando en la ilegalidad y aquellos que actuaban abiertamente, aunque en la lejanía de las colonias de deportados. De estos últimos Broué nos dice:

Una discusión apasionante comenzó entre los exiliados: esos hombres que pertenecían a todos los 'ámbitos' del Partido y del Estado soviético y que, algunos meses antes, ejercían todavía altas responsabilidades, pasaron entonces a disponer de un poco de tiempo para meditar sobre la experiencia de los años anteriores, retomar trabajos teóricos, rever los documentos del Partido y de la Internacional, desarrollar entre ellos una suerte de discusión en cadena (Broué, 2011: 18).

En consonancia con estas afirmaciones Serge, en su autobiografía, afirma que hasta el año 1928 estuvo encarcelado, y luego de un grave problema de salud que lo tuvo al borde de la muerte, decidió dedicarse a la escritura. En un contexto de represión, de capitulaciones de varios dirigentes de la Oposición de Izquierda, con la posibilidad nula de actuar políticamente, Serge adoptó la lucha intelectual y esta batalla sería dada (al igual que Trotsky) en el campo de la historia. Vemos así como Serge se encontraba entonces en la situación descrita por Broué y que su libro, *El año I de la Revolución Rusa*, es una obra nacida de la derrota. Sin embargo, a diferencia de los exiliados hostiles a la revolución que habían decidido el desarrollo teórico para combatirla, Serge la reivindicaba y buscaba defenderla.

Esta lucha puede verse en un aspecto clave, el de los dirigentes que organizaron la toma del poder en octubre. La polémica contra la burocracia, aunque no de una manera directa, es mostrada aquí a través de la composición del perfil de aquellos dirigentes cuya historia, diez años después, estaba completamente falsificada por el stalinismo. La figura de Lenin es un ejemplo de ello.

Cada vez que Serge hablaba de Lenin en su libro lo mostraba como un enemigo de la burocratización y de las discusiones formales, como un defensor acérrimo de la iniciativa de las masas y del análisis de problemas concretos. Aquellas masas que Lenin había buscado dirigir a partir de la persuasión y la concientización, para el momento de la escritura de *El año I...* estaban completamente relegadas a un segundo plano de la vida política de la URSS.

Para Serge, Lenin era el de *El Estado y la revolución*, el que buscaba a partir de una aguda reflexión desarrollar los instrumentos teóricos para alcanzar los objetivos revolucionarios, siempre teniendo en cuenta la realidad en la que actuaba y la discusión franca. Por eso, en todos los aspectos en los que aparece citado, el rasgo característico era la discusión a fondo. Los más variados problemas eran abordados llamando la atención acerca de que sería la iniciativa de las masas (basada en su acción consciente) la que permitiría el triunfo de la revolución. Todo esto sin acudir a fórmulas preestablecidas porque, como destacaba Serge, los principales problemas de la revolución según Lenin no se resolverían “desde arriba”, firmando decretos en un papel, sino movilizandolos a los trabajadores. “Su prestigio de fundador del partido y de guía de la revolución es inmenso; sin embargo, dentro del partido que él ha formado nadie teme contradecirle, y eso le satisface” (Serge, 2006: 298).

Serge también presentó en su obra un perfil de Trotsky en el que era equiparado a Lenin en una relación de la misma calidad que la que habían tenido en su tiempo Marx y Engels (p. 298). Afirmaba que Trotsky era el “organizador principal de la insurrección de octubre”, el “defensor de la República de los Soviets” y quien “Hace la guerra, forja la espada, carga sobre sí la responsabilidad de todos los frentes. Encarna, en su forma más elevada, la resolución de vivir de la revolución” (Serge, 2006: 300).

El tenor de importancia de la lucha historiográfica como lucha política se puede medir a partir del hecho de que el mismo Stalin, con una carta enviada en 1931 a la

revista *Proletárskaia Revolutsia* (Revolución proletaria), presionaría a los historiadores de la revolución para frenar aquellas publicaciones que se alejaran de los análisis que no convinieran a la posición de la camarilla gobernante. De hecho, uno de los planos en los que Trotsky sería difamado por el régimen de Stalin sería, justamente, el historiográfico.

Trotsky ya había, años antes, iniciado una polémica cuando enviara en octubre de 1927 una carta⁷ al Instituto Histórico del Partido y la Revolución (Istpart). En la misma acusaba, a diez años de los sucesos de octubre, al gobierno soviético de "...falsificación de la historia de la insurrección de octubre, de la revolución proletaria y de la historia del partido." (Trotsky, 1929). En dicha carta, Trotsky realizó un recuento basado en fuentes sólidas acerca de su papel en diferentes aspectos de la revolución, y deformados posteriormente por la camarilla gobernante. Será apenas un esbozo de la discusión histórica como forma de lucha política. Se expresará finalmente, de manera acabada, con las publicaciones de *Historia de la Revolución Rusa*, o *El año I*, de Serge.

De conjunto, tanto *El año I de la Revolución Rusa* de Serge, como *Historia de la Revolución Rusa* de Trotsky, forman parte del *corpus* teórico que afianzó (y continúa haciéndolo) la lucha política contra la burocratización. Es lo que las convierte en verdaderas obras marxistas inscriptas en la tradición de otras que, alejadas del mero interés académico, fueron escritas como manifiestos de la lucha política del socialismo, y que van desde el *Manifiesto del Partido Comunista*, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* o *La Guerra Civil en Francia*, de Marx (y Engels según el caso); *El Imperialismo, etapa superior del capitalismo*, de Lenin; hasta *Resultados y perspectivas, 1905 y Lecciones de octubre*, del propio Trotsky.

⁷ Esta carta será publicada posteriormente en un libro llamado *La revolution defiguree* (La revolución desfigurada). Editado por primera vez en París, en 1929, por la editorial Rieder.

En todos los casos, la producción científica de los revolucionarios tuvo como objetivo el esclarecimiento de ideas como base para la acción política de su tiempo.

Conclusión: Lecciones de octubre

Víctor Serge había escrito una continuación al libro de marras cuyo nombre sería *El año II de la Revolución Rusa*. Pero producto de la persecución del gobierno de Stalin, de las deportaciones, de las cárceles por las que desfilaría hasta 1936, ésta fue una de las varias obras confiscadas que nunca se pudieron recuperar⁸. No obstante esa pérdida, *El año I de la revolución Rusa* contiene un gran arsenal de lecciones.

Una de las más importantes es, sin duda, la cuestión del partido y su dirigencia. Serge logró mostrar que el partido revolucionario es el principal elemento para el triunfo en la lucha por el poder. Existían en la obra otras muchas lecciones a tener en cuenta. Allí donde no había un partido suficientemente organizado (o donde el partido existente tenía una política de conciliación de clases) la revolución concluía con un costo mucho mayor o directamente en la derrota –como lo expresa para la revolución alemana de 1919-. Donde la insurrección no era organizada de forma adecuada, ésta terminaba en enormes derramamientos de sangre –como la insurrección de Moscú en 1917-. En los casos donde, aun consiguiendo el triunfo, no se desarmaba a la burguesía o se era indulgente con los contrarrevolucionarios, estos reaccionarían realizando enormes matanzas apenas tuvieran la oportunidad –como la revolución en Finlandia de 1918-. En el partido bolchevique, aún con los errores cometidos, la dirección logró cumplir los requisitos

⁸ Sus otras obras confiscadas son *Hombres perdidos*, novela sobre el movimiento anarquista francés; *El tormento*, sobre el comunismo de guerra; y un libro de poemas. Ver en Weissman, Susan. *op. cit.*

más importantes para garantizar el triunfo y, en esa dirección, el papel principal fue ocupado por Lenin. En una síntesis sobre esta cuestión Serge decía:

El partido desempeña en este momento, dentro de la clase obrera, las funciones de cerebro y de sistema nervioso; ve, siente, sabe, piensa, quiere para y por las masas; su conciencia y su organización suplen la debilidad de los individuos dentro de la masa. Sin él, no sería ésta más que un polvillo de hombres con aspiraciones confusas, surcadas por destellos de inteligencia –que se perderían por falta de un mecanismo conductor y que no podrían llegar hasta la acción en gran escala-, pero de sufrimientos imperiosos... Por su agitación y su propaganda incesantes, porque decía siempre la verdad desnuda, eleva el partido a los trabajadores por encima de su estrecho horizonte individual y les descubre las vastas perspectivas de la historia. En él se concentran todas las cargas, en él se concentran todas las fuerzas (Serge, 2006: 439).

Esta brillante explicación de la importancia del partido coincide plenamente con la que da Trotsky en las primeras páginas de su *Historia de la Revolución Rusa*⁹. No es casual, ambos están intentando rescatar al Partido de lo que Stalin y la burocracia lo habían convertido para el momento que ellos escribían.

La revolución que mostró Serge es una revolución viva, que recorría caminos nunca transitados, que no tenía garantizado el éxito. Una revolución en la que los revolucionarios no actuaban a su antojo, a pesar de tener elaborados programas de acción que los guiaban, sino que hacían lo que podían frente a las circunstancias y frente al accionar de la clase enemiga. En ese marco de la revolución que Serge elaboró en el libro se puede ver al partido revolucionario, y a su dirección, actuando fusionados con las masas. No

⁹ En el prólogo de su libro Trotsky señaló, “Sin una organización dirigente, la energía de las masas se disiparía, como se disipa el vapor no contenido en una caldera. Pero sea como fuere, lo que impulsa el movimiento no es la caldera ni el pistón, sino el vapor.” (1985: 26)

hay mayor denuncia a Stalin en el poder que la historia de la revolución de 1917, con las masas adueñándose de sus destinos, discutiendo y luchando codo a codo junto a los dirigentes. El libro de Serge era una bomba que quebraba y desmoronaba las falsificaciones del Estado que, en 1930, ahogaba cualquier iniciativa de los trabajadores y cualquier crítica o discusión al interior del Partido que llevó la revolución a la victoria en octubre de 1917.

Bibliografía

- Broué, Pierre (2011) *Los trotskistas en la URSS (1929-1938). Cuadernos del CEIP N°15*. Recuperado en 2017 de, <http://www.ceipleontrotsky.org/Cuadernos-15-Los-trotskyistas-contr-Stalin>
- Marx, Carlos [1852] (1998) *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: NEED.
- Serge, Víctor (2002) *Memorias de mundos desaparecidos*. México: Siglo XXI.
- Serge, Víctor (2006) *El año I de la Revolución Rusa*. México: Siglo XXI.
- Trotsky, León [1929] *La revolución desfigurada*. Recuperado en diciembre de 2016 de <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/revdes/index.htm>
- Trotsky, León (1985) *Historia de la revolución rusa*. Madrid: Sarpe.
- Weissman, Susan C [1988] *De Petrogrado a Oremburgo: El mundo de Víctor Serge y el nuestro*. Recuperado en 2017, de <http://www.vientosur.info/documentos/Serge.pdf>

La Historia de la Revolución Rusa de Trotsky como manual para el historiador

GUILLERMO KANE

Introducción

El objetivo de este trabajo es explicitar los alcances de la *Historia de la Revolución Rusa*, de León Trotsky, como hito historiográfico. O sea, como modelo metodológico y teórico para una forma de hacer historia, utilizando el método científico del marxismo. La apelación a las herramientas del marxismo para examinar un hecho histórico no agota en sí mismo la forma concreta de hacer historia. El marxismo debe traducirse en criterios metodológicos específicos para aproximarse al análisis de los hechos. Antes de Trotsky, pero sobre todo después, ha habido infinidad de historiadores que han colocado sus obras bajo la bandera del marxismo, pero con aproximaciones disímiles y, en muchos casos, menos satisfactorias que la de Trotsky, frente a los problemas críticos de la historia como disciplina científica.

Esta obra constituye una forma original de encarar su objeto de estudio, que es importante poder desmenuzar para que sirva como punto de partida de una historia como ciencia de la sociedad contemporánea y de sus convulsiones sociales. Sería imposible separar a la *Historia de la Revolución Rusa* como estudio científico de las condiciones de su aparición, del significado histórico de la Revolución

de Octubre y del rol de su autor en la revolución de 1917 y en la historia revolucionaria posterior. El hecho de que su autor sea uno de los dirigentes históricos de la revolución rusa, desterrado por la casta burocrática que, dirigida por José Stalin, se hace del poder en la Unión Soviética, y sometido a una campaña de calumnias que se completaba en el terreno histórico con una falsificación sistemática de los hechos¹, obviamente hace de esta obra un elemento de disputa y lucha política sobre el registro verídico de los hechos, así como de su análisis y valoración. Esta disputa era mantenida por Trotsky en dos frentes, tanto con los políticos y académicos de las clases sociales que dominaron Rusia antes de la revolución de octubre, como con la burocracia que se había instalado después en el poder y lo estaba sometiendo al exilio y la persecución.

Sin embargo, lejos está la *Historia de la Revolución Rusa* de constituir un panfleto de reivindicación individual de Trotsky para salvar su buen honor. Un autor hostil a la perspectiva bolchevique como Robert D. Warth, un importante especialista en historia rusa en las universidades de Estados Unidos durante la etapa de la guerra fría, opuesto a los análisis de Trotsky e incluso a la concepción de que la historia pueda ser considerada genuinamente una ciencia, calificó a “la contribución de Trotsky a la historiografía de la Revolución (Rusa) como una obra maestra literaria” (Warth, 1967: 254), y “una obra que probablemente se mantenga como un clásico de la historia literaria”, que “combina la hábil propaganda política con la historia de primer nivel” (Warth, 1948: 41, 34)².

¹ Como escrito más específico de polémica con las versiones de la academia estalinista de la revolución de octubre, ver Trotsky (1929).

² La hostilidad de Warth hacia Trotsky es explícita en este texto, donde considera que era un “revolucionario frustrado”, con un “odio casi paranoico hacia Stalin”, que dedicaba sus escritos a “ataques directos o indirectos a la Unión Soviética”.

Cabe preguntarse si un protagonista directo -además tan central a los hechos en cuestión, presidente del Soviet de Petrogrado en el momento de la toma del poder, luego comisario de Guerra al frente del Ejército Rojo- podría realizar una obra histórica válida, no como fuente sino como análisis. En los textos citados, Warth, historiador crítico de la obra, reconoce que Trotsky ha evitado transformar el libro en unas memorias que generalicen sus experiencias, “ostensiblemente relegando su propio rol protagónico en la revolución, al punto de que se vuelve una clara propensión en el sentido contrario” (Warth, 1948: 35).

La historia como ciencia de la sociedad moderna

Desde el prólogo de la *Historia de la Revolución Rusa*, Trotsky hace explícita la pretensión de objetividad científica de la obra y los términos en que la entiende. Aclara que trabajará investigando fuentes y no desde la memoria directa³, y que su posición política, “en función de historiador, sigue adoptando el mismo punto de vista que en función de militante ante los acontecimientos que relata” (Trotsky, 1997a: 10). Distingue la diferencia entre hacer historia desde su posición política revolucionaria y hacer una apología de su posición. Rechaza como valor la “imparcialidad” histórica en boga entre los historiadores tradicionales de las instituciones burguesas y propone juzgar la elaboración histórica por su capacidad para explicar “por qué las cosas se sucedieron de ese modo y no de otro (...) su misión consiste precisamente en sacar a la luz (las) leyes (que gobiernan los sucesos históricos)” (Trotsky, 1997: 10). Este punto de

³ Trotsky hace explícito en varios puntos cuál es el cuerpo de fuentes con el que ha trabajado y las referencias a las fuentes particulares son frecuentes en la *Historia de la Revolución Rusa*. Sin embargo, la lectura del texto, sobre todo para el lector no académico, ha sido mejorada significativamente por su opción de evitar un aparato erudito al estilo académico tradicional.

partida se define por oposición directa al historicismo clásico de Leopold von Ranke y sus continuadores, que instalaron a la historia como un contenido científico aceptado y requerido por los ámbitos académicos y estatales, rechazando adoptar posiciones políticas o filosóficas abiertas que “condicionaran” su investigación de fuentes documentales (Iggers, 1995: 27). Esta supuesta imparcialidad mal puede esconder la defensa de la sociedad de clases que conlleva la visión positivista del Estado como organismo de desarrollo social necesario, como la forma de verdadera historia de la sociedad humana, teniendo como único modelo a Europa, y como valores los de la burguesía que constituyó allí el capitalismo (Iggers, 1995: 28-29).

Posiciones similares podrían atribuirse al naturalismo positivista. Hippolyte Taine plantea, en su obra clásica *Los Orígenes de Francia*, que “el historiador debe conducirse como naturalista (...) como ante la metamorfosis de un insecto” y considera que la caída del Antiguo Régimen en Francia consistió en que “la multitud sublevada rechaza a sus conductores naturales (...) cuando el pueblo prefiere los enemigos de la ley a los defensores de ella, la sociedad se descompone” (Taine, 1910: 6, 520, 523). Se podrían citar infinitas muestras del carácter reaccionario de la ideología de los historiadores burgueses que se pretendieron y se pretenden imparciales. Trotsky rechaza expresamente la tendencia de historiadores como Taine a estudiar los grandes movimientos populares excluyendo sistemáticamente las posiciones de estos mismos de las posibilidades de análisis (Trotsky, 1997a: 157).

La reivindicación de Trotsky de la necesidad de que la historia estudie el proceso social en su conjunto y pueda sacar conclusiones sobre regularidades y leyes choca con los límites que se han impuesto otras corrientes historiográficas. La búsqueda de formular las leyes de nuestra sociedad supera completamente al historicismo clásico, que se limitaba a considerar la tarea científica como la posibilidad de

conocer la veracidad de sucesos pasados que no se presentaban directamente mediante el análisis y crítica de fuentes documentales⁴.

La preocupación por trascender lo específico del episodio que se está estudiando e indagar el alcance general que pueda tener un hecho universal por definición como es una revolución, diferencia a Trotsky también de aquéllos que sucesivamente han ido cuestionando el carácter científico de la ciencia, la posibilidad de definir leyes, aunque sea aproximadas, que gobiernen la historia. Estas posiciones, cargadas de lo que Pablo Heller (1999) ha llamado con mucha precisión “oscurantismo posmoderno”, dominaron por largos años la disciplina histórica, bajo la forma de “giro lingüístico”, reduciendo la historia al relato literario o el análisis de discursos, planteando que la realidad histórica era absolutamente relativa y, por ende, intangible. Este movimiento anticientífico dio lugar al predominio de micro-historias, donde predomina lo estrechamente local o el estudio de caso aislado, y las historias culturales, dominadas por los intentos de observación antropológica o cultural⁵.

La obra que estamos examinando, siendo bastante extensa, con sus 800 a 1.000 páginas según su edición, concentra su desarrollo en el examen detallado de los ocho meses que transcurren de febrero a octubre de 1917, sobre todo en Petrogrado. A pesar de diferir entonces de tratados históricos clásicos mucho más abarcadores (historias universales, de las naciones o los pueblos, etcétera), esta obra está muy lejos de la llamada microhistoria, de un estudio específico de sucesos locales, de estudios de caso que puedan ser abarcados extensivamente, saturando de fuentes una pequeña parcela (de tiempo, población o territorio) de

4 Langlois (1913) es uno de los clásicos de la crítica de fuentes como razón de ser de la disciplina histórica, en tanto forma indirecta de conocer hechos pasados.

5 Ver Iggers (1995: 84-105), sobre la influencia del posmodernismo en las tendencias históricas de la última parte del siglo XX.

la historia. La amplitud de la obra se la da el hecho de hacer un análisis sistemático de uno de los grandes episodios de la historia universal, y en particular, el estudio de la dinámica de la acción política de las masas en el curso de la revolución.

Una historia para la época de la revolución proletaria

La singularidad de la Revolución Rusa de 1917 es que marca el pasaje de la época de la revolución burguesa a la de la revolución proletaria, después de importantísimos ensayos generales de revueltas obreras contra la burguesía, como en Francia en junio de 1848, y de embriones de gobiernos obreros, como la Comuna de París en 1871 y los soviets en la Revolución Rusa de 1905. La impronta de la clase obrera como protagonista central de los hechos históricos invalida la forma dominante de hacer historia, llamada “historia política” por ocuparse, casi excluyentemente, de los gobernantes y las instituciones de Estado; es decir, una historia del gobierno de las clases dominantes. La historia de las grandes personalidades y próceres, colocados por encima del pueblo explotado, no podía dar cuenta de la rebelión subterránea que había barrido a todos aquéllos de la escena.

Trotsky parte de la especificidad de las revoluciones como hecho histórico, “la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos” (Trotsky, 1997a: 7). Las acciones y hechos relativos a las masas oprimidas, mucho menos documentadas que las de las clases ilustradas, requieren otros métodos de investigación y otras fuentes. Para poder estudiar la “irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos”, Trotsky considera clave poder estudiar la psicología y la conciencia de las masas, de manera que se pueda sondear la contradicción entre la constante histórica que tiende a empujar a las clases explotadas a sostener las instituciones existentes y las

condiciones excepcionales (situaciones revolucionarias) en las cuales la ruptura con las instituciones existentes pone en pie un movimiento que va sometiendo a prueba, por aproximaciones sucesivas, los programas y organizaciones que se candidatean como salida a la crisis social⁶. Trotsky plantea el objetivo de comprender a los partidos y dirigentes en función de su relación con las masas. La actividad de las masas no depende de la existencia de las organizaciones políticas, pero sin éstas, esa energía se disipa, “cual vapor sin ser contenido en una caldera”, según la metáfora que emplea Trotsky (1997a: 9).

Una historia política para las masas insurreccionales

De modo que, si bien la historia de Trotsky rompe con la historia tradicional -en tanto historia de las individualidades sobresalientes del campo estatal- es, sin duda, una historia profundamente política. “Hemos aspirado en estas páginas a demostrar cómo actuaron las fuerzas sociales de Rusia sobre los acontecimientos de la revolución. Hemos seguido la actuación de los partidos políticos en relación con las clases.” La dinámica de la revolución se resume en cómo “antes de que el proletariado subiera al poder, la vida se encargó de someter a prueba y desechar por inservibles todas las demás variantes del proceso político” (Trotsky, 1997a: 121). Bien entendido el planteo, la preocupación de

⁶ Trotsky le da un carácter de ley histórica general a la afirmación de que, fuera de la excepcionalidad de las situaciones revolucionarias, prima en las masas un carácter conservador. Esto lo relaciona no sólo con el carácter de irrupción violenta que toma la acción de las masas una vez que se produce el quiebre, sino con el peso de la ideología de la clase dominante en los propios obreros y demás explotados (la versión clásica de este problema puede leerse en *La ideología alemana*, texto de Karl Marx y Friedrich Engels, de 1846) y con la necesidad de un partido revolucionario que pueda preparar políticamente la ruptura de esas masas en situaciones revolucionarias, pero que actúa *a priori* en minoría, como vanguardia (para este tema, entre otros, es esencial el *¿Qué Hacer?* de Lenin).

Trotsky es cómo se ligan los programas y los partidos a la conciencia de la clase. O sea, cuál es la dinámica con que se integran las condiciones objetivas y subjetivas para que las masas decidan emprender una lucha revolucionaria. Una historia despolitizada, que minimice o se abstraiga de la intervención partidaria, sólo sirve para negar el protagonismo colectivo. Sin el análisis de la conciencia política que permite a las masas transformar su actividad en protagonismo directo, la historia se reduce a individualismo idealista (ciertas personalidades son capaces de producir la historia a su arbitrio) o mecanicismo determinista (los procesos históricos son sólo objetivos, sin que los hombres puedan incidir en ellos).

En ese sentido, el eje del estudio es la ligazón entre las condiciones objetivas que quiebran la tendencia general al sostenimiento del régimen y el metabolismo de organización política que esa masa se da mediante lucha de tendencias, selección de dirigentes, programas, acciones y organizaciones. Esto es la antítesis del idealismo individualista de los grandes hombres que hacen la historia, pero también es un inmenso contraste con el determinismo mecanicista que muchos intentan identificar con el marxismo. El estalinismo, por ejemplo, tenía una concepción de determinismo mecánica, con sus modelos de evolución social por etapas prefijadas e invariables, y sus mitos de partidos monolíticos y dirigentes infalibles.

En la *Historia de la Revolución Rusa* tenemos una historia marxista que centra gran parte de su análisis en el desarrollo del factor subjetivo -o sea, político-, del pasaje de la clase obrera de “conciencia de clase en sí” a “conciencia de clase para sí”. Este avance equivale a la ruptura con la ideología de la clase opresora y el pasaje a una oposición revolucionaria frente a ella, desarrollando una comprensión colectiva de la relación entre su opresión económica y el sistema político imperante. Esta forma de consideración del problema subjetivo de la clase obrera coloca el problema en términos de las potencialidades revolucionarias que ésta contiene.

Historiadores que se reivindicaron marxistas, posteriores a Trotsky, como el británico E. P. Thompson (1989), han pretendido reponer el análisis subjetivo que el stalinismo había archivado, pero sobre la base de rechazar la existencia de objetivos históricos revolucionarios que se desprendan de la situación objetiva de la clase obrera. Esta revisión del marxismo borronea los elementos contradictorios del sometimiento de los obreros a las variantes políticas del sistema bajo el capitalismo y naturaliza el arraigo de la ideología burguesa en la clase obrera como resultado histórico concreto de la “experiencia de la clase obrera”.

La idea de que las fuerzas motrices de la sociedad se imponen por encima de la acción subjetiva y la conciencia de los protagonistas es compartida también por la escuela histórica de los *Annales*, una recomposición de la historia burguesa como una historia social y cultural no marxista, que pretendió competir con la potencia explicativa del marxismo y logró gran predicamento académico e institucional. Aunque existen diversas influencias y líneas de trabajo en las distintas vertientes de *Annales* a lo largo de varias décadas, las une, entre otras características, el hecho de que “se niega el concepto idealista de la personalidad, del individuo que era fundamental para toda la concepción de la burguesía culta del siglo XIX”. La prescindencia de temas históricos en los cuales los historiadores tuvieran que enfrentar el problema de las individualidades los va llevando a concentrar sus estudios en lo que Ferdinand Braudel llamó el tiempo de espacio geográfico (*la longue durée*) o el tiempo lento de las estructuras sociales (*conjonctures*) que predominaron por sobre lo que llamó el tiempo rápido de los acontecimientos políticos. O sea que los procesos de transformación, lucha, divergencias y movilizaciones quedan subsumidos en estudios que se concentran preferentemente en normas, costumbres y religión, o en la construcción de modelos cuantitativos de ciclos económicos y demográficos. Hasta la acción del Estado -ni que hablar de clases sociales, partidos y movimientos, quedan integrados

en una consideración global de la sociedad (Iggers, 1995). Son historias que, para justificar su carácter científico, pierden la capacidad de analizar y hasta considerar los grandes hechos de la historia de los hombres.

Trotsky plantea las dificultades que existen para un estudio empírico que pretende recabar fuentes que permitan medir los pensamientos, acciones y estados de ánimo de un sector de la sociedad no acostumbrado a ponerlos por escrito (menos en el fragor de los grandes combates) ni a ser registrado en los documentos oficiales, en la gran prensa, etcétera: “los apuntes escritos son incompletos, andan sueltos y desperdigados (pero) permiten muchas veces adivinar la dirección y el ritmo del proceso histórico” (Trotsky, 1997a: 9). Esta carencia de fuentes se plantea particularmente grave para poder estudiar las jornadas de febrero, donde las organizaciones obreras vienen de la clandestinidad, con el grueso de sus direcciones en el exilio. Trotsky considera que, si el político revolucionario puede observar el humor y la conciencia de las masas como elemento práctico para intervenir en la situación, el historiador tiene que poder indagar el punto (1997a: 119).

El enfoque de reflejar en todos los aspectos de la revolución la influencia de la situación objetiva de las clases y el factor político-subjetivo se desempeña magistralmente en un terreno decisivo para el estudio de las revoluciones, el militar. Las derrotas del ejército zarista se desprenden en gran medida del carácter agotado de las relaciones sociales y las fuerzas productivas de la Rusia zarista. El fracaso del régimen de Kerensky en poner en pie un ejército que sirviera para la guerra es igualmente explicado por la descomposición social y su efecto múltiple sobre el esfuerzo de la guerra (1997a: 240).

La descripción del combate callejero durante la revolución de febrero está repleta de datos militares sobre el despliegue de las fuerzas represivas y los matices de los choques producidos con las masas. Lo decisivo en el análisis de Trotsky de la insurrección no es, sin embargo, lo

técnico del asunto, sino lo que esos choques van reflejando de la psicología y conciencia de las masas, de su cohesión política, y de cómo van trabajando la cuña colocada para quebrar a los cuerpos represivos y poder triunfar (Trotsky, 1997a: 107-114). Lejos del militarismo, Trotsky explica que el problema militar de la revolución se juega estrictamente en el terreno político. Que depende exclusivamente de si las masas populares, mayormente desarmadas, pueden quebrar la disciplina del ejército y que, por esto, es de importancia fundamental el estudio del “punto crítico”, donde los elementos psicológicos, políticos y sociales hacen que se quiebre la capacidad del mando de dirigir las tropas (Trotsky, 1997a: 121-125).

El lugar donde la primacía de lo político sobre lo militar, para estudiar las revoluciones, llega a su punto culminante es el capítulo *El arte de la insurrección* y los capítulos finales que describen la toma del poder. El eje allí está puesto en la relación entre las masas organizadas en los soviets, que se preparan abiertamente para hacerse del poder, y el partido que es reconocido como dirección y que prepara un plan conspirativo para tomarlo efectivamente de acuerdo con esas masas y como parte de un movimiento común. La relación estudiada allí -entre premisas objetivas y subjetivas de la revolución, y entre insurrección de masas y plan conspirativo- es de lectura indispensable para diferenciar los golpes de Estado que se dan en las crisis políticas internas del régimen capitalista, con los procesos de masas que ponen en pie transformaciones sociales revolucionarias (Trotsky, 1997c: 223). Se han escrito ríos de tinta para asimilar la Revolución de Octubre a un golpe de Estado o *putsch* minoritario, destacando los aspectos conspirativos

por sobre la intervención decisiva de las masas. Este lugar común es propio de toda la bibliografía producida para demostrar el “gen totalitario” de los bolcheviques⁷.

En términos de recursos metodológicos concretos el libro parte de definir las condiciones estructurales del país y de las clases. Elabora series de datos cuantitativos ilustrativos, si bien mucho más espaciadamente que algunas tendencias académicas de la historia. Es de interés particular su uso de un cuadro de las huelgas políticas desatadas en Rusia por año entre 1903 y 1917 para establecer una curva de los flujos y reflujos de la revolución (Trotsky, 1997a: 41). Otro elemento cuantitativo que permite estudiar la acción de las masas es su uso de los archivos del gobierno provisional para poder medir la temperatura del movimiento agrario en el interior del país, como elemento de maduración de la Revolución de Febrero a la de Octubre (Trotsky, 1997b: 73).

Al observar la dinámica de cada movimiento se remite a una variedad de registros (memorias personales, archivos policiales y de inteligencia capturados luego de la revolución, notas periodísticas), donde un recurso frecuente es contrastar observadores de procedencias políticas y sociales opuestas como forma de dar veracidad a una afirmación o análisis que tenga características polémicas.

El ingreso de la revolución rusa en la historia universal es, a su vez, el ingreso en la historia de las llamadas “grandes revoluciones” (Hobsbawm, 1990: 16). Trotsky no busca los nombres y las ideas de la revolución rusa en el pasado, como a menudo ha sucedido⁸. La Revolución Rusa trae

⁷ Un ejemplo temprano es *La técnica del golpe de Estado* (1931), de Curzio Malaparte, periodista vinculado con el fascismo que asemeja el ascenso al poder de Lenin y Trotsky con el de Mussolini u otros, en tanto técnicas para desplazar la democracia.

⁸ “En estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su exilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal. Así, Lutero se disfrazó de apóstol Pablo, la revolución de 1789-1814

consigo nuevos nombres, ideas y organizaciones que van a difundirse con una rapidez inédita por todo el mundo, cautivando a obreros, militantes revolucionarios, y dándole forma a fuerzas que tomarán esos nuevos nombres como propios. Bolcheviques, soviets y comunismo -en el sentido que iba a adoptar el partido ruso y la III Internacional- son términos que entran velozmente en el vocabulario político global. Trotsky no se retrotrae a las revoluciones clásicas buscando categorías para explicar la revolución rusa sino que usa reiteradamente el contraste de la revolución rusa en sus distintas etapas con las grandes revoluciones que la precedieron (Francia, Inglaterra, 1848, Comuna de París) e incluso sucesos posteriores como la revolución española. La utilidad de la comparación para el trabajo histórico es la realización de contrastes y analogías que muestran lo que es común a la dinámica de las revoluciones y lo que diferencia a la que se estudia del conjunto de las anteriores.

Estos contrastes sirven para explicar la concatenación entre guerra campesina y revolución obrera, que se da como rasgo original en Rusia (y luego en China) por oposición a los modelos de desarrollo capitalista de Inglaterra, Francia y Alemania (Trotsky, 1997a: 56-58). En el análisis de la dualidad de poderes, el libro muestra que la coexistencia de poderes enfrentados es parte de la tensión existente entre las distintas clases que intervienen en la revolución y que es una forma de guerra civil latente que puede existir durante los períodos breves en que la revolución ha comenzado, pero no ha terminado de definir el régimen social que quedará constituido. Los períodos donde la revolución inglesa y francesa han coexistido con sus respectivos reyes y sus choques con las alas izquierdas plebeyas luego derrotadas (*levellers* o *sans-culottes*) son ejemplos del carácter general del fenómeno de doble poder en la historia de las

se vistió alternativamente con el ropaje de la República romana y del Imperio romano, y la revolución de 1848 no supo hacer nada mejor que parodiar aquí al 1789 y allá la tradición revolucionaria de 1793 a 1795" (Marx, 1850).

revoluciones (Trotsky, 1997a: 195-202). Los choques que se suscitan entre las clases asociadas en una primera etapa de la revolución, cuando se trata de determinar el régimen social que ha de poner en pie, dan lugar a momentos históricos análogos de represión y desarme de la izquierda plebeya (Trotsky, 1997b: 112). El contraste de las “Jornadas de julio” con las antiguas revoluciones pone de relieve la capacidad del Partido Bolchevique de ponerse al frente de las masas impacientes en un momento prematuro para la toma del poder y poder organizar un repliegue ordenado, achicando los daños de la represión y la persecución contra estas fuerzas (Trotsky, 1997b: 191-195). Trotsky encuentra paralelos muy interesantes en el uso, por parte de los sectores reaccionarios, en diversas revoluciones, de la propaganda que presenta a los revolucionarios como financiados por el “oro alemán” o “judío”, la idea del revolucionario como injerto ajeno a las tendencias nacionales. La uniformidad de las calumnias reaccionarias tiene como fuente la necesidad de plantear el carácter extranjero de lo nuevo para poder defender las viejas instituciones e ideas como “nuestras” (Trotsky, 1997b: 216-219).

Una historia desde la “periferia” del desarrollo capitalista

La *Historia de la Revolución Rusa* parte de presentar, en sus primeros capítulos, un cuadro resumido del desarrollo histórico de Rusia y su régimen social y político. Define el escenario histórico surgido de la relación entre atraso y penetración del desarrollo capitalista; el peso de esto en la estructura de clases del país y el régimen político; la relación con las potencias imperialistas; el desquicio de la guerra; el problema agrario, la transición del feudalismo a la tenencia privada de la tierra.

El hecho de que la primera revolución socialista se realizase en un país atrasado rompió todos los esquemas predominantes en el movimiento socialista internacional de la época, que esperaban que el avance al socialismo se diese en los países de mayor desarrollo capitalista. El ala derecha de la II Internacional desprendía de esto que la transición al socialismo sería el fruto de un progreso pacífico, gradual y progresivo. El bolchevismo logró definir las tareas políticas de la revolución socialista, a pesar de que no se presentaran según el orden “natural” que se desprendía de sus esquemas previos. Trotsky parte de un reexamen teórico del desarrollo capitalista en Rusia, para explicar por qué se pudo dar una revolución socialista allí donde el grueso de los socialistas de la época entendía que faltaba la etapa de una revolución burguesa que instaurara la república democrática y el pleno desenvolvimiento de relaciones sociales capitalistas.

Para Trotsky, la clave se encuentra en lo que denomina la “ley de desarrollo desigual y combinado”. Rusia, un país atrasado con relación a Europa occidental ya desde el feudalismo, pasa a actuar como “semicolonia” en la etapa de exportación de capitales que tiene lugar entre la Segunda Revolución Industrial y la Primera Guerra Mundial. Este proceso de instalación directa de un poderoso capital extranjero asociado políticamente a la autarquía rusa, combina una gran concentración industrial -de utilización masiva de mano de obra y baja productividad con respecto a las grandes potencias-, con la persistencia de formas sociales, económicas y políticas precapitalistas, que son defendidas como condición de la dominación del mismo zarismo, garante de las franquicias capitalistas. Esta asimilación de conquistas materiales e intelectuales que se corresponden a las formas avanzadas de capitalismo, salteando las etapas históricas intermedias en las que éstas nacieron (desarrollo desigual) da lugar a una situación de “amalgama de formas arcaicas y modernas” (desarrollo combinado). Trotsky

considera que “sin acudir a esta ley (...) sería imposible comprender la historia de Rusia ni la de ningún otro país de avance cultural rezagado” (Trotsky, 1997a: 15).

Este análisis sirve de base para el programa político que postula que la clase obrera de los países atrasados puede acaudillar a la población explotada en las tareas de transformación social, barriendo consecutivamente con las formas precapitalistas y capitalistas de su explotación (Trotsky, 1906; Lenin, 1917).

Desprendiéndose del terreno estricto de la estrategia revolucionaria, el problema tiene un alcance inmenso para el historiador de la etapa histórica marcada por la expansión del capitalismo a los confines del mundo. En los estudios de esta etapa se han reproducido, bajo diversas formas, la polémica de si existe un camino único de desarrollo de los Estados nacionales, cuyo modelo estaría marcado por las potencias del norte de Europa o Estados Unidos, las cuales desarrollaron en su interior relaciones sociales capitalistas. Habría una contradicción entre las categorías que surgen del estudio de las particularidades nacionales de los países de la periferia del capitalismo y un enfoque a menudo acusado de eurocentrismo -en el sentido de que asimila las estructuras sociales de todos los países y sus etapas de desarrollo a las que habían sido vividas por Francia, Inglaterra o Alemania-.

La idea mecanicista, “etapista”, de que todos los países seguirían una progresión lineal única, calcada de la historia europea, donde los que no eran países capitalistas desarrollados tenían pendiente realizar todavía su revolución jacobina, fue difundida en el mundo por el estalinismo haciendo que muchos asocien, con buena o mala fe, estos desvaríos con el marxismo⁹.

⁹ La búsqueda de un burgués progresista en los países semicoloniales se deriva de este dogma estalinista, pero no es patrimonio exclusivo del Partido Comunista. En la Argentina, este prejuicio liberal ha sido desarrollado también por socialdemócratas como Juan B. Justo y José Ingenieros, y por los intelectuales vinculados con el PCR, como Eduardo Azcuy Ameghino.

Sería equivocado pensar que el eurocentrismo es un cuco construido arbitrariamente. Los maestros del historicismo clásico, como Ranke (1941: 58-62), consideraban que la historia de los pueblos de Europa occidental era la única verdadera historia, que Asia había dejado de ser un centro de cultura desde la época de los mongoles y que el avance histórico podía medirse por la aparición del cristianismo como única verdadera moral y religión. La idea de que todos los países se encuentran en algún punto del desarrollo ya vivido en la historia de las potencias capitalistas justifica la falacia de presentar a los países que han ingresado al sistema capitalista bajo la explotación económica de esas potencias como países “en vías de desarrollo”, un término académico y diplomático que esconde la realidad de la dominación imperialista.

La historia nacionalista, revisionista, contrapuesta a aquélla, tiende a atacar lo que llama “eurocentrismo” descartando así al marxismo en bloque, por su análisis de clase centrado en las categorías que surgen de estudiar el capitalismo surgido en Europa. Estos historiadores, adalides de lo local, suelen rescatar al populismo ruso o latinoamericano, buscando actores burgueses locales que puedan vivir su propia “revolución nacional” equivalente a la franco-inglesa. Lejos de superar el modelo eurocéntrico se ata la posibilidad de desarrollo histórico del mundo al avance de la burguesía, esperando repetir la historia europea.

La Revolución Rusa refutó todo esto: el gran salto de terminar con el capitalismo se podía dar en una zona que combinaba acumulación de capital con rasgos de profundísimo atraso. Esto fue posible porque la etapa imperialista combina los desarrollos nacionales aislados con la economía universal capitalista de una forma completamente novedosa. Los historiadores que carecen de una comprensión histórica de la incorporación de los países oprimidos a la economía capitalista mundial están en pobres condiciones para explicar las particularidades de los países semicoloniales. La ley de desarrollo desigual y combinado articula

el estudio de la particularidad local (incluido el atraso relativo social y económico) con el momento de ingreso en la economía capitalista mundial. La “particularidad nacional” surge, entonces, de estudiar las condiciones e influencia concreta de la relación entre el país dominado y el (o los) dominador(es). No se trata de “generalizar” un desarrollo paralelo al europeo, sino de estudiar la particularidad de la asimilación de las relaciones sociales capitalistas, y como éstas afectan la cultura, las clases, el Estado, el programa revolucionario. Sería necio, por otra parte, negar el componente de “universalización” de la economía y la historia que significa la constitución de una economía capitalista mundial (Lenin, 1914; Rieznik, 2003).

La individualidad y las fuerzas determinantes de la historia

Otro de los temas centrales de la historia como ciencia que es desmenuzado en la *Historia de la Revolución Rusa* es el del rol del individuo, la determinación por factores históricos objetivos y los procesos de acción colectivos. Trotsky rechaza la historia de grandes hombres propia del historicismo clásico y también rechaza el determinismo histórico (del stalinismo, la historia estadística de largo plazo tipo Annales y otros), rescatando el valor clave de la lucha política y el rol de las direcciones y los partidos en esa disputa. Investiga, a su vez, la relación entre individualidades destacadas de su tiempo y las fuerzas históricas que expresan, incluida la relación concreta entre los dirigentes y sus partidos. Trotsky trabaja bajo los preceptos desarrollados por Karl Marx: “los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado” (Marx, 1850).

En su impecable estudio de la última generación de la autocracia zarista, Trotsky desdeña la tendencia imperante a reducir los estudios históricos a investigaciones psicológicas y propone estudiar a la monarquía en decadencia como fuerza histórica supra personal. Pero, dice, “estas fuerzas actúan a través de individuos. Además, la monarquía hallábase consustanciada por esencia con el principio personal” (Trotsky, 1997a: 59). De allí va trazando rasgos de la personalidad del zar Nicolás II, influida por ser el último gobernante de una dinastía agotada, de su mentalidad medieval y a espaldas del pueblo. Su apatía, su mentalidad estrecha, su fatalismo y su crueldad son retratados muy efectivamente a partir de fragmentos de sus diarios personales. Trotsky traza un cuadro muy cercano entre las características del zar Nicolás y la zarina Alejandra y las de Luis XVI y María Antonieta, la última pareja al frente de la monarquía francesa: “en todo, la conducta de Nicolás II era un plagio de la del rey francés. Uno y otro caminaban hacia el abismo ‘con la corona sobre los ojos’ (...) se encontraron con sus papeles históricos trazados de antemano (...) eran ambos los últimos vástagos del absolutismo. Su nulidad moral, derivada del carácter agonizante de su dinastía (...) La personalidad histórica, con todas sus peculiaridades, no debe enfocarse precisamente como una síntesis escueta de rasgos psicológicos, sino como una realidad viva, reflejo de determinadas condiciones sociales, sobre las cuales reacciona” (Trotsky, 1997a: 96-98). La historia había agotado las posibilidades de la nobleza y sus últimos gobernantes no podían asomarse ni un milímetro por encima de ese agotamiento.

El estudio de las personalidades no incluye sólo a la monarquía, sino también al plantel de individualidades al frente de cada fuerza política: de los partidos burgueses, del bloque conciliador y de los bolcheviques. En el caso del Partido Bolchevique el libro analiza en varios puntos una dinámica compleja entre la base obrera del partido, los funcionarios del partido de tendencia más conservadora y Lenin. Trotsky muestra cómo la insurrección de febrero

fue conducida en gran parte por sectores obreros formados por el bolchevismo¹⁰, mientras el partido -muy golpeado por la represión y persecución- estuvo por detrás de los acontecimientos y no logró imponer una impronta propia al poder surgido de febrero. Los dirigentes bolcheviques que se hacen cargo de la dirección en marzo (Stalin, Kamenev) tienden a contemporizar con el bloque conciliador de mencheviques y socialrevolucionarios y con el régimen de poder dual compartido con los liberales, funcionando como ala izquierda de la democracia. La reorientación del partido, fruto de una lucha feroz librada por Lenin desde su regreso a Rusia¹¹, coloca a los bolcheviques en la senda que, no sin retrocesos y avances, los llevará a tomar el poder en octubre. Esta lucha es dura, ya que significaba una revisión crítica de la teoría y el programa -que los bolcheviques habían sistematizado desde 1905 como “dictadura democrática de obreros y campesinos”- y por las fuertes presiones a la unidad de las filas socialdemócratas con los mencheviques. La consigna de “Todo el poder a los soviets” y la posibilidad de dar paso a la revolución obrera y socialista sin pasar por una etapa democrática-burguesa coincidía con las posiciones previas de Trotsky, y fue resistida inicialmente por el sector de “viejos bolcheviques”. Trotsky no sólo critica los errores a los que esta política llevó inicialmente al Partido, sino que considera que sin la acción personal y la autoridad de Lenin se hubiera perdido la posibilidad de enmendar el error (Trotsky, 1997a: 290). “Su ascendiente personal redujo las proporciones de la crisis”, dice Trotsky, mantener el rumbo oportunista hubiera llevado a un retroceso,

¹⁰ Trotsky rechaza especialmente lo que llama “la leyenda de la espontaneidad” de la revolución de febrero, que asimilaba la acción obrera a algo así como un instinto animal o de colmena, vaciándolo de la conciencia de clase, de la capacidad de reflexión y creatividad que ejercieron los obreros en su insurrección contra el zarismo. Para él, la revolución la dirigieron “los obreros conscientes, templados y educados principalmente por el partido de Lenin” (Trotsky, 1997: 147-149).

¹¹ Véase la presentación de estas posiciones en sus *Tesis de Abril*, ya citadas.

posiblemente a divisiones y, si bien no se puede determinar con seguridad qué hubiera sucedido de no mediar la acción de Lenin, se podría haber perdido la oportunidad histórica de la revolución, dando lugar a una derrota:

El papel de la personalidad cobra aquí ante nosotros proporciones verdaderamente gigantescas. Lo que ocurre es que hay que saber comprender ese papel, asignando a la personalidad el puesto que le corresponde como eslabón de la cadena histórica (...) el desarrollo exterior de los acontecimientos contribuyó considerablemente, en este caso, a destacar mecánicamente la persona, el héroe, el genio, sobre las condiciones objetivas, sobre la masa, sobre el partido. Pero este modo de ver es completamente superficial (...) Al formar el partido, formaba en él a su persona. Sus discrepancias con el sector dirigente de los bolcheviques representaban la pugna del partido por la guerra y la emigración, la mecánica externa de aquella crisis no hubiera sido tan dramática ni habría velado a nuestros ojos hasta tal punto la continuidad interna del proceso. De la excepcional importancia que tuvo la llegada de Lenin a Petrogrado no se deduce más que una cosa: que los jefes no se crean por casualidad, que se seleccionan y se forman a lo largo de décadas enteras, que no se les puede reemplazar arbitrariamente, y que su separación puramente mecánica de la lucha infiere heridas muy sensibles al partido y, en ocasiones, puede dejarle maltrecho para mucho tiempo (Trotsky, 1997a: 300-301).

De la caracterización del sistema de clases en el país y, en particular de su desgaste bajo las condiciones de la guerra, surgen las contradicciones que detonan la revolución de febrero y los programas políticos que actúan allí, de ahí el rol de cada clase, partido o sector político y su forma de actuar. Cada fuerza social es caracterizada desde su estructura material a sus ideas y a las características personales del elenco que ha podido seleccionar para actuar en sus primeras líneas. Así como se pinta vivamente a Lenin y Nicolás Romanov como dos arquetipos importantes de sus clases sociales; los burgueses liberales, temerosos de la

revolución; los socialistas atados a un bloque con la burguesía; los anarquistas radicalizados; cada uno es descripto y desmenuzado para luego ser visto en acción. En la puesta en marcha de todas estas fuerzas se busca describir y captar la dinámica íntima de cada etapa de los acontecimientos de febrero a octubre. La *Historia de la Revolución Rusa* consiste en una aplicación viva del marxismo a un análisis que incluye el problema del Estado, las clases, los partidos, sus dirigentes y las distintas organizaciones creadas por las masas con un nivel de desarrollo y minuciosidad no visto antes. Ni siquiera en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* o *La guerra civil en Francia*, los momentos más ricos de análisis histórico concreto de Marx, de los cuales Trotsky toma mucho en términos de método.

Todos estos temas están lejos de agotar los aspectos de interés que tiene el estudio de la *Historia de la Revolución Rusa* para el historiador, pero nos alcanzan para avanzar en definiciones epistemológicas significativas que tienen un alcance más allá de la obra en sí. Desde esta perspectiva, Trotsky no está fragmentado entre el historiador y el revolucionario, sino que su forma de interpretar la historia y de desarrollar su praxis forma parte de la totalidad de su persona. Si la *Historia de la Revolución Rusa* es capaz de captar esa “psicología de masas” de manera tal de mostrarnos un análisis de la revolución que adquiere una lógica y un desarrollo “naturales”, es precisamente porque Trotsky no es sólo un historiador de la revolución rusa sino uno de sus principales protagonistas”. Las virtudes del Trotsky revolucionario no se pierden en el Trotsky historiador. Sin embargo, esas conquistas metodológicas les han sido, y les serán, útiles a otros, ocupen o no un protagonismo comparable en la palestra histórica, mientras el objetivo sea el de poder desarrollar una historia de la revolución de nuestra época, de la historia material y subjetiva de las masas que luchan por la transformación social.

Bibliografía

- Heller, Pablo (1999) "El oscurantismo posmoderno". *En defensa del marxismo*, N° 24. Buenos Aires: Ediciones Rumbos. Recuperado en 2017 de <http://www.po.org.ar/publicaciones/revistasTeoricas/ver/24>
- Iggers, George (1995) *La ciencia histórica en el siglo XX: Las tendencias actuales*. Barcelona: Labor.
- Langlois, Charles y Seignobos, Charles (1913) *Introducción a los estudios históricos*. Daniel Jorro, Madrid.
- Lenin (1902) *¿Qué Hacer?: Problemas candentes de nuestro movimiento*. Recuperado en 2017 de <http://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1900s/quehacer/index.htm>
- Lenin [1917] *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*. Ediciones varias. Recuperado en 2017 de <http://www.biblioteca.org.ar/libros/131837.pdf>
- Lenin [1917] *Las tareas del proletariado en la presente revolución ("Tesis de abril")*. Recuperado en 2017 de <http://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/abril.htm>
- Marx, C. y Engels, F. [1846] *La ideología alemana*. Recuperado en 2017, de <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1846/ideoalemana/index.htm>
- Marx, Karl [1852] *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Recuperado en 2017, de <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum1.htm>
- Porter, Roy y Teich, Mikulas (eds.) (1990) "La revolución: Eric Hobsbawm". *La revolución en la historia*. Crítica, Barcelona.
- Ranke, Leopold von (1941) "Sobre las épocas en la historia moderna". *Pueblos y Estados en la historia moderna*. México: FCE.
- Ranke, Leopold von (1984) *Sobre las épocas en la historia moderna*, Dalmacio Negro Pavón (ed.). Madrid: Editora Nacional.

- Rieznik, Pablo (2003) *Las formas del trabajo y la historia. Una introducción al estudio de la economía política*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Taine, Hippolyte (1910) *Los orígenes de la Francia contemporánea*. Madrid: La España Moderna.
- Thompson, Edward (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.
- Trotsky, León [1906] (1975) *Resultados y perspectivas*. Buenos Aires: El Yunque.
- Trotsky, León [1929] *La revolución desfigurada*. París: Editions Rieder. Recuperado en 2017, de www.marxists.org/espanol/trotsky/revdes/index.htm
- Trotsky, León (1997a) *Historia de la Revolución Rusa, Tomo 1*. Buenos Aires: Editorial Antídoto.
- Trotsky, León (1997b) *Historia de la Revolución Rusa, Tomo 2*. Buenos Aires: Editorial Antídoto.
- Trotsky, León (1997c) *Historia de la Revolución Rusa, Tomo 3*. Buenos Aires: Editorial Antídoto.
- Warth, Robert (1948) "Leon Trotsky: Writer and Historian". *The Journal of Modern History*, Vol. 20, N° 1.
- Warth, Robert (1967) "On the historiography of the Russian Revolution". *Slavic Review*, Vol. 26, N° 2.

